

1º y 2º de los REYES

Historiografía profética

Los libros de los *Reyes* son la continuación de los de *Samuel*. Igual que estos últimos, son verdaderamente libros proféticos. No quieren reflejar la Historia sin más, porque en ese caso nos hubieran contado muchas más cosas, y probablemente también cosas distintas. No, aquí se nos relata la Historia desde una cierta perspectiva. Aquí se nos muestra cómo el Señor actúa con su pueblo, cómo la apostasía del pueblo y de la casa real clama por su castigo; y a la vez escuchamos una denuncia cuando se hace notorio que el trono y el altar, la realeza y el sacerdocio, se separan de la profecía verdadera, y se puede oír un clamor por Aquél en quién los tres ministerios están unidos: el Verbo, el Sumo Sacerdote celestial que subió al trono de Dios, la Raíz y el Linaje de David (*Ap. 22:16*).

Sí, *Reyes* es un libro profético. Hay que fijarse en el énfasis con el que se habla una y otra vez acerca de los profetas y sus relaciones con los reyes. “Oh Dios, da tus juicios al rey... (*Sal. 72:1*).

Salomón – constructor de la casa dedicada al nombre del Señor

El principio de *1º de Reyes* no es hermoso. El hijo mayor de David, Adonías, se hace proclamar rey sin que David lo sepa. Al menos, eso es lo que intenta. Joab y Abiatar están de su lado. Sin embargo, el profeta Natán no fue invitado. No apoyaba en absoluto a Adonías, pues sabía que David había prometido el reinado a Salomón. Por eso estimuló a David, con la colaboración de Betsabé, a proclamar rey a Salomón, antes de que Adonías pudiera sentarse en el trono.

¿Una sucesión gracias a las intrigas de palacio? Es evidente que la gente se dedicaba a las intrigas en la corte de David; se puede ver que cuando David se hizo anciano, las riendas se le cayeron de las manos. Pero la gracia soberana del Señor pasó por alto a los hijos mayores de David, y llamó a Salomón al ministerio de príncipe de paz. Y esta gracia soberana utilizó la palabra profética, el ministerio de Natán, para que el trono de David fuera ocupado por el hombre adecuado.

Al final de su vida, David da instrucciones a Salomón acerca de Joab y Simei. Al poco se hace evidente que Adonías todavía albergaba tendencias revolucionarias, por lo que tuvo que ser eliminado, igual que Joab. Su partidario, el sacerdote Abiatar, fue enviado al exilio a Anatot, el pueblo de los levitas, donde más tarde nacería Jeremías. Con la desaparición de Abiatar se cumple la profecía sobre de la casa de Elí (*1 S. 2:27-36; 1 R. 2:27*). Es como si el Señor, al comienzo del reinado de Salomón, resolviese antiguas deudas. El príncipe de paz no debe ver su camino bloqueado por pecados que no recibieron castigo, no tiene que haber sangre inocente que siga clamando venganza, pues Salomón tenía que edificar el templo, que era el símbolo de la unidad entre el pueblo reconciliado y el Señor. Lleno de sabiduría (cap. 3), con inmensas riquezas a su disposición (cap. 10), Salomón era el hombre más indicado para construir un templo.

El templo marca otro hito en la historia de la revelación. En adelante habría un santuario central en la ciudad del rey; el arca queda instalada en el lugar santísimo, y así entra en ‘reposo’. En tiempos posteriores, el enemigo destructor convertirá el templo de Salomón en una ruina; también el templo de Herodes sería consumido por las llamas, pero para aquel entonces el templo ya habría cumplido con su servicio. Porque Cristo es más que Salomón y más que el templo. Él cumple aquello de lo que el templo habla: “Dios con nosotros”. Y la iglesia neotestamentaria sigue hablando de un templo celestial. Por la fe seguimos andando, todavía no andamos por vista; pero un día, algún día, descenderá la nueva Jerusalén. En ella no habrá ningún templo; la ciudad entera es un templo, el templo de Dios y el Cordero. Y mientras esperamos aquel día, nuestro cuerpo puede ser templo del Espíritu Santo, y la Iglesia una casa de Dios, en la cual somos juntados como piedras vivas (*1 Co. 6:19; 1 P. 2:4,5*).

Así que el templo de Salomón puede testificar grandes cosas: el Señor quiere habitar permanentemente entre su pueblo. Lo permanente se muestra de forma clara en la construcción del templo, en comparación con la provisionalidad del tabernáculo. Éste estaba hecho para ser transportado durante la travesía por el desierto, por lo que todo estaba hecho de madera, fácil de desmontar, pequeño en dimensiones, mientras que para el templo se emplearon materiales pesados, las medidas no estaban sujetas a limitaciones, y se podían aumentar el número de enseres para el culto. Se construyeron también habitaciones de servicio al lado del santuario, y delante del templo se erigieron dos grandes columnas, que representaban la firmeza y la fuerza (*jaquín y boaz*). Y con todo ello el arte no se dejó de lado. Las paredes y los objetos se cubren con oro. Vemos figuras de querubines y palmeras, calabazas silvestres y granadas. En cierto modo, el

templo recuerda al jardín de Dios, el huerto del Edén. Allí paseaba el Señor con el hombre. Aquí Él quiere volver a vivir en medio de su pueblo, aunque sea en lo oculto, detrás de un velo. Y, aunque los querubines impiden al hombre acercarse, gracias a los sacrificios que expían la culpa, Dios quiere habitar entre su pueblo.

La dedicación del templo fue en la fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta se celebraba al final del año como un recordatorio de la travesía por el desierto, y del reinado de Dios. Pues bien, precisamente en aquella fiesta de los tabernáculos se celebró que el Señor había entrado en su reposo, que se había sentado en su trono.

En la dedicación, los sacerdotes llevaron con gran solemnidad el arca desde la ciudad de David al nuevo templo. La siguieron los utensilios sagrados. El arca fue colocada en el lugar santísimo, debajo de los gigantescos querubines. A continuación salieron los sacerdotes, e igual como ocurrió en la inauguración del tabernáculo, la nube de la gloria del Señor llenó las estancias del templo. Entonces dijo Salomón:

“Yahvé ha dicho que Él habitará en la oscuridad.
Yo he edificado casa por morada para ti,
sitio en que tú habites para siempre” (8:12,13).

Luego se dio la vuelta y bendijo a Israel, que estaba de pie en el atrio. Alabó al Señor, porque Él había cumplido su palabra a David; puesto que su hijo había edificado un templo, un lugar para el arca y las tablas de la Ley del Pacto.

Después de este discurso conmemorativo sigue la oración inaugural, que se puede dividir en siete plegarias conmovedoras. Salomón las pronunció estando arrodillado delante del altar de Yahvé, y destacó con claridad que el Señor es más grande que el templo, y que nunca puede ser contenido dentro de sus muros. Pero, sin embargo, el templo es el lugar donde dirigirse a Él; cuando oren allí, que el Señor oiga desde el cielo, y les perdone.

Después de esta oración Salomón bendijo a Israel, se ofrecieron los primeros sacrificios, y comenzó la fiesta.

Si dejaren sus hijos mi ley... (Sal. 89: 30)

Llama la atención que inmediatamente después de la descripción de la dedicación del templo leemos acerca de una nueva revelación a Salomón. Ésta tuvo lugar después de la construcción del palacio real, o sea, doce años después de finalizar

el templo. En esta revelación Yahvé hace referencias a la oración de Salomón en la inauguración del templo (compárese 8:29 con 9:3; 8:24 ss. con 9:4 ss.), pero... añade con mucho énfasis una advertencia. Si Salomón y sus hijos se apartan del Señor, Israel será enviado al exilio y el templo, “esta casa”, se convertirá en ruina. Se cumplirán las maldiciones de *Levítico* y *Deuteronomio*, si el rey se inclina a la apostasía. Aquel hermoso templo no era garantía de que la paz, *shalom*, perduraría para siempre.

Más tarde, los profetas a veces hablaron con dureza en contra del templo y el rito de los sacrificios. Cuando leemos eso, podríamos pensar: El Señor mismo había establecido todo esto, ¿tan malo era? Pero recordemos bien: el culto en sí no era malo. Pero lo que sí que estaba muy mal, era que la gente confiara en el templo, y a pesar de su apostasía, pensaba estar a salvo. Pero el propósito del Señor con el templo nunca fue que sirviera como tranquilizante para un pueblo desobediente. Por eso es tan bueno conocer las palabras de advertencia que el Señor dirige a Salomón. Aquí encontramos en realidad uno de los temas del libro de *Reyes*: ¡El altar no protege al trono cuando la casa real se aparta! Cristo vuelve a recordar esta vieja lección, cuando Él nota aquella misma falsa confianza: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (*Mt. 23:38*). La obediencia es mejor que los sacrificios (*1 S. 15:22; Os. 6:6; Mt. 9:13; Mr.12:33*).

Si leemos ahora la continuación de las historias de Salomón, vemos que el Señor tenía motivos para advertirle. Ciertamente, visto superficialmente, Salomón prosperaba. Construía; sus barcos traían oro y preciosidades de países lejanos (*9:26-28; 10:11, 12, 22*); juntó una enorme caballería (parece que han sido excavadas las ruinas de sus establos en Meguido), y la reina de Sabá se quedó asombrada de su riqueza y sabiduría. Sin embargo, aparte de todo esto, había un ‘pero’. No solamente en el terreno militar y mercantil adoptó Salomón aires de monarca oriental; encima de eso multiplicó el número de sus mujeres (cf. *Dt. 17:17*), con el resultado de que ellas desviaron su corazón. Muchos de aquellos matrimonios seguramente estuvieron vinculados a alianzas hechas con otros pueblos. Pues bien, el buen trato exige respetar la religión del otro; así que se levantaron diferentes santuarios pequeños para las legaciones, dedicados a las distintas deidades extranjeras, y frecuentados por las reinas y sus séquitos. Y Salomón, ya viejo, se dejó llevar.

Y con ello, Salomón destruyó su reino. Por David, Yahvé tuvo misericordia; sería en los días de su hijo que el reino se rompería (*11:12*). Pero ya se anuncia la desgracia que se aproxima. Las pesadas cargas que Salomón impuso al pueblo, habían preparado el terreno para la revolución; aquí y allá, al otro lado de las fronteras, estaba

surgiendo la resistencia. Jeroboam, el inspector de los trabajos forzados de las tribus del norte, recibió por medio del profeta Ahías la promesa de que un día se convertiría en rey sobre todas las tribus menos Judá (*11:26 ss.*).

La historia de Salomón se apaga como una vela, y además allí estaba su temerario hijo Roboam. Se celebró en Siquem (no en Jerusalén) el día de la asamblea del pueblo, como en los días de Josué. Israel estaba dispuesto a coronarle rey, siempre que prometiera aligerar el trabajo forzado. Pero Roboam no dio su brazo a torcer, y se volvió a oír otra vez la canción que ya conocemos:

“¿Qué parte tenemos nosotros con David?

No tenemos heredad en el hijo de Isaí.

¡Israel, a tus tiendas!

¡Provee ahora en tu casa, David!” (*12:16; comp. 2 S. 20:1*).

E Israel se fue a sus tiendas; Roboam no fue coronado y todo estaba perdido. A Roboam no le fue permitido subyugar a las demás tribus por la fuerza. “¡Porque esto lo he hecho yo!”, le hizo saber el Señor (*12:24*).

¡Id a Betel, y prevaricad!

Pues que así lo queréis, hijos de Israel (*Am.4:4, 5*)

Entretanto, Jeroboam regresó de Egipto, donde se había refugiado. Y las tribus del norte le hicieron rey (*12:20*). Ya en los días de Salomón, Jeroboam había alzado su mano contra el rey (*11:26*), él era de Efraín y como ex funcionario estaba perfectamente al tanto de lo que se preparaba ‘en la casa de José’. Además tenía el apoyo de la profecía. No es de extrañar que fuera justo en Siquem donde le proclamaron rey (comp. *Gn. 12:6, 7; Dt. 27, 28; Jos. 24:1-28, 32; Jue. 9*).

No obstante, cuando Ahías le profetizó que reinaría, hizo énfasis en que sólo si servía fielmente a Yahvé, su casa sería edificada (*11:38*).

Sin embargo, Jeroboam no andaba en los caminos del Señor. Vio con impotencia que el templo en Jerusalén era el centro religioso, incluso para sus súbditos. Había que hacer algo al respecto, pues de lo contrario la casa de David aprovecharía esta oportunidad. Por eso construyó su propio centro religioso en Betel, que era una ciudad con mucha historia. En sus cercanías, Abraham hizo un altar. Allí el Señor se le apareció a Jacob en sueños. Samuel juzgaba en aquel lugar. ¿Acaso no era una puerta al

especial: ¡un becerro de oro! Seguramente el lector se acuerda de que Aarón hizo un becerro similar a los pies del monte Horeb. Para un semita, el toro es la imagen por excelencia de la deidad. Otro becerro igual fue llevado en procesión a Dan, aquel lugar en el norte que conoció el culto a las imágenes desde el tiempo de los jueces (*Jue. 17, 18*). Luego, el rey designó personal para el culto que no era de la tribu de Leví. Además, introdujo un calendario de fiestas propio: la fiesta de los tabernáculos no se celebraría en el mes séptimo, como en Jerusalén, sino en el octavo.

Justo en la primera fiesta de los tabernáculos se inauguró el altar en Betel. Como era costumbre entre los pueblos alrededor, en un día de fiesta es el rey quien ejerce de sumo sacerdote. Jeroboam sube al altar y ofrece el sacrificio. Pero entonces se acerca un profeta proveniente de Judá, que dice que nacerá un rey, Josías, a la casa de David, el cual sacrificará sobre este altar a los sacerdotes del lugar alto de Betel. Como prueba de esta palabra divina el altar se rompió y la ceniza se derramó (*12:33 ss.*).

También Salomón dedicó el templo durante una fiesta de los tabernáculos. Y la nube llenó la casa como señal de que el Señor quería habitarla. Mas en la fiesta que celebró Jeroboam, la Palabra de Dios anunció ya el juicio porque, aunque Jeroboam quería servir al Señor, lo quería hacer a la manera cananea. Por eso, el varón de Dios que llegó de Judá tenía que proclamar la maldición sobre Betel, tanto por medio de sus palabras como a través su muerte. Estaban avisados (*13:4-34*).

Y aquel Betel dominaría a continuación la historia de los reyes de Israel. Todos y cada uno de ellos andarían en los caminos de Jeroboam, hijo de Nabat, quien hizo pecar a Israel. Esto lo podemos leer una y otra vez, como un estribillo monótono. La casa real de Jeroboam pronto tuvo que dar paso a otra, y esta a su vez a la siguiente... Cierta, también en el reino del sur la situación estaba lejos de lo ideal. Pero una comparación nos enseña, sin embargo, que en el norte no había ninguna estabilidad.

<i>Reino del sur</i>	<i>Reino del norte</i>
-Existió 350 años.	-Existió 210 años.
-19 reyes.	-19 reyes.
-Una misma dinastía, la de David.	-¡9 dinastías!
-4 reyes murieron asesinados.	-Aproximadamente la mitad de los reyes murió de forma violenta.

-Centro religioso y político permanente: Jerusalén.	-El centro religioso y el político están separados.
-Varios reyes piadosos, que llevaron a cabo reformas, (p. ej. Asa, Josafat, Joás, Ezequías, Josías).	-Aparte de Jehú, que hizo una reforma parcial, no hubo ningún rey piadoso.

Es decir, el reino del norte nos muestra un cuadro muy penoso. En el libro de los *Reyes* la historia de 'Israel' (reino del norte) y la de Judá (reino del sur) están entremezcladas. Para no complicarnos haré primero un pequeño bosquejo de lo que ocurrió en el reino del norte. Luego veremos lo que *Reyes* nos cuenta sobre el reino del sur.

REINO DEL NORTE

Por esta causa los corté por medio de los profetas (Os. 6:5)

Reyes es un libro profético, un libro de y sobre profetas. En su gracia, Yahvé no desamparó a las tribus del norte, sino que, una y otra vez, les envió su Palabra. Ya lo vimos con la inauguración del altar en Betel. Lo vemos también en la vida posterior de Jeroboam. El mismo Ahías, que le profetizó el reinado, proclama también la desaparición de su dinastía, sí, de todo Israel (14:7-16). Y todo ello por la apostasía que vino con Jeroboam.

Baasa conspiró contra el hijo de Jeroboam, y le mató junto a su familia. Pero él también anduvo en el camino de Jeroboam, que hizo pecar a Israel, por lo que le vino palabra del profeta Jehú: también la dinastía de Baasa desaparecería (16:1-4, 7).

Y esto es lo que pasó efectivamente. Las revoluciones de palacio estaban a la orden del día. Finalmente Omri se hizo rey. Parece que fue un rey con mucho carácter, que edificó Samaria para ser la capital. Su hijo fue el conocido Acab, en cuyo tiempo se reedificó la maldita Jericó. Aquella reconstrucción es la prueba de que a la dinastía de Omri las profecías le traían sin cuidado. Acab estaba casado con una princesa de Sidón, Jezabel, bajo cuya influencia perniciosa él fue más lejos que sus antecesores. No sólo mantuvo el culto al becerro de oro en Betel, sino que además introdujo el culto al Baal de Tiro, y construyó un templo para aquel ídolo en Samaria. Por su culpa, Israel volvió a la religión cananea (16:30 ss.).

Pero el Señor aún no abandona a su pueblo. De repente aparece en medio de Israel la Palabra del Señor en la figura de Elías, que anuncia una sequía (17:1).

A partir de ese momento, el libro de *Reyes* centra la atención en aquel especial varón de Dios que es Elías, por cuyo ministerio Israel es llamado de forma poderosa a volver a Yahvé. El Señor le cuidó milagrosamente. Más allá de los límites de Canaán encuentra refugio, y allí hace milagros; lo cual es una señal de que la gracia de Dios puede pasar por alto a Israel (Lc. 4:26). Al final, Elías – a quien Acab llama “el que turba a Israel”, un Acán, que trae la desgracia sobre Israel (17:17) – consigue que se convoque una reunión en el monte Carmelo. Aquel monte estaba dedicado a Baal, el dios de la lluvia, que aquellos últimos tres años les había defraudado. Ahora, en el monte Carmelo, se iba a saber quién podía hacer llover: Baal o Jahvé.

La victoria es de Yahvé, cuyo fuego consume el sacrificio de Elías. El destino de los profetas de Baal está sellado y el monte Carmelo retumba con el griterío: ¡Yahvé es Dios! Y cuando Elías oró empezó a llover torrencialmente. Sin embargo, el entusiasmo del pueblo fue solamente de carácter pasajero, y la impresión que dejó en Acab se desvaneció rápidamente. Jezabel tenía sus planes: quería que se restaura el culto a Baal y quería la muerte de Elías, el varón de Dios.

Por eso, en el capítulo 19 encontramos a Elías en una situación de depresión, como les solía ocurrir a menudo a los profetas después de un momento cumbre (comp. *1 R. 13:14; Jon. 4:6; Jer. 20:7 ss.*). Elías se dirigió a Horeb, el monte donde Dios se había revelado, y allí se lamenta y se queja de la apostasía y de su soledad. Pero el Señor sabe infundirle un nuevo valor para el ministerio y darle una nueva perspectiva a aquel hombre cansado de la vida. El Señor se revela en fenómenos naturales, y los acompaña de explicaciones:

Viento poderoso		Hazael por rey de Siria
	Estos fenómenos nos recuerdan	
	la revelación que acompañó el	
Terremoto	momento en que Dios dio la Ley	Jehú por rey de Israel
	(<i>Ex. 19:16-18</i>). Indican el come-	
Fuego	tido de Elías; tiene que ungir a:	Eliseo como su propio
		sucesor

Por medio de estas tres señales es anunciado el juicio sobre el abandono del Pacto. Pero la última señal habla de gracia; en ella ‘estaba’ el Señor: un silbo apacible y delicado. Y con esto concuerda la siguiente promesa:

“Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no le besaron” (19:18).

En el artículo 27 de la *Confesión Belga* se cita este texto para demostrar la preservación de la Iglesia frente al furor del mundo entero: “y será hasta el fin..., si bien, a veces, durante algún tiempo parece a los ojos de los hombres haber venido a ser muy pequeña y quedar reducida a una apariencia”. La aritmética de Dios es diferente de la nuestra, pues incluso si la Iglesia se ve forzada a hacerse invisible, la actividad de las reuniones de creyentes continúa; en *1 de Reyes* se habla del número simbólico de 7.000, y en *Apocalipsis* se menciona la cifra de 144.000 (comp. *Ro. 11:1-5*).

Cuando proseguimos la lectura de este libro, otra vez nos llama la atención la gran influencia de los profetas; Yahvé no abandona al reino del norte. Eliseo es llamado – el desánimo de Elías ha dado paso a una nueva perspectiva de la palabra profética –. El capítulo 20 nos coloca en medio de la batalla. Allí también está la profecía que anima a luchar contra los enemigos de la Iglesia (vv. 13, 14, 22, 28), pero que también castiga (vv. 35 ss.) cuando la antítesis de repente se convierte en la constitución de una falsa fraternidad (v. 32). Los capítulos 21 y 22 muestran finalmente cómo Acab es juzgado por la palabra profética, con motivo de la conocida anexión de la viña de Nabot a los dominios del rey. Estamos acostumbrados a verlo como un acto de voluntad de poder, y lo era. Pero hay aquí también otro trasfondo menos visible. Los cananeos no conocían la propiedad familiar inalterable; su rey estaba investido con una dignidad dictatorial. Pero en Israel, sin embargo, la situación era distinta. Los ciudadanos libres disfrutaban de un derecho inviolable de la heredad. El rey tampoco estaba allí para señorear, sino para servir: tenía que ser la prefiguración del Mesías venidero que haría vivir seguro a Israel, bajo su parra y bajo su higuera. Por eso fue tan abominable lo que hizo Acab: deliberadamente eligió la ley cananea de la herencia y quiso ser un rey autocrático, como tenían los demás pueblos. Y entonces, cuando Acab se convierte en una caricatura del Mesías, se ve confrontado con la Palabra de Dios. Acab es un Acán, él trae la desgracia sobre Israel. Así lo dice Elías. Y después lo dice Micaías *ben Imla* (22:8 ss.). Israel será esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor, y un espíritu de mentira seduce a los profetas de Acab. Luego, la sangre del carro de Acab fue lavada en el estanque de Samaria.

La actitud de la casa de Omri no cambia con Ocozías, el sucesor de Acab. El rey, estando enfermo, consulta al ídolo de Ecrón: Baal-zebul. Al menos, lo intenta..., sólo para encontrarse con la palabra fulgurante de Elías. El que ruega por su vida a Baal, recibe de Yahvé la muerte (2 R. 1).

Sí, la profecía continúa. Eliseo recoge el manto de Elías del suelo; de aquel Elías, cuyas obras recuerdan en tantos aspectos a las de Moisés (1), y enseguida, en su investidura misma, Eliseo muestra el poder vivificante, pero también mortal, de la Palabra; y es vivificante, cuando, como en Jericó es buscada, pues en aquella ciudad maldecida se revela la bendición de Yahvé. Pero en Betel, que había conocido tan a fondo la gracia (pensemos en la revelación a Jacob), una maldición mortal cae sobre la ‘esperanza de la nación’ que se está burlando (2:19 ss.).

En el capítulo 3 vemos una cosa muy curiosa. Cuando el profeta obedece la Palabra de Yahvé, también él atrae la maldición sobre Israel. Fijémonos bien: Eliseo ayuda al rey Joram, que, como hizo antes su padre, va a la guerra apoyando al rey Josafat. La campaña contra Moab va viento en popa; pero Eliseo no se opone en absoluto a la táctica de tierra quemada, que ellos aplican. Y esto iba en contra de la misericordiosa ley de guerra de Israel. Léase, si no *Deuteronomio* 20:19, 20. Por la barbarie de Israel y Judá, el rey Mesa de Moab fue empujado a un acto desesperado: sacrifica a su primogénito en la muralla de la ciudad, al dios Quemos. Un ‘gran enojo’, se supone que del Señor, hace que los ejércitos se retiren. También la palabra de Eliseo tenía que sujetarse a las demás revelaciones del Señor. Por cuanto los profetas han de someterse a los profetas.

Si este es el caso, entonces la palabra profética puede obrar grandes milagros, incluso en una situación deformada. Encontramos varios ejemplos de ello en el capítulo 4 y siguientes. Cada vez trata de lo mismo: la Palabra que vivifica. Con mucha razón se han comparado las señales que hizo Jesucristo con las de Eliseo. La similitud entre la multiplicación de Eliseo y la de Cristo es asombrosa (comp. 4:42 ss. con *Mt.* 15:32 ss.; *Jn.* 6:5 ss.). Aquí nunca se trata de demostrar algo con los milagros, Eliseo no ofrece un espectáculo para mostrar su habilidad como hechicero, él actúa con miras a la existencia y subsistencia de la Iglesia de Dios. De igual modo Cristo rehusó hacer milagros ‘de lujo’, y sólo actuaba como Pastor para las ovejas perdidas de Israel.

Y ahora no tenemos que pasar por alto el otro aspecto de la Palabra, pues, ¿no es verdad que también puede matar, juzgar? No debemos contraponer Eliseo a Elías; también en Eliseo había un eco de los rayos y truenos del Sinaí. A este respecto, hay

que pensar en su ‘entrada’ en Betel, y luego en el juicio sobre el oficial en la liberación de Samaria (7:17); en la unción del cruel Hazael, que debilitaría las fronteras del norte de Israel, para que luego fuera una presa fácil para los ejércitos de Asiria (8:7 ss.); y por último, hay que pensar en la unción de Jehú (9:1). La palabra de juicio, que pronunció Elías, se cumpliría completamente. Aunque la casa de Omri era tan extensa que las inscripciones asirias llaman a Israel ‘país de Omri’, por identificarse con Canaán, padecerá el juicio sobre Canaán. La furia destructiva de Jehú hay que verla en primer lugar como un juicio contra la apostasía (*caps. 9 y 10*).

De Samaria fue cortado su rey como espuma sobre la superficie de las aguas (Os. 10:7)

El celo de Jehú por el Señor tiene sus límites. Extermina el culto a Baal, pero deja intacto el culto del becerro de oro en Betel. Extermina la casa de Acab, pero lo hace de una manera tan tremendamente violenta, que Oseas habla después de la deuda de sangre de Jezreel (*Os. 1:4*). Es cierto que Jehú recibió, por su celo, la promesa de que su casa reinaría hasta la cuarta generación (*10:30*). Pero pasado un siglo, el régimen de aquella dinastía llegaría a su fin.

Esto no quiere decir que aquella dinastía no produjera reyes valientes. Asimismo hubo contacto con los profetas, como se muestra cuando murió Eliseo. El rey Joás le había visitado y Eliseo le había prometido una victoria sobre Siria (*13:14 ss.*), pero Joás no dio muestras de una fe grande. El hijo de Joás fue Jeroboam II, el cual según la profecía del conocido Jonás, fue enviado por el Señor como un redentor (*14:25 ss.*). A propósito, vemos aquí a Jonás actuar en un marco muy nacional, y por ello se entiende mejor que no tuviera muchas ganas de ir a predicar las buenas nuevas de salvación en Asiria, un estado que se estaba acercando de forma amenazante. La época de Jeroboam II fue, por cierto, un período en el que el sentimiento nacional experimentó un gran auge. Aparentemente, se restauraron los límites del antiguo reino de David; Damasco se sometió a la casa de Jehú. Pero con Zacarías, el hijo de Jeroboam II, se había llegado a la cuarta generación. Los profetas Amos y Oseas nos muestran la decadencia en aquellos días de prosperidad aparente. El pecado de Jeroboam I no dejó de estar presente.

“Ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí;
constituyeron príncipes, mas yo no lo supe;

de su plata y de su oro hicieron ídolos para sí,
para ser ellos mismos destruidos.
Tu becerro, oh Samaria, te hizo alejarte;
se encendió mi enojo contra ellos...
por lo que será deshecho en pedazos el becerro de Samaria” (*Os. 8:4 ss.*).

¡Reyes no escogidos por mí! Usurpador tras usurpador dieron paso al siguiente, mientras el peligro de Asiria se iba acercando. Primero pagaron tributo a Asiria; luego rompieron el tratado y vieron cómo aquel coloso militar se volvía contra ellos. No de golpe, sino poco a poco, la población fue llevada en cautiverio (*15:29*). El último rey de Israel logró todavía un acuerdo con Asiria, pero como en Israel ganó el partido pro egipcio, Salmanasar no tuvo más contemplaciones. El rey de Israel fue llevado prisionero, y después de un asedio imponente que duró tres años, también Samaria fue tomada y el resto del pueblo comenzó un largo exilio en un país lejano.

El epílogo de esta historia explica de forma clara por qué el Señor hizo todo esto. *Reyes* es un libro profético y se nos dice con mucha claridad que esto sucedió porque no habían hecho caso a la voz de los profetas. El culto a los becerros, el culto a Moloc, la canaanización de la religión, en suma: “ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Yahvé su Dios. Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos” (*17:14, 15*).

Y ¿qué es lo que pasó con la tierra de las tribus en el exilio? Asiria la pobló con otros pueblos, que se mezclaron con lo poco de Israel que había quedado. Para librarse de una plaga de fieras, hicieron volver a un sacerdote, alguien políticamente inofensivo. Aquel hombre se estableció en Betel, y de ello es fácil deducir en qué sentido enseñó ‘la ley del Dios del país’ a los interesados; el antiguo pecado de Betel se volvió a practicar. Y a la vez, los inmigrantes obligados se aferraron al principio a los dioses de su tierra amada. ¿Nos puede extrañar que más tarde, Esdrás y Nehemías no apreciaran en absoluto la colaboración de los samaritanos en la reconstrucción del templo? Y, sin embargo, algún día también llegaría para los samaritanos el día de salvación (véase p. ej. *Jn. 4* y *Hch. 8*).

REINO DEL SUR

De Roboam a Asa – deformación y reforma –

Afortunadamente, si comparamos la historia del reino del sur con la del norte, podemos comprobar que en la del sur hay algunas cosas buenas. Hubieron reyes que emprendieron reformas y que conocían cuál era el secreto de toda bendición. En épocas doradas el trono y el altar se encontraron; el trono de David y el verdadero altar, dedicado a Yahvé. Pero, en general, Judá se comportó como Israel; en el aspecto religioso se igualaba a los demás pueblos. Vemos que se produce un endurecimiento progresivo en el pueblo; aunque las reformas pueden aplicar una capa de barniz exterior, no obstante, los profetas Isaías y Jeremías exponen lo tremendamente corrupto de la situación.

Ya empezó mal con Roboam. La religión cananea de ‘sangre y tierra’ ganó terreno por todas partes. La madre amonita del rey seguramente tuvo gran influencia en aquello; aquellas reinas madre solían tener mucho poder en la corte. Y de una amonita no se podían esperar cosas muy buenas, teniendo en cuenta la tolerancia de Salomón con las mujeres de su harén. ¡A que Naama nunca diría como Rut: tu Dios es mi Dios! Pues Salomón la dejó tener su propia ‘capilla’.

Con el cambio de la situación, también desaparecieron los últimos destellos de la gloria de Salomón. Sisac de Egipto subió contra Roboam y Jerusalén. Dejó que Roboam continuara como rey, pero se llevó los tesoros del palacio y del templo, entre otros, los 500 escudos de oro de la casa del Líbano, que Roboam hizo sustituir después por escudos de bronce. Este último hecho ha sido un tema de meditación para predicadores y comentaristas en sus advertencias contra seguir una tradición vacía. El desfile de la guardia del templo con los escudos de bronce que Roboam solía presenciar, era pues un espectáculo ridículo. Él mantuvo la religión estatal, pero junto a ello prosperó todo tipo de paganismo.

Su sucesor Abiam no mejoró la situación (*1 R. 15:1 ss.*), pero leemos unas palabras muy conmovedoras del narrador: “por amor a David, Yahvé su Dios le dio lámpara en Jerusalén, levantando a su hijo después de él, y sosteniendo a Jerusalén.” Aquel hijo fue Asa, que anduvo en los caminos de su antepasado David. No tuvo contemplaciones con la idolatría; privó de poder a la reina madre, que apoyaba el culto de las imágenes, y guardó los tesoros sagrados en el templo. Sin embargo, estos tesoros desaparecieron enseguida, cuando Baasa, rey de Israel, con su ejército le puso en un apuro. Asa los envió junto con sus propios tesoros a Ben-adad, de Siria, para que éste

rompiera su alianza con Israel. Ben-adad accedió a su petición. No obstante, ¿no se nota aquí una falta de confianza en el Señor? El relato de las historias de Judá nos volverá a mostrar este rasgo una y otra vez. Por otra parte, el siguiente renglón del himno de Lutero, basado en el Salmo 46, sigue conservando su actualidad: “Nuestro valor es nada aquí, con él todo es perdido.”

De Josafat a Acab – reforma y deformación –

A Asa le sucedió su hijo Josafat. También él sirvió al Señor y continuó la lucha contra el culto cananeo y pagano. Pero también en este rey, que hizo lo recto ante los ojos del Señor, vemos maniobras políticas equivocadas. Josafat puso fin a las guerras con el pueblo hermano Israel, pero luego las sustituyó por una colaboración amplia con la casa impía de Acab. Josafat fue a la guerra con Acab (*cap.* 22), y fue bastante efusivo en sus muestras de amistad (22:4). También fue va a la guerra con Joram (2 R. 3), y casó a su propio hijo, que también se llamaba Joram, con una hija de Acab: Atalía (8:18). Nada bueno se podía derivar de aquella alianza monstruosa con la casa de Omri. Fue únicamente la promesa del Señor a David, la que pudo salvar a Joram (8:19). Igualmente, el hijo de Joram, Ocozías, anduvo en malos caminos. La alianza con la familia de Acab resultó ser fatal; ya que encontró la muerte durante el golpe de estado de Jehú, mientras estaba de visita con el rey de Israel (9:21 ss.).

A continuación, Atalía, siendo reina madre, aprovechó la oportunidad para hacerse con el poder; y, como se solía hacer en Oriente, mató a todos los miembros de la familia real. Solamente Joás, el hijo de Ocozías, se salvó y fue escondido en los edificios del templo. Cuando este príncipe heredero cumplió siete años, el sumo sacerdote Joiada organizó un golpe de estado, que le costó la vida a la impía Atalía. Bajo su dirección se llevó a cabo una reforma parcial. El templo de Baal fue derribado y el templo de Yahvé fue restaurado, gracias a los ofrendas voluntarias (12:7 ss.).

Sin embargo, la vida de Joás acabó mal. Cayó víctima de una revolución. Antes, ya había entregado los tesoros del templo a Hazael, rey de Siria. Podemos inferir de *Crónicas* que Joás dio un giro después de la muerte de Joiada. Dio otra vez la espalda al culto del Señor.

Su hijo Amasías, el sucesor, sirvió al Señor, pero los lugares altos siguieron existiendo. Aquellos cultos locales y ‘separatistas’ eran la perfecta vía de entrada para el paganismo, que empezó a extenderse paulatinamente en Judá. Jerusalén perdió así su importancia para el pueblo, y esto finalmente causaría la ruina del país, de la ciudad y

del templo. Aquella futura catástrofe, la vemos prefigurada en la toma de Jerusalén por el rey de Israel, cuando Amasías le desafió (*14:8 ss.*; fíjese en la fábula de Joás). Una y otra vez el Señor había hecho patente que Jerusalén sólo se salvaría por gracia. Si la fe en esa gracia desaparece, entonces viene un Sisac, un Nabucodonosor, un Pompeyo o un Tito para quitarle a la ciudad su orgullo.

Después de Azarías y Jotam comenzó a reinar el conocido Acaz. En sus días, Israel se desliza por completo hacia el lado cananeo. Acaz sacrifica incluso su primogénito a Moloc (que significa rey). Cuando el reino del norte y Siria subieron contra él, compró la intervención de los asirios con los tesoros del templo y del palacio para que le librasen de sus enemigos. Esta ayuda política por parte de una gran potencia extranjera dio a Acaz motivo para copiar también algo de la religión extranjera. Un altar, que había visto en Damasco, lo hizo copiar y colocar en el templo de Jerusalén (*cap. 16*). Y como hizo Jeroboam I un día, Acaz mismo, como sacerdote y rey, ofreció el primer sacrificio. A continuación, el altar de bronce de Yahvé fue arrinconado por superfluo; y, de ahí en adelante, todos los sacrificios se ofrecieron en el nuevo altar de diseño asirio... Judá se precipitó a paso agigantado hacia la ruina. El rey mesiánico, que había de ser la prefiguración de Cristo, fomentó una deformación progresiva; era una caricatura del Sacerdote y Rey que había de venir, según el orden de Melquisedec.

De Ezequías a Josías – reforma, deformación, reforma, deformación –

Aún así, bajo el reinado de Ezequías, y más tarde bajo el de Josías, una vez más penetró la luz. Ezequías sirvió al Señor y llevó a cabo una reforma rigurosa (*18:1 ss.*). Además puso fin a la amistad con Asiria y así libró a su país de la innecesaria influencia extranjera, que durante el reinado de su padre tuvo consecuencias tan funestas. Sin embargo, en aquellos días Asiria subió contra Israel, se lo llevó cautivo, y diez años después apareció ante las puertas de Jerusalén. Ezequías había intentado apartar el peligro inminente con la entrega de un impuesto, pero fue en vano (*18:13 ss.*); Asiria aceptó el tributo y aún así subió contra Sión. Y aquí vemos lo que puede la gracia de Yahvé. Frente a la jactancia bravucona de Asiria, la Palabra poderosa del Señor se revela por medio de Isaías.

“La virgen hija de Sión te menosprecia, te escarnece;
detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén.
¿A quién has vituperado y blasfemado?

¿y contra quién has alzado la voz y levantado en alto tus ojos?
¡Contra el Santo de Israel!” (19:21, 22).

Hasta aquí, en *Reyes*, se ha hablado mucho de la profecía en el reino del norte, mientras que apenas se ha mencionado la intervención de profetas en el reino del sur. Ahora vemos sin embargo que allí, la palabra profética estaba viva, y que salvaba. Asiria había arrasado con todo lo que había en las tierras. Judá se estaba ahogando en un mar de miseria, pero un resto, un remanente saldría de Jerusalén (19:31); es una promesa que sigue consolando a la Iglesia de hoy, porque la palabra de Isaías se cumplió, como en la noche de pascua, el ángel del Señor vino y aniquiló al ejército del rey Senaquerib. Jerusalén fue liberada. Quizás el Salmo 46 se compuso con motivo de este acontecimiento. En todo caso, este acto de salvación del Señor fue recordado por Israel también en tiempos posteriores. Desgraciadamente, sólo prestó atención a las obras de salvación del Señor, pero no a la actitud de fe que el Señor espera de su pueblo. Su razonamiento era que como anteriormente, con Ezequías: Jerusalén ha sido liberada, seguramente esto iba a suceder también ahora. De ahí su tranquilidad cuando se acercó Nabucodonosor; de ahí también la fuerza obstinada con la que lucharon entre el 68y el 70 A.C. para salvar a Jerusalén. Pero, ¡sólo el pueblo que guarda el Pacto puede cantar: el Señor, el Dios de los ejércitos está con nosotros y nos guarda de los peligros! Si esa fidelidad falta, entonces lo que ocurre es esto: No se dejará ni una piedra de la ciudad santa sobre otra piedra.

2 *Reyes* 20 habla de la enfermedad y recuperación milagrosa de Ezequías. *Isaías* 38 nos transmite la oración que hizo el rey en aquella circunstancia. Aquella curación, no obstante, tuvo unas secuelas políticas. Unos enviados de Babilonia fueron a felicitar a Ezequías; el rey, lleno de orgullo, enseñó sus tesoros a los representantes de aquel imperio emergente; no fue reacio a formar una alianza como contrapeso a Asiria, por lo que Isaías tuvo que reprender aquella actitud incrédula. ¡Un día, Babilonia se lo llevaría todo!

Durante el reinado de Manasés, las voces de los profetas tenían, por lo tanto, un tono amenazador: “Y extenderé sobre Jerusalén el cordel de Samaria y la plomada de la casa de Acab;... Y desampararé el resto de mi heredad...” (21:13, 14). Manasés sumó idolatría a idolatría. Su hijo Amón, que murió en una conspiración, hizo lo mismo. Sólo con Josías se ve la luz otra vez, por poco tiempo, porque aquel rey llevó a cabo una reforma. Entre otras cosas, el templo fue restaurado. Durante las obras encontraron un

libro (22:8 ss.), cuyo contenido (¿era *Deuteronomio*?) causó gran impresión; se dieron cuenta de que la ira del Señor se había encendido contra su pueblo. La profetisa Hulda lo confirmó: “Así ha dicho Yahvé: He aquí yo traigo sobre este lugar y sobre los que en él moran, todo el mal... por cuanto me dejaron a mí”. Una lectura detenida del capítulo 23 nos enseña hasta qué punto la degeneración había avanzado; cada rey infiel había contribuido al politeísmo del culto de Judá.

**También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel,
y desecharé a esta ciudad... y a la casa... (23:27)**

Las obras de reforma de Josías se extendieron incluso hasta el norte de Israel. Pero todo esto no logró cambiar el corazón del pueblo. Las profecías de Jeremías exponen claramente la tremenda corrupción de todo. La reforma de Josías, desgraciadamente, era sólo externa. El Señor no desistió del ardor de su ira (23:26). Finalmente, Josías murió en una batalla contra el ejército del faraón Neco, que estaba de camino a Asiria para apoyarle frente al poder creciente de Babilonia. Y, con él, se hundió la esperanza de Judá; allí, en el histórico campo de batalla de Meguido, mataron al último rey descendiente de David que quería ser fiel al Señor. Y la manera en que murió ilustra al mismo tiempo cómo Judá había quedado atrapado entre las dos grandes potencias de la política, Egipto y Babilonia. Primero es Egipto el que manda en Jerusalén. Joacaz es encarcelado por Neco, quien le sustituye por Joacim. Pero bajo su reinado, el poder de Babel se extiende más y más, de modo que Judá se somete a él, aunque poco después se rebela de nuevo. Por lo visto, ganó el partido pro-egipcio, sobre el que leemos mucho en *Jeremías*. Pero Nabucodonosor de Babilonia vino a sitiar Jerusalén. Y Joaquín, que entretanto había llegado a ser rey, se entregó a la gracia o la desgracia (24:12). Se llevaron los tesoros del palacio y del templo, además de toda la gente de la corte y la flor y nata de la población. Sedequías fue instaurado rey sobre la gente común que quedaba. Pero, también él se rebeló, negándose a pagar tributo. En julio de 586 a.C., Jerusalén fue tomada por el ejército de Nabucodonosor. Se produjo una segunda deportación, y entonces Jerusalén fue destruida por completo, el templo inclusive. Las columnas de bronce y los utensilios del templo fueron llevados a Babilonia, y una pequeña parte del pueblo se quedó atrás; pero muchos huyeron a Egipto debido a la inseguridad de la situación. El libro de *Reyes* termina finalmente con la mención del indulto que recibe el rey Joaquín en la corte de Babilonia. Aunque ya nunca más habría un descendiente de David que se sentara en un trono terrenal, el

linaje de David siguió existiendo; luego nacería el Mesías. El Señor cumplió su pacto con David. El libro de *Reyes* desemboca, más allá del cautiverio en Babilonia, en la venida de aquél Rey, que es también Profeta verdadero y que “restaurará el reino para Israel”.

Reyes se escribió probablemente durante el exilio. Nos muestra que el Señor, justificadamente, hizo deportar a Israel, el cual siguió en el camino de los pecados de Jeroboam, y peores aún. Nos habla del juicio de Dios sobre la casa de David, pero también de su gracia sobre esta dinastía. El relato de reyes reformistas como Ezequías o Josías está ahí para producir esperanza: el papel que juega la casa de David no ha terminado. Y de la elevación de Joaquín a la posición de invitado de honor del rey de Babilonia surge una feliz expectativa: la palabra profética se cumplirá; volverán del exilio; hay futuro para la casa de David.

(1)Piense en Moisés y Elías en Horeb; los cuarenta días; el paso del Señor delante de ellos; la lucha de Moisés contra los magos egipcios y la batalla de Elías contra los sacerdotes de Baal en el monte Carmelo; el enfrentamiento de Moisés con el faraón y el de Elías con Acab; Moisés cruza el Mar Rojo y Elías y Eliseo cruzan el Jordán en seco.

1º y 2º de CRÓNICAS

Libro de consolación mesiánico para la iglesia verdadera que tiene las antiguas promesas

El libro de *Crónicas* se escribió sin duda después del exilio. Puesto que su final es idéntico al comienzo de *Esdras*, hay bastante razón para suponer que anteriormente *Crónicas* formaba un conjunto con *Esdras* y *Nehemías*. Como el autor vivió en la época

de la restauración después del cautiverio, es lógico que quisiera dar un mensaje específico para su pueblo.

La situación después del regreso de Babilonia no siempre fue de color rosa. Israel no había vuelto a su antiguo resplandor. Sólo algunas tribus, de forma muy fragmentaria, habían regresado. De *Esdras* y *Nehemías* se puede deducir que la deformación surgía una y otra vez. Aunque se había restablecido el culto del templo, ¿dónde estaba la gloria de la casa restaurada de David? Unos forasteros reinaban sobre Judá; y luego una serie de potencias mundiales se sucederían, empuñando el cetro sobre Jerusalén; y aún no había llegado el fin.

Y entonces, en aquella situación, viene el autor de *Crónicas* con su escrito favorable al reino de Judá. Y con ello consuela al pueblo remanente, pues en primer lugar encuadra la historia en un contexto más amplio. La primera palabra de *Crónicas* es “adam” (el hombre). Lo que va a escribir sobre Israel y el asolado pueblo de Judá es la Historia de la humanidad, la Historia en la que todos los hombres están implicados. Podríamos decir: aquí hay una descripción del Evangelio para el mundo. Y desde Adán traza la línea a Abraham y su descendencia. El Pacto con los patriarcas recibe un gran énfasis, puesto que no menos de treinta veces se habla del Señor como el Dios de sus padres. Y con mucho detalle se demuestra que el pacto con Abraham encontró su sentido en el pacto con David. Con David, ‘Israel’ tenía un futuro. Porque David y sus grandes sucesores eran los que mantenían la teocracia, el reinado de Dios sobre su pueblo. Y ¿dónde si no vivía Dios, sino en su templo? Aquello fue el gran perjuicio que sufrió el norte de Israel: se había deshecho del templo. Por eso, aunque sólo eran unas pocas tribus las que se reunieron alrededor del templo, *Crónicas* no duda en otorgarles el nombre de Israel (véase *2 Cr. 15:17; 24:16; 28:19*). Así, en aquella reducida comunidad, todo Israel queda a salvo. Los que habían regresado expresaron este mismo razonamiento en la dedicación del templo reedificado. Se ofreció entonces un sacrificio de expiación de doce machos cabríos, “conforme al número de las tribus de Israel” (*Esd. 6:17*). El remanente de algunas tribus había vuelto; pero aquel resto representaba a todo Israel. Pues bien, de esta forma *Crónicas* alienta a los habitantes: en torno a David y al templo siempre se reúne todo Israel. Allí está la verdadera Iglesia.

No obstante, *Crónicas* muestra también claramente que hacían falta profetas para enseñar a los reyes la Ley del Señor. Y cuando se alejan del testimonio, la casa de David tiene ante sí un futuro muy oscuro. Aquí notamos de forma muy intensa el mensaje mesiánico del libro de *Crónicas*: tiene que venir un Mesías, que guarda

perfectamente la Ley de Yahvé, cuya obra no es una chapuza, en quien comienza el verdadero reposo para todo Israel y que da término al culto del templo. *Crónicas* es un clamor por Jesucristo, el gran Sacerdote y Rey; téngase presente al echar un vistazo a las genealogías y al leer las historias que muchas veces no se encuentran en *Reyes*.

Un reino mesiánico de sacerdotes (cantores)

Con la promesa de *Éxodo* 19:5 y 6 en mente, acerquémonos al contenido de *Crónicas*. Como vimos antes, el principio abarcó todo el mundo; una genealogía que empieza con Adán y sigue hasta Abraham. Aquí se proclama la unidad del género humano. Al mismo tiempo se resalta la gracia soberana: Israel viene de Set, y no de Caín; la descendencia tampoco pasa por Esaú-Edom – aunque se le mencione aparte – sino por Isaac. Los datos estadísticos acerca de las tribus de Israel que se dan a partir del capítulo 2 son reflejados con una cierta tendencia. La tribu de Judá, de la que descendió David, recibe mucha atención. También las tribus de Benjamín y Simeón, unidas con Judá en el reino del sur, destacan con largas listas de generaciones. Los datos de la tribu sacerdotal Leví ocupan una posición de honor (*cap. 6*). El capítulo 7 hace un breve repaso de las demás tribus. Hay que tener en cuenta que el autor da los datos de los registros hasta llegar a su propio tiempo, más o menos. En el capítulo 9 se traza incluso en grandes rasgos la población de Jerusalén en la época de Nehemías, como podemos ver al compararlo con *Nehemías* 11:3-19.

El objetivo de todo esto está claro. El Israel que ha regresado, tiene un origen importante, más aún, tiene privilegios antiguos. Desciende de un pasado glorioso. A pesar del juicio recibido, Israel ha podido continuar el pasado, en el amenazado presente del autor de *Crónicas*, en las tribus de Judá, Leví y los restos de las demás tribus. El templo sigue estando ahí, y también las promesas a la casa de David (1).

Con una genealogía como introducción, en 9:35-11:9 se describe cómo Saúl fracasó y cómo David llegó a ser rey, primero en Hebrón, y luego en Jerusalén. Listas de héroes y seguidores de todas las tribus lo subrayan. La entrada del arca recibe en este libro sacerdotal un gran énfasis. Y la iglesia es retratada en particular aquí como una congregación que hace música y que canta, una característica que es una constante en todo el libro de *Crónicas*. Los lectores de aquellos días tenían que entender bien – y también nosotros debemos tomarlo a pecho – que la iglesia que canta no es una iglesia impotente. En la liturgia de la congregación se esconde un poder y una fuerza que hace temblar a cielo y tierra – el libro de *Apocalipsis* lo confirma –.

Puesto que con la liturgia hay que ser cuidadoso, encontramos en 16:8 y ss., el texto establecido (compuesto de partes de los *Salmos* 105, 96 y 106) para el culto en torno al arca en Jerusalén, para el tabernáculo y el altar del holocausto en Gabaón.

Sin duda, la promesa del Señor a David acerca de su hijo Salomón, quien construiría el templo, está aquí central (17:1 y ss.). La casa de David existe en torno a la casa futura de Yahvé. Cuando llegue el reposo y la victoria sobre todos los enemigos (22:9), Salomón comenzará a edificar.

Por ello no hay que pensar que el relato de las victorias de David es aburrido. La lucha a espada de David, su extensa organización militar (18:1-20:8, 27), ¡todo ello estaba al servicio de la futura construcción del templo!; porque Israel tenía que recibir descanso, *shalom*, paz. El templo es lo que domina la perspectiva.

Este es el caso también en cuanto al pecado de David al censar el pueblo. Cuando David ve al ángel en la era del jebuseo Ornán, ofrece allí mismo sacrificios, aunque en realidad Gabaón era el lugar de los sacrificios. Pero David saca de esta aparición la conclusión: “Aquí estará la casa de Yahvé Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel” (22:1). Yahvé mismo le indicó el lugar que Él ha escogido (*Dt.* 12:5).

Este hecho fue motivo para que David se esforzara en reunir muchos materiales. Los levitas, cantores y otros siervos del templo fueron distribuidos y organizados de nuevo. Fíjese en que los sacerdotes y cantores fueron repartidos en veinticuatro (dos veces doce) grupos de servicio. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, perteneció al grupo de Abías (*Lc.* 1:5; comp. *1 Cr.* 24:10). Cuando en *Apocalipsis* se habla de los 24 ancianos, no se refiere solamente a las doce tribus y los doce apóstoles, sino que por su número se les podría relacionar también con el número de los grupos de sacerdotes y cantores.

1 Crónicas concluye con la misión de Salomón de edificar el templo, el registro de las ofrendas para el templo, seguido por el canto de alabanza de David, la subida al trono de Salomón y la unción de Sadoc por sumo sacerdote.

En 28:9 David define de forma muy clara cuál es el deber de un rey teocrático: “Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejares, Él te desechará para siempre” (cf. *1 S.* 12:24, 25). La condición de rey sólo tiene su base firme en el culto de Yahvé. Por eso leemos en 29:23 que Salomón se sentó en el trono de Yahvé, en lugar de David. Tenía que representar a Yahvé; ese era el significado de su ministerio. Si la casa de David faltara a su llamado, perdería su derecho a existir. La segunda parte de *Crónicas*

(naturalmente, la división en dos libros no la hizo el autor, lo mismo vale para *Samuel* y *Reyes*) acabará luego con una casa de David que es apartada del trono del Señor.

También en la segunda parte predominan mucho los ‘motivos sacerdotales’. Con mucho detalle se relata la edificación del templo y su dedicación. Los demás hechos del gobierno de Salomón sólo se mencionan brevemente; toda la atención va dirigido a él como constructor del templo; incluso de su alejamiento del Señor no se habla para nada. El texto es casi idéntico al de *Reyes*. Cuando *Crónicas* omite algunas cosas que sí encontramos en *Reyes*, no debemos pensar en una tergiversación de la historia; puesto que el autor hace continuamente referencia a sus fuentes, y presupone que la materia es conocida. El mismo caso se da en el evangelio de *Juan* en comparación con los otros evangelios. En el primero ni siquiera encontramos la institución de la Santa Cena; Juan supone que sus lectores estaban al tanto; sólo transmite lo que estimaba necesario en relación con el objetivo de su libro. Y lo mismo se aplica al autor de *Crónicas*. Él destaca aquello que le es más útil para la estructura de su obra (¡centra toda su atención en David y el templo!). Además encontramos todo tipo de datos que no vienen en *Reyes*. Justo como encontramos muchas cosas en el evangelio de *Juan*, que no están en los demás evangelios.

El ministerio de los siervos del Señor, los profetas

Así como en *Reyes* se presta muchísima atención a las intervenciones de los profetas en el reino del norte, mientras que se dice poco o nada de sus actividades en Judá, así en *Crónicas* a menudo se hace mención de la acción profética en el reino del sur.

Precisamente el libro ‘sacerdotal’ de *Crónicas* pone de relieve el enorme significado que tienen los profetas para los reyes; ellos dirigen, controlan, aconsejan y reprenden al rey. Los profetas también han registrado sus actos; y son estos libros que el autor de *Crónicas* ha utilizado concienzudamente al compilar su obra (véase p. ej. *1 Cr.* 29:29; *2 Cr.* 12:15; 20:34, etc.).

En cuanto a la relación profeta/rey fijémonos en algunas porciones de *2 Crónicas*. Ya con Roboam vemos intervenir a un profeta cuando el rey quiere luchar contra el pueblo hermano de Israel (*11:1 ss.*). El mismo profeta Semaías hace un llamamiento a la penitencia cuando Sisac, rey de Egipto, se está acercando (*12:5*). Y de nuevo es un profeta, Azarías, que anima al rey Asa a continuar sus obras de reforma después de haber vencido a los ‘moros’ (*15:1 ss.*) – quizás eran beduinos árabes, tenían

camellos (14:15) –. Y cuando Asa se involucra en alianzas políticas con Siria y hace pasar el pacto con el Señor a un segundo plano, viene Hanani, que le anuncia el juicio; un acto que Hanani paga con su libertad; a los reyes no les gusta que les lleven la contraria (16:7-10).

En la historia del rey Josafat aparece el profeta Micaías, también mencionado en *Reyes*; él anuncia la muerte de Acab, con quien Josafat se había juntado para una batalla (18:6 ss.). Y cuando Josafat vuelve después de la derrota, allí está Jehú, el hijo de Hanani, que le da una severa lección: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Yahvé? Pues ha salido de la presencia de Yahvé ira contra ti por esto” (19:2). Y cuando el rey más tarde quiere embarcarse de nuevo (y ahora literalmente) con un hijo de Acab para aprestar una flota mercantil, Eliezer profetiza el fracaso de la expedición; puesto que la antítesis no había sido respetada (20:37).

En 21:12 ss., leemos incluso acerca de una carta del profeta Elías dirigida al impío Joram, casado con una hija de Acab. Cuando Joás da la espalda al Señor después de la muerte de su padre adoptivo, el sacerdote Joiada, son otra vez los profetas, los que le amonestan. Entre ellos está también Zacarías, el hijo de Joiada. Esto resultará ser fatal; es denunciado por el pueblo, que no tolera su profecía, y el rey no tiene ningún inconveniente en hacerlo ejecutar en el patio del templo (24:20-22). Pero la sangre de este hijo de profeta no descansó. Moribundo, Zacarías dijo: “Yahvé lo vea y lo demande.” Mucho más tarde, el Cristo hablaría de “la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, quien fue muerto entre el templo y el altar”; toda esa sangre vendría como venganza sobre Jerusalén, que mata a los profetas (*Mt. 23:29-39*). Sí, el Señor habló por medio de profetas a Manasés y su pueblo (*2 Cr. 33:10*); pero, a la larga, ya nadie les escuchaba. Por eso vino finalmente el castigo anunciado; la ira del Señor se abatió de tal manera contra su pueblo, que ya no hubo remedio (*36:16*).

He querido considerar este tema con tanto detalle (2), ya que le será de gran beneficio en la lectura. Al lado del rey está el profeta; cuanto menos escucha el rey, más se oye el clamor por aquél Rey, que es Él mismo el Profeta y Maestro mayor, Jesucristo.

El poder de la liturgia de la Iglesia verdadera

Al lado del rey está, además, el ministerio sacerdotal, con sacrificios y cánticos. ¿Acaso no es *Crónicas* un libro sacerdotal? Una y otra vez se llama la atención hacia el culto verdadero y según la Ley del Señor: ¡reforma! Abías, Asa, Josafat, Ezequías, Manasés, Josías. Y claramente se expone que la Iglesia, debido al culto puro al Señor,

también era fuerte en el área política. Porque el culto de adoración de la Iglesia tenía poder para vencer a ejércitos. Podemos leer que los sacerdotes tocaban las trompetas (13:14) y los cantores cantaban alabanzas (20:21) ¡en los campos de batalla! Aquí hay un mensaje para la Iglesia de hoy. No debemos darnos golpes en el pecho por orgullo: ¡este es el templo del Señor! ¡Estamos a salvo! No se encuentra salvación en un culto externo en sí; pero no por eso debemos menospreciar el culto al Señor. Las oraciones salvan. Y la liturgia de la Iglesia hace estremecer el mundo. Por algo es que *Apocalipsis* describe a la Iglesia cantando alrededor del Cordero en el monte de Sión, en medio de todo tipo de juicios. El cántico de Moisés no muere nunca, sino que se oirá hasta en la eternidad. Toda la Historia de salvación está imbuida del canto de la Iglesia. Y este cantar de la Iglesia no es un mero cántico idílico en medio del fragor de las guerras. No es en absoluto un esfuerzo inútil de unas almas pálidas e ingenuas. Es el poder de la oración de la Iglesia, con la que vence al enemigo.

Al final de su vida, David, consultando con los principales (¡él no era un monarca autocrático!), había ampliado considerablemente el servicio de los levitas con miras al templo que se iba a construir (1 Cr. 23). Al mismo tiempo organizó el ministerio del canto y de su acompañamiento musical (1 Cr. 25). Es sabido que él mismo también componía salmos. En 2 Crónicas 29 se habla de los instrumentos de David, rey de Israel (vv. 26, 27). Ezequías y los príncipes ordenaron a los levitas alabar al Señor “con las palabras de David y de Asaf vidente” (v. 30).

El hecho de que *Crónicas* mencione con tanto énfasis este enriquecimiento del culto que Moisés estableció, nos puede animar a dedicarle especial atención. En aquel entonces, el Señor ya estaba aproximándose con sus obras a la era del nuevo Pacto, en la cual el culto del templo con sus sacrificios habría caducado, pero el culto de oración y alabanza se mantendría. “Antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos, y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:18-20). “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (He. 13:15; comp. Sal. 50:14, 23; Is. 57:19). No es cosa de cantar un momentito un salmo o himno mientras... se pasa la ofrenda, por ejemplo. ¡Ahora que Cristo ha ofrecido el sacrificio expiatorio, podemos continuar, de una manera neotestamentaria, la alabanza del templo! Ese es también el poderoso mensaje de *Crónicas*: ahora, que todos

tenemos por medio de Cristo el ministerio sacerdotal, una oración cantada puede mucho (*Stg. 5:16*).

El pacto con los patriarcas, con Israel en Horeb y con David

En su cántico de alabanza, después de haber reunido las ofrendas para la construcción del templo, David llama al Señor: Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres (*1 Cr. 29:18*). En la liturgia del templo establecida por David, se habla con mucho énfasis del Señor que “hace memoria de su pacto perpetuamente, y de la palabra que Él mandó para mil generaciones; del pacto que concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac; el cual confirmó a Jacob por estatuto, y a Israel por pacto sempiterno” (*1 Cr. 29:15-17*). Las mismas palabras encontramos en el Salmo 105:8-10. Dios nunca cambiará su verdad, sino que se acordará para siempre de su pacto. Esta idea se resalta una y otra vez en *Crónicas*. “Dios nuestro, ¿no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre?” (*2 Cr. 20:7*). Las generaciones posteriores de Israel siempre podían argumentar basándose en el pacto concertado con los patriarcas anteriormente. “Hijos de Israel, volvedos a Yahvé el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y Él se volverá al remanente que ha quedado de la mano de los reyes de Asiria” (*2 Cr. 30:6*).

No obstante, la alianza hecha con los patriarcas había sido renovada y confirmada en el pacto que se estableció con el pueblo de Israel en el monte Sinaí, después de la salida de Egipto. *Crónicas* también lo señala. El Dios de los padres es a la vez el “Dios de Israel”.

“¿Y qué pueblo hay en la tierra como tu pueblo Israel, cuyo Dios fuese y se redimiese un pueblo, para hacerte nombre con grandezas y maravillas, echando a las naciones de delante de tu pueblo, que tú rescataste de Egipto?

Tú has constituido a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, Yahvé, has venido a ser su Dios” (*1 Cr. 17:21, 22*).

Crónicas muestra una y otra vez que el Señor guarda su pacto y que Israel tiene la obligación de mantener el pacto que se estableció en Horeb. Incluso, a pesar de toda la apostasía, el Señor sigue estando abierto al reino del norte, a las diez tribus. El profeta Semaías llama “hermanos” a aquellos que apoyan a Jeroboam (*2 Cr. 11:4*; cf. *28:11*). El profeta Obed y el rey Ezequías se dirigen a los soldados del reino del norte refiriéndose

al Señor como “Yahvé, vuestro Dios” (2 Cr. 28:10; 30:8); “someteos a Yahvé, y venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre; y servid a Yahvé vuestro Dios” (30:8).

Aparte del pacto con Abraham y el pacto con Israel, hay otro pacto en *Crónicas* que recibe mucho énfasis: ¡el pacto con David!

Es sorprendente que este pacto lleva los mismos rasgos que los otros dos. Es un ‘pacto eterno’, un pacto que alcanza hasta la era mesiánica (1 Cr. 17:14, 23, 27; 22:10; 28:4, 7).

“¿No sabéis vosotros que Yahvé Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal?” (2 Cr. 13:5).

También este es un pacto de gracia. De lo que aquí se trata es la elección de Dios (comp. 1 Cr. 16:13; 28:6, 10; 29:1). Incluso bajo el reinado del impío rey Joram, el Señor no quiere destruir la casa de David, “a causa del pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría lámpara a él y a sus hijos perpetuamente” (2 Cr. 21:7). Luego hay obligaciones y castigos vinculados a este pacto (2 Cr. 6:16).

La casa de David no existe para sí misma. Y el pacto con David no se puede desvincular del pacto con Israel. David entendió que el Señor le había confirmado como rey sobre Israel, ya que había exaltado su reino, por causa de (sobre) su pueblo Israel (1 Cr. 14:2). Tanto Hiram de Tiro como la reina de Saba decían que Salomón fue puesto por rey sobre Israel “porque Yahvé amó a su pueblo” (2 Cr. 2:11; 9:8). Precisamente a causa del reinado de la casa de David, el pacto entre el Señor e Israel volvía a recibir una y otra vez un nuevo impulso.

Desde esta perspectiva tenemos que considerar el interés de David por el arca y el templo, y el celo que mostró Salomón para la construcción del templo. Además se puede señalar a: Asa, que renovó el altar; Josafat, que promovió la enseñanza de la Ley; Joás, que restauró el templo; Jotam, Ezequías, Manasés y Josías, que cada uno a su manera cuidaron del culto del templo y pusieron límites a la idolatría.

Y constantemente aparece aquí la palabra ‘pacto’. Con las reformas, el antiguo pacto se confirmaba de nuevo bajo la dirección del rey davídico. Esto demuestra que el pacto de David funcionaba dentro del pacto con Israel. La casa de David fue llamada para guardar el pacto entre el Señor e Israel, y, si este hubiese caído en el olvido, tenía que volver a ponerlo en el centro de la atención mediante una reforma. ¿No era el rey de

la casa de David el representante de Dios, su apoderado, que se llamaba “rey para/ante Yahvé” y que estaba sentado en el trono del reino de Yahvé sobre Israel? (*1 Cr.* 28:5; 29:22, 23; *2 Cr.* 9:8).

El hecho de que el fuego descendiera sobre el altar después de la oración de Salomón en la dedicación del templo, era una aprobación del cambio en la forma de continuar el pacto hecho en el Sinaí (*2 Cr.* 7:1; comp. *Lv.* 9:24; *1 Cr.* 21:26).

Bajo el reinado de Asa se renovó el pacto con el Señor como colofón a la purificación del templo. Su alianza con Siria contrastó de forma tremenda con ello (*2 Cr.* 15, 16). Bajo la dirección del sumo sacerdote Joiada se hizo un pacto con el rey – es decir, el menor de edad Joás – en la casa de Dios (*2 Cr.* 23); comprometiéndose a ser pueblo de Yahvé (*v.* 16). Las grandes fiestas de la pascua, que tanto Ezequías como Josías organizaron en el marco de sus reformas del templo, pueden considerarse como una confirmación del pacto renovado (*2 Cr.* 30, 35).

Crónicas fue escrito después del exilio, cuando ya no había rey en Israel. ¿Iba a olvidar Dios su gracia, sus promesas a la casa de David? ¿Podrían seguir cantando: “Y nuestro rey es dado por el Dios de Israel? *Crónicas* termina, y con ello conecta con el libro de *Esdras*, con una parte del decreto de Ciro que promete la construcción de un templo y permite a Israel a emprender el retorno a Jerusalén. Un nuevo futuro estaba esperando. Se dice claramente: “para que se cumpliese la palabra de Yahvé por boca del profeta Jeremías.” Entonces, ¿no iba a cumplir el Señor las antiguas promesas a David, según la profecía de Jeremías? (*Jer.* 25:5, 6; 33:19 ss.). ¿Cómo iba a mentirle a David? (*Sal.* 89:35). Por lo tanto, *Crónicas* es un solo mensaje continuado de la era mesiánica venidera. Jesucristo, el gran Hijo de David que está sentado en el trono de su padre David y el trono del Señor, ha dado comienzo a ella. Él ha confirmado el pacto renovado con su sangre. El antiguo pacto con Abraham, Israel y David ha entrado por medio de Él en una nueva fase, ahora que ha llegado la era mesiánica (cf. los cánticos de alabanza de María y de Zacarías, *Lc.* 1:55, 69-73).

Por eso es de tal actualidad para nosotros el mensaje de *Crónicas*, ahora que el cumplimiento completo de las promesas de Dios todavía está por venir. Yendo radicalmente en contra del espíritu de adaptación y duda, al verdadero Israel se le anima a ser fiel al Dios de los padres, el Dios de David. El cumplimiento de la era mesiánica está cerca. “Y digan las naciones: Yahvé reina” (*1 Cr.* 16:31; comp. *Sal.* 96:10; *Ex.* 15:18). “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David” (*Ez.* 34:23).

Y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto (2 Cr. 34:30)

En el tiempo en que se escribió *Crónicas*, la profecía había desaparecido casi por completo. Si el remanente de Israel hubiera tenido que depender de la aparición de un nuevo profeta tras otro, habría estado expuesto a todo tipo de enseñanza. Por eso es importante que nos fijemos en la atención que presta *Crónicas*, una y otra vez, a la Palabra escrita del Señor. Gracias a ello, a Israel no le faltó una dirección firme, había una norma fija y escrita.

David dijo encarecidamente a Salomón y al ‘consejo del pueblo’ que guardaran escrupulosamente todos los estatutos y decretos que el Señor mandó a Moisés para Israel (1 Cr. 22:13; 28:8; 2 Cr. 8:13; 33:8). El hallazgo del “libro de la ley de Yahvé dado por medio de Moisés” (2 Cr. 34:14, 15), también llamado “libro del pacto” (v. 30), durante el reinado de Josías, dio lugar a una renovación del pacto (v. 32). Se habla de las obras piadosas de Josías, conforme a lo que está escrito en la ley del Señor (2 Cr. 35:26). Guardar el pacto no es algo que dependía de la inspiración, la improvisación y el capricho. Había reglas y normas establecidas. Por eso se podía encontrar siempre el buen camino, también en tiempos de decadencia: había un libro del Pacto.

La Ley, la Torá, el Testimonio, siempre señalaba a la bendición de la obediencia y de la piedad, y a la maldición que pesa sobre la apostasía. Al rey Joás se le entregó el Testimonio cuando subió al trono (2 Cr. 23:11; comp. Dt. 17:18). Cuando éste, más tarde, dejó al Señor, sufrió el castigo. El rey Uzías pagó con la lepra el hecho de que entró en el santuario, lo cual era contrario a la ley (2 Cr. 26:19). Por otro lado, se pueden encontrar en *Crónicas* muchos ejemplos de bendición sobre la observancia de la ley del Señor. Hay que fijarse en el hecho de que se ve en varios de los reyes un buen comienzo al principio, pero luego se observa una caída (Asa, Joás, Uzías, Ezequías). ¡Lo importante es seguir adelante! En ello se demuestra la perseverancia y la fidelidad de la fe de los santos.

Como siempre, pero sobre todo hoy en día, cuando la Palabra hecha Escritura del Señor está expuesta a tantos ataques, hay que estar atento a este elemento de la predicación de *Crónicas*. Tenemos a Moisés y a los profetas, y somos llamados a tenerlos por firmes y eficaces, y a dejar que nos corrijan. ¡También para nosotros, en los días del nuevo Pacto, la norma de *sola scriptura* sigue vigente!

(1) Es interesante fijarse en los siguientes pasajes de las genealogías: *1 Cr.* 2:7 (Acán significa perturbar), y 34; 4:9, 10; 5:18 ss.; 7:21 ss.

(2) Véase además *2 Cr.* 20:15; 26:5; 29:25; 32:30.

ESDRAS

Trasfondo histórico

Esdras 1:1 comienza hablando directamente de historia de la salvación. El Señor cumplió la profecía de Jeremías (*Jer.* 25:12; 29:10); después de la conquista de Babilonia, a Israel se le permitió volver de su exilio de setenta años (números redondos). Al mismo tiempo, sin embargo, entramos en la historia mundial: era Ciro, el rey de los persas, quien dio permiso a los judíos para volver. *Esdras* 1:2 cita su decreto entero (en *2 Cr.* 36:22, 23 encontramos solamente parte de él como ‘final feliz’ del libro de *Crónicas*).

Después de la caída de Nínive en 612 a.C., Babilonia había venido a ocupar el lugar de Asiria en el mundo oriental antiguo. Mientras que Israel (el norte) fue llevado preso en 722 a.C. por Asiria, Jerusalén cayó – primero en 597 a.C. y luego otra vez en 586 a.C. – bajo la mano poderosa de Babilonia y la mayor parte de sus habitantes fue deportada. La intervención de Ciro (*kôres*) puso término al nuevo reino de Babilonia. Siendo rey del pequeño reino de Anshan, Ciro logró juntar siete tribus persas bajo su dominio y proclamarse ‘rey de los persas’. Unió Media a su reino, derrotó al rey de Lidia, Creso, por lo que se hizo con casi todo el territorio de lo que hoy día es Turquía, y avanzó hacia la India en el este. Luego le tocó el turno a Babilonia, y gracias al hecho de que el monarca de aquel entonces estaba enfrentado con los poderosos sacerdotes del dios Marduc, pudo conquistar Babel con la ayuda de una quinta columna, celebrando su entrada en 539 a.C.

Lo que distinguía su manera de actuar era que participó en la fiesta de Año Nuevo en Babel, y así rindió culto a Marduc como dios supremo. Su gobierno no se

caracterizaba por la destrucción de los pueblos, su cultura y religión; él dejó a cada uno sus creencias; más bien estimuló la conservación de la religión y las costumbres propias; ¡si a cambio reconocían al rey persa como monarca supremo! Por eso se puede entender su actitud benévola para con los judíos. Él estimuló su regreso y consideró la restauración del templo en Jerusalén y la continuación del culto de los sacrificios como un interés estatal persa. Como tal, él era un siervo ungido del Señor (*Is. 45:1 ss.*), cuya política usó el Señor para producir un segundo éxodo. Su gobierno humano, que deseaba fomentar el desarrollo propio de los pueblos bajo una dirección persa, fue empleado por el Señor para posibilitar el progreso de la Historia de salvación. Después de su muerte en 529 a.C. le sucedió Cambises, que a su vez fue sucedido por Darío, quien no sólo fue un gran organizador, sino que estimuló con el mismo espíritu que su antecesor la vida religiosa propia de los pueblos. En el tiempo confuso del principio de su reinado se llevó a buen término en 520-515 a.C. la reconstrucción del templo en Jerusalén, que estaba sometida temporalmente. Le sucedió Jerjes, el Asuero del libro de *Esther* (486-465 a.C.), en cuya corte las intrigas eran el pan de cada día (también contra Judá, comp. *Esd. 4:69*). Después de su asesinato en 465 a.C., y tras el periodo habitual de confusión y rebelión, Artajerjes subió al trono. Egipto, que había sido conquistado por Cambises, se rebeló en ese tiempo, por lo que Judá era en aquellos días una provincia fronteriza del imperio persa. Está claro que el gobierno persa estaba interesado en evitar el caos en Judá. Por eso se explica por qué precisamente en los días de Artajerjes, Esdras fue enviado a Jerusalén para hacer observar allí, como líder religioso, la Ley de Dios. Más tarde, parece que el rey fue predispuesto en contra de Esdras. Pero, a la vista de que la situación en Jerusalén se había vuelto tan desoladora, Nehemías, que sirvió en la corte de Artajerjes I, se lo hizo presente al rey y consiguió su permiso para ir allí como enviado gubernamental por un periodo determinado, con plenos poderes para poner las cosas en orden (444 a.C.). En el libro de *Nehemías* se relata cómo actuó a favor de sus hermanos durante los doce años de su ejercicio como gobernador y luego también en el segundo período del cargo.

Llegamos, pues, a las siguientes fechas que componen el marco en el que están incluidos no solamente *Esdras* y *Nehemías*, sino también otros libros que tratan del período persa (*Ester, Daniel, Hageo, Zacarías*):

722 Israel, el norte, es deportado por Asiria, después de la caída de Samaria.

597 Primera conquista de Jerusalén por Babilonia. Deportación del rey Joaquín, sacerdotes y

- nobles (entre otros, Ezequiel y Daniel).
- 586 Segunda conquista de Jerusalén. Deportación de la mayor parte de los habitantes a Babilonia.
- 539 Ciro celebra su entrada en Babel. – En 538 los judíos reciben permiso para volver a su patria. Reconstrucción del altar y colocación de los fundamentos del templo. A causa de unas intrigas se deben suspender las obras.
- 529 Ciro muere y le sucede Cambises.
- 521 Cambises muere y Darío asume el poder.
- 515 Terminación del templo bajo la dirección de Zorobabel y el sumo sacerdote Yesúa, animados por los profetas Hageo y Zacarías.
- 486 Jerjes (Asuero) sucede a Darío. Acusación por parte del pueblo de la tierra contra Judá (*Esd. 4:6*). En sus días, gracias a la intervención de Ester y Mardoqueo, el complot de Amán es desbaratado.
- 465 Artajerjes I sube al trono.
- 458 Esdras sube con un gran grupo de exiliados a Jerusalén para emprender allí una reforma. Se impide la reconstrucción de los muros.
- 444 Nehemías llega a ser gobernador de Judá. Él lleva a cabo reformas y bajo su dirección se restauran los muros y las puertas.

Se abren los archivos

¡La Biblia es un libro tan asombroso y variado! Encontramos en ella proverbios sabios, salmos emotivos, profecías llenas de ardor, y también documentos ‘áridos’. El libro de *Esdras* refleja el contenido de muchos archivos. No hay que dejarse desanimar por ello, ya que muestra que la Biblia es tan real como la vida. Nadie necesita un título redactado en lenguaje poético, ¿verdad? Es el contenido lo que importa. De un archivo uno espera el estilo propio de un documento. Pues bien, en *Esdras* nos encontramos con el estilo persa de levantar actas, y sin que hagan falta excavaciones costosas, se nos abren los archivos persas.

El ‘tercer imperio’ persa adoptó las costumbres de sus antecesores: respetaba los archivos asirios y babilónicos, las crónicas se mantenían al día, los nuevos decretos se registraban puntualmente, se guardaban en los archivos y mediante un excelente servicio de correos y un verdadero ejército de funcionarios se publicaban en los diferentes partes del reino. En los libros de *Ester* y *Daniel* encontramos varios ejemplos de la manera de proceder en esta cuestión. Es lícito suponer que unido a la cancillería

persa había una ‘oficina para asuntos judíos’, donde escribas judíos daban un colorido judío a las actas referentes a Jerusalén.

Al abrir *Esdras*, encontramos al principio la cita del decreto de Ciro. Es de agradecer que hoy día las nuevas versiones de la Biblia hagan resaltar la versificación poética en la tipografía. Pero también nos ayudaría mucho si a partir de ahora se indicasen las actas por medio de un cambio de margen, o, si hace falta, se utilizase otro tipo de letra. Debido a que ahora todo el texto está impreso sin interrupción, la Biblia se convierte así en algo innecesariamente anticuado. Para nosotros los que vivimos en el siglo XX, nos impacta más leer y ver que escuchar, como solían estar acostumbrados los pueblos antiguos (¿quién escucha hoy día todavía una proclamación?), por eso, tenemos a veces dificultad en entenderlo todo, algo que se podría evitar. Un diseño tipográfico apropiado, nos vendría particularmente bien en la porción de 4:8-6:13.

Probablemente, lo que encontramos aquí es el texto parcial de una memoria y petición, presentada por un judío llamado Tabeel al rey Artajerjes I. Esta parte no está redactada en hebreo, sino en arameo, el idioma que introdujo el rey Darío I para servir como idioma de uso diplomático en este reino extenso, algo así como el inglés de aquella época. El libro de *Daniel* se escribió también parcialmente en ese idioma (*Dn. 2:4b-7:28*). De *2 Crónicas* 18:26 se desprende que en los días del gran rey de Asiria, Senaquerib, ya era costumbre usar el arameo como lengua diplomática. El ciudadano de a pie todavía no lo podía entender, pero en los tiempos en que se publicó el libro de *Esdras* la situación era diferente. En los días en que el Señor Jesús anduvo por Palestina, el arameo occidental, una forma de arameo relacionada con el idioma oficial del reino, había suplantado al hebreo. Palabras como “*talita cumi*” y “*efata*” nos recuerdan esto. Dado que la gente podía entender las actas en el idioma oficial, el autor de *Esdras* las ha dejado en su forma ‘original’. En la memoria de Tabeel se citan a su vez otras actas (¡una versión moderna tendría que añadir aquí otro cambio de margen más al texto!), retrocediendo y mirando hacia atrás en la Historia.

1. Escrito de alegación y queja del gobernador de Samaria en contra de los judíos que (evidentemente bajo la dirección de Esdras) estaban fortificando la ciudad de Jerusalén. Dirigido al rey Artajerjes I (*4:8-16*).
2. Respuesta del rey (*4:17-22*). A raíz de una investigación de archivo salió a la luz que, efectivamente, Jerusalén se rebeló con frecuencia.. ¡Se ve que habían guardado las actas de la época asiria y babilónica! Consecuencia: la construcción de los muros no puede continuar.

3. Informe oficial de Tatnai, gobernador de la región al oeste del Éufrates, acerca de la construcción del templo, en la que se había comenzado mucho antes (bajo el reinado de Darío). Petición de investigar en la cancillería, si Ciro efectivamente había dado la orden para la reconstrucción (5:7-17).
4. Reproducción del documento de Ciro, en el cual dictó efectivamente tal orden (6:3-5). No encontraron aquel rollo en Babel, como se esperaba, sino en Acmeta en Media. ¡Parece que el correo diplomático funcionaba de maravilla!
5. Decisión de Darío el Grande: se ha de apoyar la edificación del templo (6:6-12).

Todo esto no es una historia árida. *Esdras* nos muestra cómo el Gran Rey Yahvé sabe dirigir los corazones de los reyes como se hace con las acequias en un sistema de irrigación. Vemos aquí la mano misericordiosa de Dios, de la que tanto hablan Esdras y Nehemías. Y con el Nuevo Testamento en la mano, pensamos hoy: Jesucristo está sentado a la diestra de aquella mano misericordiosa. Con Él como Rey, la Iglesia está segura.

En 7:12-26 encontramos una copia de la carta que Artajerjes I, rey de reyes (¡aquel título tan característico del Oriente antiguo!), entregó a Esdras cuando se marchó. En aquella carta credencial se cita nuevamente de forma precisa, el texto de la carta que ordena a los tesoreros de la región al oeste del Éufrates que le presten toda la asistencia posible, y que no impongan tributo ninguno al personal de culto judío (vv.21-24). En la conclusión encontramos una alabanza de Yahvé, “el Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa del Señor, que está en Jerusalén, e inclinó hacia mí su misericordia delante del rey y de sus consejeros, y de todos los príncipes poderosos del rey” (7:27, 28).

Por el uso de la primera persona singular se puede concluir que el compilador del libro de *Esdras* cita aquí una nueva fuente; se sirve de las memorias, el diario de Esdras; lo mismo ocurre en el libro de *Nehemías*: allí se citan igualmente las memorias de Nehemías. Esto es lo sorprendente: la Biblia abre los archivos y todo esto nos dice mucho más que cualquier buena historia; tenemos en la mano los documentos auténticos, que hablan en un lenguaje claro acerca del reconocimiento de los privilegios de Israel y de un comienzo de reforma.

Generalmente, se supone que *Esdras* y *Nehemías* estaban unidos en un solo libro, y que formaban a su vez una unidad con *Crónicas*, cuya conclusión es igual al comienzo de *Esdras*. El nombre de *Nehemías* se le dio más tarde a ese libro. En la

Vulgata, la traducción oficial en latín de Roma, *Nehemías* se llama *2 Esdras*, y luego se cuentan dos libros apócrifos más: *3 Esdras* (que coincide parcialmente con *Esdras*) y la ‘revelación’ *4 Esdras*. Si *1 Crónicas* – *Nehemías* formaban un conjunto, no hay que pensar en Esdras como el autor, sino en un cronista posterior que dejó hablar a los documentos del archivo relacionados con su tema, que se refería sobre todo al culto del templo.

Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia;

En ella será edificada mi casa (*Zac. 1:16*)

El comienzo de *Esdras* nos informa acerca de la salida de Babilonia, gracias al decreto de Ciro. Los judíos que volvieron pudieron llevarse los tesoros del templo (véase el recibo en *1:9-11*; ¡otro de esos documentos!), ya que tenían permiso de reedificar el templo. Ciro hizo un llamamiento a todos a apoyar esta empresa con donativos. Sesbasar, un príncipe de Judá (*1:8*), tenía el mando sobre el viaje de regreso. Este viaje da relieve a la descripción posterior: el templo y ‘David’ están de nuevo unidos, como se demostró en *Crónicas*. Hay otro representante más de la casa de David en primer plano: Zorobabel, que asume el mando junto al sumo sacerdote Yesúa en la restauración del altar en el lugar original.

En aquella ocasión se celebró la fiesta de los Tabernáculos, como en la dedicación del primer templo. Por cierto, parece como si volvieran los días de Salomón. Para la construcción del templo se recurre también a Fenicia en cuanto al suministro de madera de cedro a Jope. Lo mismo que en *Crónicas*, se pone mucho énfasis en la música del templo, así ocurre aquí. Sacerdotes e hijos de Asaf forman una orquesta y un coro que canta por turnos. “Porque para siempre es su misericordia sobre Israel.” El pueblo unió su voz a la de ellos con gran júbilo, pero los recuerdos de los desastres pasados abrumaban a los mayores (*cap. 3*).

Sin embargo, la construcción no marchaba sobre ruedas. Después de la deportación de Israel-norte, Asiria había introducido otros pueblos en la zona de Samaria. Estos se habían mezclado con los que quedaban de Israel y más tarde con el resto de Judá dejado atrás por los babilonios, que se quedó a vivir en Canaán. Aquella gente había adoptado una especie de religión mixta, que había absorbido algunas de las tradiciones de Israel, pero que por lo demás se parecía sospechosamente al antiguo culto de Betel. De aquellos ‘samaritanos’ vino la petición de trabajar juntos en el proyecto de la construcción del templo. Pero tras el diálogo reciben una respuesta unánime: ¡No!

Mejor que no haya templo, que un culto deformado. La declinación de su petición de ‘cooperación ecuménica’ tuvo consecuencias fatales. Se paralizó la construcción. La memoria de Tabeel nos informa detalladamente sobre este tema (*cap. 4*). Pero también leemos en ella que el rey Darío, que estimulaba igualmente a otros pueblos a construir sus templos, mantuvo deliberadamente el decreto de Ciro. De la misma manera los romanos siempre se han dejado regir en su política tolerante frente a los judíos por la de Julio César, quien, como Ciro, fue el fundador de un imperio. Gracias a la profecía incitante de Hageo y de Zacarías, Zorobabel, el gobernador que representaba Judá, y el sumo sacerdote Yesúa, representante de Leví, tomaron la iniciativa de llevar a buen término la edificación interrumpida (*caps. 5, 6*).

Llama la atención que en el sacrificio ofrecido con motivo de la dedicación de ‘la casa’, figuran doce machos cabríos, sacrificados en expiación por “todo Israel” (*6:17*). Aunque en Jerusalén solamente habitaba un pequeño porcentaje de los judíos, se sentían la continuación legítima del antiguo pueblo del Pacto, por lo que no buscaban llegar a un acuerdo con los samaritanos, a pesar del coste que pudiera tener su actitud. Eran conscientes de que constituían “todo Israel”, y querían mantener puro el culto del “Dios de Israel”. Esta actitud no se puede llamar sectaria en absoluto. ¿No ofreció Elías su sacrificio sobre doce piedras? ¿No escogió el Cristo, que de ninguna manera sería seguido por todo el pueblo, doce apóstoles para sí? El remanente del que habló Isaías se puede llamar “todo Israel”, y así hasta hoy.

Y los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo de Yahvé (*Zac. 6:15*)

El capítulo 7 nos relata la ‘segunda partida’ que tuvo lugar bajo la supervisión de Esdras. A petición suya, el rey Artajerjes le mandó poner orden en Jerusalén. Por lo visto, reinaba la confusión, sobre todo en el terreno religioso, y el grupo de judíos allí presentes no formaba aquella unidad firme que desearon los persas para aquella ‘zona fronteriza’. Esdras recibió generosos donativos y ofrendas de parte del rey y su corte, y de los judíos que se quedaban en Babilonia. Continuar el culto en el templo de Jerusalén era en interés del estado persa, y también era importante (aunque se emplearon argumentos muy diferentes) para los que se quedaban atrás en el exilio. Se puede comparar esto último con el apoyo económico que los judíos estadounidenses todavía hacen llegar a Israel. Seguro que el exilio en Babilonia tuvo también sus magnates.

Artajerjes estaba a favor de que Esdras fuera acompañado por mucha gente, y así pudo partir un nutrido grupo, después de haber orado junto al río Ahava. Esdrás había

rechazado la escolta de gente de a caballo, confiando en “la mano de nuestro Dios” (8:22). Y Dios les fue “propicio” (vv. 23, 31). Lo que es sorprendente, es que entre los levitas, igual que en la primera partida de Babilonia (2:40), había poco ánimo para ir. Esdras tuvo que organizar una expedición especial de reclutamiento para conseguir que algunos se apuntaran (8:15 ss.). ¿Tenían miedo de ser dominados por los sacerdotes?

Mientras Babilonia se preparaba para la fiesta de Año Nuevo, ellos partieron y llegaron cuatro meses más tarde en Jerusalén. El número de los que marcharon se calcula que, con mujeres, niños y esclavos, llegó a cien mil; el recorrido del camino de Abraham que siguieron, mide 1.500 km (la distancia entre Bruselas y Roma). Al día tenían que recorrer más o menos unos 15 km. Después de la llegada, llama otra vez la atención que entre los animales sacrificados hay doce machos cabríos en expiación por “todo Israel” (8:35). Ha llegado un nuevo refuerzo para el remanente que ya había vuelto, las promesas antiguas se cumplen; el Señor aún escoge a Sión (*Zac. 1:17; 2:12; 3:2*). El culto de la Casa de Dios puede continuar y disfruta también del apoyo de las autoridades (8:36). ¿Acaso no vendría el Señor, el Ángel del Pacto, a su templo? (*Mal.3:1*).

Judá se casó con hija de dios extraño (*Mal. 2:11*)

Los oficiales informaron a Esdras enseguida de cómo había degenerado la situación. El caso es que muchos, tanto de la clase alta como de la baja, se habían casado con paganos, por lo que “el linaje santo” se había mezclado con “los pueblos de las tierras”. Los dirigentes fueron incluso los primeros en hacer esto. Naturalmente se podían aducir razones comprensibles: una comunidad de emigrantes suele tener una mayoría de hombres, y mediante matrimonios con la población residente se aseguraba su protección. Hay que apreciar que los dirigentes de Jerusalén no escondieron nada, y que caracterizaron este acto como infidelidad y prevaricación; o sea, rebelión de Israel, el vasallo de Yahvé, contra su Rey legítimo.

Esta noticia tuvo un impacto tremendo en Esdras. Mientras que Nehemías, en una situación semejante, les arrancó los pelos a los culpables (*Neh. 13:25*), Esdras lo hace con los suyos propios; hasta la hora del sacrificio de la tarde, la hora de la oración, permanece sentado, humillado (9:3). Entretanto se le juntan todos los que temían las palabras del Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los exiliados. Pero a la hora del sacrificio de la tarde, él se levantó con su ropa rasgada en señal de duelo, y en nombre del pueblo hizo confesión de pecados. El Señor les había dado un lugar seguro

en su santuario (9:8). Esdras se declara uno con el pueblo, con “todo Israel”: “Porque nosotros hemos dejado tus mandamientos, que prescribiste por medio de tus siervos los profetas... ¿No te indignarías contra nosotros hasta consumirnos, sin que quedara remanente ni quien escape?” (9:10 ss.). ¡El remanente está en gran peligro!

La consecuencia de la penitencia de Esdras es que el pueblo, que se había juntado allí, reconoce, por boca de Secanías, que habían actuado mal y proponen hacer un pacto con Dios, en el cual se estipula que los que hubieran hecho el juramento despedirían a las mujeres extranjeras con sus hijos. Fijémonos: el pueblo pidió espontáneamente una renovación del pacto, y ellos mismos propusieron proceder a una ‘limpieza’. Esdras toma juramento a los principales y a “todo Israel”, y convoca una asamblea general para dentro de tres días, que ratifica la propuesta y casi unánimemente aboga por la creación de una comisión de investigación. Después de que ésta se hubiera formado y reunido, se dedujo de su informe que el mal había penetrado hasta en la familia del sumo sacerdote (*cap. 10*).

No siempre se han dedicado palabras positivas a esta intervención de Esdras. Piensan algunos que estaría muy por debajo del nivel del Nuevo Testamento, actuando sin consideración como un legalista y un fariseo, sin tener en cuenta los sentimientos humanos. El hecho de que más tarde el mismo mal aparece otra vez (*Neh. 13:23 ss.*), sugeriría que toda aquella ‘purificación de la raza’ había sido muy efímera. Pero, en primer lugar, hay que tener en cuenta que no se trataba de la pureza racial, a no ser que se quiera llamar al ‘linaje santo’ (de la Iglesia): ‘raza santa’. Aquí se trataba de preservar la religión, de guardar el mandamiento de separación de la iglesia. Por supuesto que la Biblia conoce matrimonios mixtos: Booz y Rut, y ésta además era moabita (comp. *Neh. 13:1 ss.*). Pero, evidentemente, las mujeres con las que se habían casado eran muy diferentes a Rut: ellas no querían renunciar a sus dioses. Fue eso lo que hizo peligrar efectivamente la subsistencia de “todo Israel”, y que encendió la ira de Dios. Y no hay que venir hablando ahora de un mandamiento neotestamentario de amor y un mandato misionero, porque lo primero es aquí el amor al Señor, a su reino y su futuro. Lo que Esdras hace, con toda sensatez, es tomar medidas drásticas, junto con el pueblo, para quitar un cáncer y así dar vía libre a la reforma. Seguro que los samaritanos se volvieron más hostiles, cuando veían que no podían contar con una ‘quinta columna’ (comp. 4:7-23), y esto retrasó la reparación de los muros. Además, más tarde volvieron a romper el pacto, sobre todo en los círculos superiores de los sacerdotes. Pero, ¿son la enemistad y la apostasía una prueba de que Esdras fue un fanático legalista o un

perfeccionista racial? Lo que estaba en juego era la antítesis, la lucha entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, la santidad, que no se encontraba en Israel mismo, sino en las obras del Pacto del Señor. La oración de Esdras muestra claramente que lo importante para él, a lo cual se somete, era el plan de Dios para con su pueblo. ¿Cómo podía Israel ser el vasallo de Dios si hacía pacto mediante el matrimonio con los súbditos de un dios extraño?

NEHEMÍAS

Fuerte ciudad tenemos;

salvación puso Dios por muros y antemuro (Is. 26:1)

El Redentor vendría a Sión.

Pero, ¿qué quedaba de Sión?

Una ciudad, en Oriente, es una ciudad con muros, fortificada y segura para los habitantes. Pero todavía se podían cantar “Lamentaciones” sobre Jerusalén; sus fuertes muros estaban reducidos a escombros. Por culpa de enredos en la corte persa la situación no había cambiado, aunque habían pasado muchos años desde el regreso del exilio. Muy lejos parecía el cumplimiento de aquella profecía de Isaías: “Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré” (Is. 54:11).

Y he aquí, el libro de *Nehemías* describe ahora, cómo el Señor envió un salvador que supo convertir la ciudad santa en una fortaleza.

Nehemías era un siervo de alta categoría en la corte de Persia. No era el único que había llegado a un puesto tan alto, a pesar del cautiverio: pues leemos algo semejante acerca de Daniel y sus tres amigos, y de Zorobabel y Mardoqueo. Si le habían convertido en eunuco – según la tradición oriental – eso no lo sabemos, pero no se descarta la posibilidad.

A este alto funcionario Nehemías, el Señor lo utiliza ahora para convertir Jerusalén en una ciudad amurallada. El copero de la corte persa se entera por su hermano Hanani acerca de la situación desoladora en Jerusalén. En la oración abre su corazón ante el Señor. Fijémonos que Nehemías primero recuerda la advertencia del Señor. Pero al mismo tiempo señala las promesas del Señor, según se pueden leer en

Deuteronomio 30:1-5. ¿Y éstas se han cumplido ahora? ¿No implica una restauración completa también la reedificación del lugar donde habita el nombre del Señor, donde está el templo? ¿Cómo puede la ciudad del templo ser una ruina? Las palabras de Nehemías están entreveradas de expresiones de la Ley de Moisés, en particular de *Deuteronomio*. En la expresión: “redimiste con tu gran poder y con tu mano poderosa” se reconoce enseguida el lenguaje del pueblo del Pacto. Nehemías sabe que en realidad se ha producido otro éxodo. Ahora no de Egipto, sino de Babilonia. El pueblo tiene que apoyarse firmemente en la Palabra de Dios, que está muy cerca (*Dt. 30:14*). Tiene que volver al Dios del Pacto (de ahí la confesión de pecado de Nehemías). Pero también puede pedir, con toda humildad, al Dios de sus padres una restauración completa de la ciudad del templo. Nehemías lucha por la herencia mesiánica, para que venga la salvación, el cumplimiento de la promesa. Téngase esto presente al leer acerca de su valiente empresa. No se trata de una aventura en una residencia de invierno para la realeza persa, sino de un acto de fe de un hijo de Abraham.

Nehemías logró que su rey Artajerjes I le diera la autorización – naturalmente por escrito - para reconstruir la ciudad de los sepulcros de sus padres, es decir, proveerla de un fuerte muro. Marchó con una escolta militar (2:9), no como Esdras, que lo había rechazado. Esto no ha de extrañarnos: Nehemías iba como funcionario de estado, y además, su escolta le ayudó a ganar en influencia sobre otros funcionarios que probablemente tenían mala voluntad para con los judíos.

Nada más llegar, se procede a una inspección nocturna, y luego se convoca una reunión con las autoridades judías. Nehemías las informa de sus experiencias, y también del cambio en la actitud del rey. En esto se hizo visible la buena mano de Dios, por lo que pronto tomaron la decisión de empezar la edificación de los muros. Desde luego que esto provocó un odio amargo por parte de los dirigentes de los pueblos de alrededor (1). Éstos interpretaron la reconstrucción como rebelión, y se prepararon para intrigar. Pero Nehemías no se dejó amilanar, y dijo con orgullo: “El Dios de los cielos, él nos prosperará, y nosotros sus siervos nos levantaremos y edificaremos, porque vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén” (2:20). A menudo se cita la primera parte de la frase cuando se comienza algo en el terreno eclesial; mas no hay que olvidarse de la segunda parte, que también merece nuestra atención: el ‘linaje santo’ siempre está en actitud de combate, rechaza y se separa de toda secta y religión extraña.

En el capítulo 3 encontramos la enumeración de los trabajos realizados. Es una pena no tener una Biblia con mapas en medio del texto. Esto nos ayudaría mucho en

entender mejor este capítulo. En el versículo 5 leemos que la aristocracia de Tecoa, lugar de nacimiento de Amós, no se dignó de participar en la obra. Por lo visto, también en aquellos tiempos era la clase media la que arrimaba el hombro en las actividades de la iglesia.

Cuando se enfrentan a violencia y artimañas...

La restauración de los muros de Jerusalén no discurrió sin incidentes. En primer lugar había problemas externos. Sanbalat y compañía organizaron una conspiración. Entretanto, los edificadores se desanimaron (4:10). Nehemías tomó entonces medidas drásticas; retiró los permisos, dio armas a todos, y a la mitad de ellos mandó edificar, y a la otra mitad montar guardia, por turnos. ¡Espada y paleta, construir y vigilar! Esto también es un tema recurrente en la literatura cristiana.

Sin embargo, había también problemas internos: abusos sociales. Había falta de trigo. Había judíos que no devolvían las tierras empeñadas de compatriotas empobrecidos, o que les hacían pagar intereses abusivos. Sí, incluso había quienes no tuvieron ningún reparo en comerciar con esclavos judíos.

La Ley prohibía el préstamo con intereses a un hermano. Y la Ley ofrecía la posibilidad de redimir la tierra o el hermano empobrecido, convertido en esclavo. En el año del jubileo los judíos empobrecidos y convertidos en esclavos recuperaban su libertad, y se les devolvían sus tierras. En el exilio había sido costumbre de pagar un rescate para librar a los esclavos judíos, y posiblemente lo había hecho Nehemías también en Jerusalén. Además, había dado préstamos y repartido alimentos, y luego había perdonado la deuda. Al fin y al cabo, no imponía elevados tributos como hacían los otros gobernadores persas, por lo que, sobre todo los ricos, se veían beneficiados. Nehemías, que por su conducta ejemplar tenía perfecto derecho de hablar, actuó con mucha decisión y convocó una asamblea, en la que exigió el perdón y la devolución inmediata de todo. Les hizo jurar solemnemente ante los sacerdotes (*cap. 5*).

Mientras tanto, no cesaron los intentos de intimidación por parte de Sanbalat y sus secuaces. Incluso acusaron a Nehemías de tendencias revolucionarias. Según ellos, habría contratado a profetas para hacerse proclamar rey. Por eso le invitaron a reunirse con ellos para hablar. Naturalmente, Nehemías lo rechazó y no cayó en la trampa. Al contrario, descubrió que ellos mismos habían sobornado a profetas, y que así querían apartarle de su puesto.

El caso de Semaías, hijo de Delaía, lo ilustra claramente. Este profeta hizo venir al gobernador Nehemías, dándose aires de profeta irrefutable. Hasta ahí, pase. Pero entonces viene con un plan raro: entrar los dos juntos en el templo, y cerrar las puertas para escapar de un atentado (se supone por parte de Sanbalat). La necesidad carece de ley, ¿verdad? Pero Nehemías comprende que es una falsa profecía. En primer lugar, como general tiene que seguir en su puesto: “¿Un hombre como yo ha de huir?”. Y luego, aún así le está prohibido entrar en el lugar santo: ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida?” Puesto que él no es ningún sacerdote, e incluso puede que sea un eunuco, no debe profanar el santuario. No cae ante esta tentación, porque tiene claro que la Palabra de Dios es inalterable. Nehemías sabe algo muy importante, y es que hay que contrastar la palabra de un profeta con lo que dicen los demás profetas. El manto del profeta no es ninguna garantía para que una profecía sea verdadera. También dentro de la fortaleza el enemigo está al acecho (6:10-14).

Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades (Is. 26:2).

A pesar de todas las maquinaciones, el muro fue completado en el tiempo récord de 52 días. El capítulo 7 nos muestra cómo Nehemías se encarga de aumentar el número de la población. Tampoco se olvidaron de las fiestas, el primer día del mes séptimo, el día de Año Nuevo, se celebró la fiesta de las trompetas. ¡Una fiesta alegre! Pero, como en aquel día Esdras con sus ayudantes leyó el libro de la Ley en la plaza delante de la puerta de las Aguas, vino una gran tristeza sobre el pueblo. La causa de ello es obvia: la gente empezó a darse cuenta de cuánto se habían desviado de aquella Ley. Recordemos por ejemplo los males sociales, sobre los que el capítulo 5 nos informó. Las prácticas se parecían mucho a las de los días más negros de los reyes de Judá e Israel (véase p. ej. *Am.8:4-6; Mi. 2:1,2; Is. 5:8; Jer. 34:8 ss.*). Es comprensible que su conciencia empezó a removerse cuando las palabras duras de la Ley les fueron enseñadas de nuevo y vieron ante sí el juicio: ¡otra deportación les amenazaba! Pero los dirigentes, con Nehemías a la cabeza, les instaron a que no llorasen esta vez. Aquel era un día de fiesta, un día de gozo en las buenas obras de Yahvé.

Luego volvieron a instaurar la fiesta de los tabernáculos según el precepto de Moisés; y tal como había sido ordenado (*Dt. 31:11*), se leyó la Ley durante toda la fiesta.

Confesión de pecados y renovación del pacto

El día 24 del mismo mes celebraron un día nacional de contrición y oración. Entonces era el momento para expresar los sentimientos de culpa. ¡Qué hermosa es la oración con la que se dirigen al Señor en el culto de adoración aquel día! (7:5-37). Se pasa revista a toda la historia del Pacto: la alianza con los patriarcas, el éxodo de Egipto, el paso por el Mar Rojo, la entrega de la Ley en Sinaí y el becerro de oro, la travesía por el desierto y la toma de posesión de la tierra, el período de reyes y jueces, y sobre todo la enorme rebeldía, una y otra vez, de los líderes y del pueblo. Finalmente: la situación actual, la presión por parte de los reyes persas; “se enseñorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestros ganados, conforme a su voluntad, y estamos en grande angustia...” Son conscientes de que sus pecados les separan del Señor. Por eso ponen todo por escrito y hacen una fiel promesa, “a causa de todo esto” (9:38). Lo firman representantes de todas las capas de la población. En el futuro quieren cumplir la Ley del Señor, entre otras cosas en lo referente a los matrimonios ‘mixtos’, un tema que sigue siendo sensible; quieren guardar el día de reposo y el año del jubileo, y cumplir con las obligaciones para con el templo y el sacerdocio.

Después de dar unas listas de aquellos que iban a repoblar Jerusalén, más otro registro adicional de los sacerdotes y levitas, se nos habla de la dedicación solemne del muro. Jerusalén estaba ahora poblada, y la alianza con el Señor había sido renovada después de la confesión de pecados. Ahora el muro podía recibir la atención debida. Todos se purificaron; también los muros y las puertas fueron purificados: probablemente se hizo esto ofreciendo sacrificios y rociando sangre. Así como se hizo cuando David trajo el arca, el camino de las procesiones que iban a celebrar había sido purificado con sangre. Sobre el muro del sur iba una procesión de doce dignatarios y sacerdotes seguidos por un coro en dirección del templo. Los otros doce dignatarios y sacerdotes con su séquito musical recorrieron el muro del norte para finalmente llegar también a la casa de Dios. Se concluyó todo esto con una gran fiesta de sacrificios. Las profecías se habían cumplido: “Aún consolará Yahvé a Sion, y escogerá todavía a Jerusalén” (*Zac. 1:17*).

El clamor por el Gran Reformador

La fiesta de la dedicación había sido un colofón muy bonito para el trabajo de Nehemías. No podía seguir como gobernador de Jerusalén para siempre; sus responsabilidades le hicieron volver al rey después de una estancia de doce años en la ciudad, “casa de los sepulcros de sus padres”.

Pasados unos años, sin embargo, regresó de nuevo. Tuvo que descubrir que una vez más la decadencia había entrado de puntillas. El sacerdote Eliasib había cedido una habitación del templo a Tobías, que ¡atención! era el compañero amonita de Sanbalat. Nehemías procedió a una gran limpieza. Cuando encontró que habían dejado de entregar los diezmos – contrario a lo convenido cuando firmaron el pacto – también en esto volvió a poner orden. Igualmente tuvo que actuar contra la profanación del día de reposo. Los matrimonios mixtos habían vuelto a ser algo muy común; había niños que ni siquiera sabían hablar judaico, pero sí el idioma de los filisteos. Nehemías lo tenía muy claro: aquello iba a causar problemas en la iglesia; el gran Salomón había tropezado en este mismo punto. Uno de los nietos del sumo sacerdote se había emparentado incluso con Sanbalat. ¿Y aquel tenía que ser uno de los líderes de Israel? Nehemías le rechazó. La Historia secular nos cuenta que aquel hombre se estableció en el monte Gerizim y se dedicó allí al culto en el templo de los samaritanos.

¡Acuérdate de mí, Dios mío, para bien!

Así termina *Nehemías*. Libro de reforma, sí. Pero también de incorrección. Y se intuye que aquella deformación era imparable. Nehemías no era el Mesías que podía pararle totalmente los pies a Satanás. No obstante, aun viendo que su obra había fracasado, no se acobardó para proclamar de nuevo la reforma continua, porque a la luz del Mesías venidero, la lucha por la separación de Israel del mundo infiel – que más tarde fue distorsionada y fosilizada por los fariseos – adquirió su máximo significado. El Salvador vendría a Sión. El Cristo, igual que Nehemías, iba a toparse en aquel Sión con una gran incorrección entre su pueblo... Le tentarían e intentarían provocar su caída. Pero él distinguía la falsa profecía. Aunque Jerusalén le expulsó fuera de sus muros y puertas como a un maldito, él, con su sangre, puso el fundamento para la nueva Jerusalén. Y así completó la obra de reforma temporal de Nehemías. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co. 3:11). La impotencia que vemos en el sacerdote Esdras y en el no-sacerdote Nehemías, es sustituida por el poder del gran Sacerdote y Rey del nuevo pueblo de las doce tribus.

(1) Como primero de estos dirigentes se menciona el nombre del horonita Sanbalat. Este nombre aparece también en unos papiros arameos, encontrados en la isla de Elefantina, en el Nilo, al sur de Egipto, donde había una colonia militar judía. Estos muestran que bajo Darío II (420-404) cierto Sinuballit era gobernador de Samaria. Seguramente se refiere al Sanbalat que menciona Nehemías. En 1962 se descubrieron documentos en una cueva al norte de Jericó (los llamados papiros de Samaria). Entre ellos no solamente hay una escritura de venta de un esclavo, un tal Nehemías, por treinta monedas de plata a un noble samaritano, y otros rollos (uno de ellos sellado con ¡siete sellos!), sino que también hay un fragmento en el que se habla dos veces sobre unos hijos del gobernador Sanbalat. Puesto que los papiros datan del siglo IV antes de nuestra era, hay que sacar la conclusión de que también hubo gobernadores posteriores de Samaria que llevaban el nombre de Sanbalat. Por otra parte, se puede constatar que en Samaria se comerciaba con esclavos judíos (¡aunque se ceñían al precio bíblico de treinta siclos de plata!).

ESTER

¿Novela judía nacionalista o Palabra de Dios de la ‘primera promesa’ (Gn. 3:15)?

“¿Por qué está el libro de *Ester* en la Biblia? ¡Ni siquiera figura el nombre de Dios en él!” A menudo se puede escuchar este comentario. Y efectivamente, el nombre de Dios no aparece en este libro. Pero, ¿el mero hecho de que apareciera allí es una garantía para que cierto libro forme parte de la Biblia? Además, tampoco encontramos oraciones. Puede ser que, considerando el bullicio de la fiesta de Purim, los judíos tuvieran pudor de mencionar el nombre de Dios en un libro que se leía durante las festividades.

Otra cuestión es si el contenido de este libro es para tener que incluirlo en el canon. En él se nos presenta un mundo extraño, nos sumergimos en el ambiente sensual de la Persia de las mil y un noches. Escuchamos historias del harén, oímos acerca de eunucos lisonjeros, intrigas de la corte y caprichos del rey. Y encima: los dos personajes principales no son para nada inmaculados. No debemos hacer de Ester y Mardoqueo héroes de la fe sin más. Un comentario judío (1) sobre este rollo de la fiesta de Purim dice: “Los personajes principales de este libro son verdaderos ejemplos de piedad”. Y

una nota marginal de una antigua versión de la Biblia en holandés tampoco escatima elogios: “Por un lado se nos presenta la reina Vasti, orgullosa y rebelde; por otro lado está Ester, humilde, buena, sumisa y pudorosa”. Mardoqueo es “un ejemplo del tutor de una princesa buena y virtuosa”.

Pero todo esto es demasiada honra para ambos. Más adelante veremos que lo pecaminoso y humano se expresa claramente en ellos. Y tanto, que de nuevo surge la pregunta: ¿Por qué está este libro sobre gente tan mundana y ambigua en la Biblia? ¿Sirve sólo para explicar el jolgorio de la fiesta de Purim? Para nosotros, Ester y Mardoqueo no pueden ser de ninguna manera ejemplos. Aún menos pueden ser anticipos o sombras de Cristo. Esa no es la razón por la que *Ester* ha llegado a nosotros.

Entonces, ¿por qué? Al final sólo hay una respuesta posible: aquí vemos que el Señor protege a su Iglesia, a pesar de su ambigüedad burguesa y el poder de los enemigos. ¿Gloriamos en hombres? En absoluto, sino que me glorío solamente en la gracia.

La Iglesia secularizada propone...

El libro de *Ester* se desarrolla en Susa, donde reside Asuero, el gran monarca del imperio persa. En *Esdras* 4:6 leemos que los samaritanos presentaron querellas contra los judíos, porque pretendían reedificar el templo. Ya en los días de Ciro, que dio permiso para la construcción del templo, había en la corte persa una trama en contra de los planes de Jerusalén. Tendremos que tener esto presente al leer *Ester*. Los judíos vivían en un extremo del reino persa, en la frontera con su rival Egipto; sus adversarios podían fácilmente aprovechar esta situación para que se sospechara del crecimiento de la joven colonia. ¿Acaso Israel no se había aliado siempre con Egipto? En cualquier caso, en la corte persa se estaba creando opinión en contra de los judíos.

El preludeo de *Ester* es el siguiente: durante los fastos de una fiesta nacional de afirmación en el trono, el rey, así aconsejado por sus sabios, repudia a la reina Vasti, porque ella no quiso aparecer ante un atajo de borrachos. Puesto que este rechazo se hizo constar como un decreto eterno, había que buscar una sustituta cuando el rey volvió a acordarse de ella. Se organiza una búsqueda de reinas de belleza. La más bella se convertiría en reina, ‘*Miss Universo*’.

Ahora bien, entre las chicas que se admitieron al harén del rey para someterse a un tratamiento de belleza, antes de ser presentadas al rey, había una muchacha judía. ¿Cómo es posible que ella esté en el harén del potentado persa? ¿No iba esto en contra

de todas las exigencias de la Ley? ¿No renunciaba así a su identidad? En efecto, aquí se muestra algo de la ambigüedad por la que los judíos que no habían vuelto a Jerusalén cayeron víctimas. Habían guardado su propia ‘religión’ para uso personal, pero fuera de su casa sabían adaptarse de maravilla. En lugar de ir a Jerusalén, se habían marchado de Babilonia para ir a Persia, donde se podía ganar más dinero.

La chica en cuestión se llamaba Hadasa, que significa mirto o arrayán, el nombre del arbusto de hoja perenne, una rama de la cual tenía que formar parte de la enramada de la fiesta de los tabernáculos (*Neh. 8:15; Is. 41:19; 55:13; Zac. 1:8*). ¡Un nombre que recordaba una tradición antigua! Sus padres habían muerto y de niña había sido adoptada por su primo Mardoqueo. Este nombre no viene de la tradición israelita, sino del paganismo; Marduk era ¡el dios principal de Babilonia! Aquí se nota un aire de adaptación. Mardoqueo es como un camaleón que toma el color del entorno.

No tenemos que dejarnos atrapar por el ambiente de cuento de hadas y hacer de Hadasa una especie de Cenicienta; antes fue una ciudadana normal y corriente, luego llegó a ser reina de Persia. Su tutor Mardoqueo no era ningún don nadie. Descendía del linaje benjamita de Saúl, del que un ‘remanente’ había sido acogido por David en su corte. Cuando Nabucodonosor llevó cautivo al rey Joaquín junto con los nobles en la primera deportación, entre ellos también estaba la familia noble de Mardoqueo – y por lo tanto, la de Hadasa –. Por lo visto, a Mardoqueo le había ido bien en el exilio. Seguro que los demás nobles se habrían beneficiado de la rehabilitación posterior del rey Joaquín en la corte de Babilonia. Al menos, se ve que Mardoqueo ocupaba un puesto destacado en la corte persa; él estaba “sentado a la puerta del rey” (*2:21; 3:2 ss.*). Pero nadie conocía su identidad. Le conocían probablemente como babilonio. La religión era un asunto privado. Y le había prohibido a Hadasa, rebautizada como Ester (=Estrella, seguimos en la esfera de Hollywood), que declarase su parentela y su pueblo (*2:10*).

Dios dispone...: Yahvé tendrá guerra con Amalec de generación en generación (Ex. 17:16)

Las maravillas de Dios a veces iluminan la noche...pues vemos que Él quiso utilizar personas secularizadas como Ester y Mardoqueo, que para nada buscan su reino, en la lucha contra el destructor de la Iglesia. Éste hará sus jugadas, pero el Señor juega primero: ¡Ester se convierte en reina! Y Mardoqueo, a la puerta del rey, descubre una conspiración contra su majestad.

Luego le toca el turno a Satanás. Un tal Amán, un descendiente de Agag, llega a ser primer ministro del rey. El énfasis con el que se nos presenta como agagueo, habla a favor de su descendencia de aquel pueblo maldito, que atacó vilmente a Israel en el desierto (*Ex. 17:8-16; Dt. 25:17-19; Nm. 24:7; 1 S. 15; 2 S. 1:1-16; 1 Cr. 4:43*). “Habrá guerra con Amalec”, el enemigo para siempre. Mardoqueo se extrañó por el ascenso de Amán, y esto le despertó. Se sintió empujado a romper con su vida ambigua, y se sintió obligado a mostrar quién era. Las tradiciones no se habían hundido completamente en el olvido, no tanto para que no ejercieran ningún poder. El aristócrata Mardoqueo no se dejó deslumbrar por el sol naciente de Amán. No obstante, este descendiente de Saúl comenzó a luchar otra vez con medios carnales. Reveló a los otros cortesanos su ascendencia judía y a continuación rehusó rendir honores a Amán (*3:1 ss.*).

La *Septuaginta*, la traducción griega del Antiguo Testamento, contiene unos apéndices al libro de *Ester*, que también encontramos en los apócrifos. En ellos se trata de dar una apariencia más piadosa a Mardoqueo (y Ester) de lo que era en realidad. Nos rinden una oración de Mardoqueo, en la que dice que no era por obstinación, ni por orgullo por lo que se negó a honrar a Amán, ya que incluso estaría dispuesto a besarle los pies por el bien de Israel; sino que actuó por piedad, porque quería adorar sólo a Dios.

Todo esto parece muy ejemplar, pero lo que Mardoqueo rehusó no era adorar a un dios, sino rendir un homenaje normal. Él quebrantó el protocolo de la corte, por lo que colocó a su pueblo en una posición peligrosa, pues al mostrarse los cortesanos tan ‘amables’ de denunciar la actitud de Mardoqueo, también en Amán empezó a emerger algo de la tradición antigua. Ya vimos antes que algunos intrigaban contra los judíos en la corte. Pues bien, Amán aprovechó la ofensa de Mardoqueo para acabar de una vez con todo el pueblo judío. La suerte (*Pur*) fue echada para indicar un día propicio para la exterminación. Ésta se estableció para un año más tarde. Al mismo tiempo, Amán recibió poderes del rey para actuar como ‘Exterminador’. Para ello ofreció pagar parte de su fortuna, pero el rey no lo aceptó. Curioso – y a la vez humillante para todos aquellos judíos que aplicaban la adaptación fuera de casa – era el razonamiento tras la propuesta de Amán:

“Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos de todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo el pueblo, y no guardan las leyes del rey, y al rey nada le beneficia el dejarlos vivir” (*3:8*).

Aquí escuchamos la huella que dejaron todos los manejos contra el *apartheid* de Israel; pero a la vez describe el cometido y llamado del ‘linaje santo’. Amán estaba ofendido por el llamamiento mesiánico de Israel a conservar la identidad propia del pueblo de Yahvé. Por eso su ataque era anticristiano: ¡la contrajugada de Satanás!

Sin embargo, Mardoqueo, después de haberse expuesto y haber provocado que un peligro mortal penda sobre él y su pueblo, procede a la acción, porque el rey había hecho caso a Amán y había emitido el decreto para su destrucción masiva. un *pogrom*, una persecución de los judíos, tanto más tentador por cuanto los que lo ejecutaran podrían quedarse con el botín. Entonces Mardoqueo decidió mostrar públicamente que él era judío. Incluso apareció ante la puerta del rey vestido de luto (4:1 ss.). Su intención era clara: Mardoqueo quería forzar a Ester a que ella mostrara también quién era en realidad. Él consiguió pasarle una copia del edicto real de exterminio. Gracias a la mediación del eunuco Hatac, ella se enteró de los detalles del plan de Amán. Además Mardoqueo le impone la gran responsabilidad de ir a ver al rey para interceder por su pueblo y suplicarle gracia.

Al principio, Ester no quiso saber nada de ello. Ni de las muestras de luto de su primo, ni aún menos del peligroso plan de ir a interceder ante el rey sin ser invitada. Pero finalmente cedió ante las palabras de Mardoqueo: “si callas absolutamente en este tiempo, alivio y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis... ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (4:14). Ciertamente, aquí tampoco se menciona a Dios. Y la oración apócrifa de Ester, en la que declara no complacerse en su posición elevada, ni disfrutar de la mesa del rey, ni beber nunca del vino de los sacrificios, nos remite sin duda al reino de las fábulas. No obstante el reino de Dios constituye el trasfondo de esta conversación por encima del muro del harén. “Esta hora” es el momento crucial dispuesto por el Señor mismo. Ahora, lo que está en juego es la supervivencia de Israel. Dios ha dispuesto todo de tal manera, que Ester puede actuar como intercesora de su pueblo.

La petición de Ester a la comunidad judía de ayunar durante tres días con ella antes de que vaya a emprender su peligrosa visita al rey, nos muestra de nuevo que ella no ha dejado la iglesia, sino que confiesa: tu pueblo es mi pueblo. aunque su expresión fatalista de: “si perezco, que perezca”, no es para nada propia del estilo de la iglesia, pues queda muy lejos del “nuestro socorro está en el nombre del Señor”. Ester no es una mediadora sin pecado. Es por pura gracia del Señor que su misión tiene éxito. Ella

obtuvo el favor del rey, pero no salió inmediatamente con su petición de gracia para su pueblo. Se limita a invitar al rey y Amán para cenar con ella. Y tampoco durante la cena abre ella su corazón, sino que espera hasta la cena del día siguiente para ejecutar su plan.

Entretanto, le toca de nuevo el turno a Satanás. Amán decide, instigado por su engreída familia, hacer colgar a Mardoqueo en un poste muy alto antes del banquete del día siguiente.

Mas el Señor hace la jugada contraria: el rey insomne aprovecha la noche para que le lean del libro de las crónicas del reino, y así se entera de que Mardoqueo descubrió un atentado, y que no fue recompensado. Esto tiene como consecuencia – como diríamos nosotros, por pura coincidencia – que Amán recibe al día siguiente la orden de rendir honores extraordinarios a Mardoqueo. Ahora es Amán quien se viste de luto. Con la cabeza cubierta vuelve a su casa. Y cuando luego asiste al banquete con el rey y la reina, lo llevarán finalmente con la cara cubierta hasta el poste en el que él pensó colgar a su archienemigo. Ester se sabe de memoria el texto del decreto de exterminio, y sabe elegir bien sus palabras durante la cena: “hemos sido vendidos, yo y mi pueblo, para ser destruidos, para ser muertos y exterminados...” (comp. 3:13). “Nuestra muerte sería para el rey un daño irreparable” (7:4). Tanto su relación con el rey como el temor a perturbar el equilibrio económico son decisivos. La balanza se inclina hacia el otro lado.

Amán fue colgado y Mardoqueo se convirtió en portador del sello real. Otra visita sorpresa de Ester al rey resulta en la proclamación de un decreto, que, aunque no revoca el anterior, sí lo deja en realidad sin efecto. Ya que se da permiso a los judíos para vengarse de sus enemigos en el día señalado. Mardoqueo, tan buen financiero y organizador, se encargó de que todo resultara para bien de su pueblo. Su ascenso fue motivo de gran alegría entre los judíos; incluso hubo muchos paganos que pasaron a formar parte de la iglesia judía (8:15-17).

Así pues, en el día trece en cuestión los papeles se habían intercambiado: los judíos, apoyados por el gobierno persa, pudieron vengarse de sus enemigos. En Susa dispusieron incluso de un día extra, a petición de Ester. La referencia a la venganza de los judíos no debe provocar sentimientos antisemitas en nosotros, como si aquí se mostrara cuán sanguinarios eran los judíos en realidad, pues no despojaron a sus enemigos de sus bienes, lo cual dice mucho de un pueblo que tiene fama de ser materialista. Era evidente que sólo tomaron las medidas necesarias para su seguridad.

Mardoqueo, elevado a un puesto muy destacado por el rey, instauró también la fiesta de Purim. El propósito de esta fiesta, es naturalmente recordar la salvación de los judíos. Pero no se introdujo para celebrarla en torno al templo, sino más bien en la sinagoga, donde se leía el rollo de *Ester* y en el entorno familiar, con comidas y regalos. El día anterior se destinaba al ayuno. En la práctica, esta fiesta se ha convertido en una mezcla de la fiesta de San Nicolás (2) y el carnaval, y una víspera de ayuno en la que destaca más el nacionalismo (¡colgad a Amán!), que una humilde acción de gracias por las buenas obras del Señor. “Cada vez que se menciona a Amán durante la lectura (en la sinagoga), los niños, las mujeres e incluso los judíos ancianos golpean tan fuerte los bancos con martillos de madera, piedras y otros objetos, que todo retumba. Antes solían tener dos piedras, una llevaba la palabra Amán, y se golpeaban entre sí hasta que no quedaba rastro del nombre” (3).

El Rey de Israel se enaltecerá más que Agag.

Amalec, cabeza de naciones; mas al fin perecerá para siempre (Nm. 24:7, 20)

La degeneración y superficialidad en torno al rollo de *Ester* nos puede ayudar a ver el sentido que no debemos dar a este libro. El propósito de la salvación de la mano de Amán no era dar la oportunidad para ir de juerga. Tampoco se trataba de la salvación de la raza, sino que se trataba de la iglesia, del progreso del maravilloso plan de salvación de Dios. El hecho de que la fiesta de Purim no se celebrara en el templo y que Mardoqueo con toda su influencia no pudo o no quiso conseguir que se reedificara el templo, caracteriza la situación. Era una salvación parcial; y esto por medio de muy débiles y secularizados miembros del pueblo del pacto: Ester, la ‘Estrella’ en el harén del monarca persa, y Mardoqueo, que se sentía en la corte pagana como en su casa. Así y todo, el Señor en su gracia quiso valerse de ellos para repeler aquel ataque contra Israel, que se basó en el hecho de que era diferente y que esgrimió el falso argumento de una rebelión (3:8; comp. *Esd. 4:12; Neh. 2:19; Lc. 23:2; Hch. 16:21; 17:7*).

Esta salvación parcial, que hizo perder muchas jugadas a la vieja serpiente, sin embargo señala el camino a la salvación completa por Jesucristo. Él no solamente salva a su pueblo de enemigos crueles; sino que le da también un corazón nuevo, que aprovecha la paz obtenida; Él es el intercesor perfecto. El templo de Dios ocupa un lugar central en su corazón. Él edifica a su Iglesia como un templo vivo. Ni Esdras ni Nehemías pudieron corregir y completar eficazmente la obra de Mardoqueo. Pero Cristo es la Estrella de Jacob, que derrota a Agag, como un día profetizó un sabio de Oriente

(Balaam; *Nm. 24:17*). Por lo tanto, el libro de *Ester* no nos lleva al frenesí de una noche de carnaval, sino a confesar con gratitud que, ciertamente, los 7.000 y los 144.000 serán reunidos. Satanás pierde la partida: todos los sucesores de Amán llevarán las de perder. Pero también se pondrá fin al conformismo de una iglesia autocomplaciente, que hace de la religión un asunto privado. Pues la salvación de Cristo es completa ¿no? “En lugar de la ortiga crecerá arrayán” (*Is. 55:13*).

(1) Comentario de *Ester*, por U. M. van Hillesum, Ámsterdam, 1902 (año judío: 5663).

(2) Fiesta tradicional neerlandesa, celebrada el 5 de diciembre, en la que se dan regalos sorpresa, acompañados de poemas.

(3) “*Schoole der Jooden*” (Escuela de los Judíos), J. Buxtorf, Leiden 1702, pág. 431.

JOB

Una traducción de poesía antigua

Gran parte del libro de Job está escrito como un poema. En hebreo no existe el verso en forma de rima. Su poesía se caracteriza en general por la repetición de una misma idea: el paralelismo; el primer renglón es paralelo al segundo. Para poner un ejemplo, fijémonos en *Job 28:7-10*.

1. Senda que nunca la conoció ave,
2. ni ojo de buitre la vio;
1. Nunca la pisaron animales fieros,
2. ni león pasó por ella.
1. En el pedernal puso (el hombre) su mano,
2. y trastornó de raíz los montes.
1. De los peñascos cortó ríos (=túneles),

2. y sus ojos vieron todo lopreciado.

El renglón 1 coincide en cuanto a contenido siempre con el renglón 2. Se podría decir que el hebreo no rima con las palabras, sino con las ideas. Más adelante, con los salmos, tendremos otra oportunidad de profundizar en ello.

El trasfondo celestial del sufrimiento – aparentemente sin causa – del verdadero creyente

El comienzo y la conclusión de *Job* es prosa. Los capítulos 1 y 2 no sólo relatan los desastres que le sobrevienen a Job en la tierra. No, también vemos algo del trasfondo celestial. Y así nos encontramos en medio del ‘problema’ que aborda el libro de *Job*. Job, que vivió en la tierra de Uz, era perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal (1:1). Además fue grandemente bendecido con hijos y posesiones.

En 1:6 somos introducidos en el cielo, por así decirlo. El Señor mantiene una conversación con Satanás, el diablo. Este insinúa que Job sirve a Dios, porque ello le beneficia. “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene?... Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (vv. 9, 10).

Y ¿qué es lo que pasa ahora? El Señor entrega las posesiones de Job en manos de Satanás. El diablo podrá ver por sí mismo si Job se despide de Dios cuando se le despoja de todo. Una vez tras otra, empiezan a llegar noticias de catástrofes a Job, aquel hombre piadoso de la tierra de Uz. Job guarda luto después de perder a sus hijos y propiedades. Pero también entona una alabanza:

“Yahvé dio,
y Yahvé quitó;
sea el nombre de Yahvé bendito.

En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (1:21, 22). Por ello, el resultado de esta prueba fue muy decepcionante para Satanás. Pero este aún vio posibilidades: “Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (2:4, 5).

Y entonces vemos aquella imagen de Job, tan conocida: lleno de llagas por una sarna maligna, rascándose con un pedazo de tiesto y sentado en medio de un montón de cenizas. Encima, su esposa le da este consejo: “¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete”. La mujer habla como ocurrió hacía mucho en el paraíso, como por la boca de la serpiente. Pero Job lo tacha de necedades; él acepta lo bueno de Dios, y también lo malo. Satanás ha perdido su causa. Porque en todo ello, Job no pecó con sus pensamientos.

Con esto no se acaba el libro, al contrario, ahora es cuando empieza, porque le recibe la visita de tres amigos, tres sabios de Oriente. Ellos vienen a lamentar y a consolar a Job. Siete días y siete noches comparten con Job en silencio su dolor, en medio de la ceniza.

Luego Job toma la palabra y maldice el día de su nacimiento. El sufrimiento no ha pasado de largo, el dolor rasga su vida; ya no ve el sentido de su existencia. Aquello que en el libro de *Eclesiastés* se pone continuamente de manifiesto, la vanidad de la vida, también lo piensa Job en el vertedero:

¿Por qué se da luz al trabajado,
y vida a los de ánimo amargado? (3:20).

Leemos en la Biblia acerca de otro hombre, que maldijo el día en que había nacido: Jeremías. Éste utilizó el mismo lenguaje vehemente que Job; encerrado en una de las celdas del templo, no entendía el significado de su vida, de ser profeta, pues nadie le escuchaba (*Jer. 20:14-18*; comp. v. 7 y ss.). Nadie dice que Jeremías cayó completamente víctima de Satanás, ni siquiera en aquel momento. Pero él era un hombre, un hombre oriental, perdido en sus palabras. Lo mismo le pasaba a Job. No se despedía de Dios, ¡desde luego! Pero no podía asimilar su sufrimiento, ¿por qué fue quebrantado con la tempestad, y fueron aumentadas sus heridas sin causa? (*9:17*; comp. con el “sin causa” de 2:3).

De este tema trata el resto del libro. Después del lamento de Job empiezan a hablar los tres amigos: Elifaz, Bildad y Zofar. Job responde cada vez tras el discurso de cada uno de los amigos. Hay tres tandas de discursos. Pero parece que al final los amigos se han quedado sin argumentos; Bildad contesta la tercera vez muy brevemente y de Zofar ya no oímos nada. Cuando los amigos ya no tienen nada que decir, Job concluye con un epílogo y afirma con un juramento que es limpio de culpa e inocente.

A continuación aparece un cuarto amigo, Eliú, quien pronuncia un discurso que es como una preparación para la respuesta del Señor desde el torbellino. Luego habla el Señor mismo y Job se humilla. El capítulo final refleja en prosa, cómo el Señor restaura a Job a su anterior gloria.

Esquema

Podemos esquematizar el contenido del libro de la siguiente manera:

Introducción: capítulos 1 y 2

Maldición de Job: 3

Discursos de:	Elifaz	Bildad	Zofar	Respuesta de Job
Primera ronda:	4 y 5	8	11	6, 7 9, 10 12-14
Segunda ronda:	15	18	20	16, 17 19 21
Tercera ronda:	22	25		23, 24 26

Epílogo de Job: 27-31

Habla Eliú: 32-37

Las palabras del Señor: 38-41

El final misericordioso: 42

Primera ronda

Cuando leemos todos aquellos discursos, hay que tener en cuenta que no se trata de personas de Occidente, que exponen sus ideas con una argumentación lógica. Aquí hablan sabios de Oriente, que destilan un tema en este poema a su manera. Y aunque no estemos muy familiarizados con la forma cíclica de razonar y la expresividad de los

orientales, hay que tener presente que aquí habla gente cuya forma de vida es mucho más reposada que la nuestra, entonces estas conversaciones ya no parecerán tan extrañas. Todavía hoy, la manera de expresarse en el ‘tercer mundo’ se caracteriza por la repetición interminable y el uso de imágenes. ¡Cómo parece moverse el diálogo en un círculo, en el consejo de los ancianos! Pero el espectador atento observa que los círculos se trazan cada vez más pequeños; estos hombres miran el asunto desde todos los ángulos, hasta que de repente dan con la solución. Algo parecido se ve aquí; sólo que el Señor mismo tiene aquí la última Palabra. Después de todas aquellas palabras llenas de sentido o vacías, habla Él, el Creador y Sustentador, el Gobernador de la vida del hombre; por Él la existencia del creyente tiene verdadero significado y propósito.

Obviamente, no podemos tratar todos los discursos versículo por versículo. Pero quiero señalar algunos puntos para ayudar así a entenderlos mejor. Podemos subrayar con lápiz todo lo que nos interese, o lo que parezca esencial de cada discurso; al fin y al cabo, la Biblia es un libro para estudiar, y para que todo el mundo lo haga.

Elifaz no tarda en expresar la postura que adoptan también los otros dos amigos. Probablemente, Job no ha sido afligido sin causa. Bien puede ser que haya hecho algo malo.

Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido?

Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?

Como yo he visto, los que aran iniquidad

y siembran injuria, la siegan.

Perecen por el aliento de Dios,

y por el sople de su ira son consumidos (4:7-9).

Con esto Job tiene que contentarse de momento. Elifaz está muy convencido de que tiene la razón de su parte, pues recurre a una visión que tuvo por la noche; una figura espantosa le susurró:

¿Será el hombre más justo que Dios?

¿Será el varón más limpio que el que lo hizo? (4:17).

Ahora no entramos en la cuestión de si Elifaz recibió una revelación de verdad; su sermón es una predicación de moralina con la intención de llevar a Job a confesar un pecado en concreto. Pero, he aquí, Job no tiene nada que confesar; y le decepciona

tremendamente el enfoque que dan sus amigos al problema. Ciertamente, reconoce que dijo cosas sin pensarlo demasiado (6:3). Seguramente se refiere a la maldición del día de su nacimiento. Pero, ¿por qué llegó a hacerlo? Porque el Todopoderoso le está disparando flechas. ¿Por qué, por qué? – eso es el dilema de Job; y sus amigos se niegan a verlo.

¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada,
y no me soltarás siquiera hasta que trague mi saliva?
Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti,
oh Guarda de los hombres?
¿Por qué me pones por blanco tuyo,
hasta convertirme en una carga para mí mismo? (7:19, 20).

Bildad no recurre a una visión, pero él sabe por los antepasados que Dios no aborrece al perfecto (8:20). Y Zofar tampoco logra decir algo mejor: ¡ese Job que se sigue aferrando a su justicia de obras! Zofar empieza a ofenderle vulgarmente:

¿Las muchas palabras no han de tener respuesta?
¿Y el hombre que habla mucho será justificado?
¿Harán tus falacias callar a los hombres?
¿Harás escarnio y no habrá quien te avergüence?
Tú dices: Mi doctrina es pura,
y yo soy limpio delante de tus ojos.
Mas ¡oh, quién diera que Dios hablara,
y abriera sus labios contigo...! (11:2-5).

Le recomienda a Job que haga un poco de introspección y reconozca su culpa. Y para no convertirse él también en un charlatán, Zofar es muy breve en su primer discurso. Con el segundo tampoco se alarga mucho y no llega nunca a pronunciar un tercero. Por otra parte, Job sabe contestar con una ironía hiriente:

Ciertamente vosotros sois el pueblo,
y con vosotros morirá la sabiduría (12:2).

Pero, aunque no entienden a Job cuando se queja del supuesto capricho de Dios, no van a conseguir que reconozca su culpa particular. ¡Los amigos quieren defender a

Dios, ser sus abogados! Exponen la supuesta razón por la que Dios le envía tantas calamidades a Job. Pero Job no acepta semejante justificación de Dios. Los amigos son malos abogados de Dios.

He aquí, aunque él me matare, en él esperaré;
No obstante, defenderé delante de él mis caminos,
Y él mismo será mi salvación,
Porque no entrará en su presencia el impío.
He aquí ahora, si yo expusiere mi causa,
Sé que seré justificado (13:15, 16, 18).

Segunda ronda

Hay algo que se nos impone con una fuerza irresistible: se trata aquí de un juicio. Los amigos acusan a Job. Seguro que ha hecho algo malo, sino, no estaría en la miseria. Pero Job a su vez no sólo se siente atacado por sus amigos, sino además se siente tratado injustamente por parte del Señor. Y sin embargo, no puede apartarse de Dios. Cuando Elifaz en su segundo discurso sigue machacando el mismo tema de antes – que ni siquiera los ángeles son limpios delante de Dios, mucho menos el hombre, y que la tradición muestra que los impíos serán castigados – entonces, Job estalla: “Consoladores molestos sois todos vosotros” (16:2). Por un lado llama a Dios su Adversario, su Enemigo. Pero, con una feliz inconsecuencia, Job se aferra a ese mismo Dios; lucha con Él para que algún día le haga ¡justicia!

¡Oh tierra! No cubras mi sangre,
y no haya lugar para mi clamor.
Mas he aquí que en los cielos está mi testigo,
y mi testimonio en las alturas.
Disputadores son mis amigos;
mas ante Dios derramaré mis lágrimas.
¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios,
como con su prójimo! (16:18-21).

Estas palabras describen de forma clara la lucha de Job. Frente a sus amigos quiere ser justificado. Pero también disputa con Dios, el Dios que le trata injustamente. Dios tiene que actuar contra sí mismo, por así decirlo. Job clama por un Mediador, un

Fiador. Por eso exclama más adelante: “Dame **fianza**, oh Dios; sea mi protección cerca de ti. Porque ¿quién querría responder por mí?” (17:3).

Y cuando Bildad en su segundo sermón vuelve con imágenes expresivas de la perdición de los impíos, Job no cede ante ello:

Pero si vosotros os engrandecéis contra mí,
Y contra mí alegáis mi oprobio,
Sabed ahora que Dios me ha derribado,
Y me ha envuelto en su red (19:5, 6).

Entonces aquel Job, que maldecía su vida, se levanta. Aborrecible es, un gusano entre los hombres, todos esconden sus rostros de él, parece que el juicio de Dios le condena. Pero Job se aferra al Invisible. Todo acabará bien.

¡Oh vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí!
Porque la mano de Dios me ha tocado.
¿Por qué me perseguís como Dios,
y ni aun de mi carne os saciáis?
¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas!
¡Quién diese que se escribiesen en un libro;
que con cincel de hierro y con plomo
fuesen esculpidas en piedra para siempre!
Yo sé que mi Redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios;
al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mi corazón desfallece dentro de mí (19:21-27).

Job se aferra a un Redentor, un Vengador de la sangre (en hebreo *goel*). En medio de una angustia mortal ve perspectivas mesiánicas. Lo hermoso es que Job ve surgir vida de la justicia. ¿Acaso no es Cristo la respuesta a los lamentos de Job? Él ha cumplido la justicia de Dios; Él ha justificado al hombre frente a Dios, al llevar nuestros pecados. Y por eso nos puede dar la vida y la resurrección. Cristo ha resucitado para

nuestra justificación. Con razón el aria basada en *Job 19:25* del “Mesías” de Händel, es muy conocida entre el pueblo de Dios de nuestro tiempo: *Yo sé que mi Redentor vive*.

El único consuelo que Zofar puede darle a Job es que los impíos perecen después de un breve período de prosperidad. Job reflexiona que la práctica le enseña otra cosa. A los impíos se les honra hasta después de su muerte; basta fijarse en sus túmulos bien cuidados (*cap. 21*).

Tercera ronda

Elifaz empieza a hablar ahora en un tono muy ofensivo.

¿Tiene contentamiento el Omnipotente en que tú seas justificado,
o provecho de que tú hagas perfectos tus caminos?

¿Acaso te castiga,
o viene a juicio contigo, a causa de tu piedad?

Por cierto tu malicia es grande,
y tus maldades no tienen fin.

Porque sacaste prenda de tus hermanos sin causa,
y despojaste de sus ropas a los desnudos (*22:3-6*).

Y así sigue Elifaz, sin parar. Pero Job se mantiene firme. ¡Si pudiera encontrar a Dios!

Mas él conoce mi camino;
me probará, y saldré como oro (*23:10*).

Tampoco la insistencia de Bildad en su mismo tema (¿cómo un hombre, un mortal, puede ser justo delante de Dios?), confunde a Job.

Mi justicia tengo asida, y no la cederé;
no me reprochará mi corazón en todos mis días (*27:6*).

Pero, aunque se aferra a su justicia, eso no significa que Job haya resuelto sus problemas, al contrario. Él confiesa que es imposible que el hombre halle la sabiduría de Dios (*cap. 28*), por cuanto es más profunda que los pozos de las minas; los babilonios no tienen razón cuando dicen que sale de las profundidades de las aguas. Para el

hombre, la única sabiduría que puede obtener es esta: el temor del Señor y apartarse del mal. Pero desvelar los enigmas de la vida, eso no lo puede hacer. Y ¡cómo le atormenta a Job el curso de su propia vida! En el capítulo 29 dibuja su prosperidad de antes, en el siguiente describe su miseria actual y la negación a la que está expuesto. Pero, sea como sea sigue asido a su justicia; no hay ni una pizca de verdad en todas aquellas acusaciones infames de Elifaz. Viudas y esclavos no tenían nada que temer de Job. Se atreve a alzar la mano para jurar – todavía estamos en la sala del tribunal – y escuchamos el juramento orgulloso de su integridad:

¡Quién me diera quien me oyese!

He aquí mi confianza es que el Omnipotente testificará por mí,
aunque mi adversario me forme proceso.

Ciertamente yo lo llevaría sobre mi hombro,
y me lo ceñiría como una corona.

Yo le contaría el número de mis pasos,
y como príncipe me presentaría ante él (31:34-37).

Eliú contra Job y sus tres amigos

A partir de *Job* 32 comienza una nueva sección. Un personaje hasta ahora desconocido hace su aparición: Eliú, un amigo más joven que Job. Por su edad se había inhibido de participar en el diálogo anterior. Pero ahora que todos han acabado de hablar, se siente llamado a aportar algo también. Además se enciende en ira pues Job se creía más justo que Dios y se atrevió a criticarle. No es que Eliú dudara de la rectitud moral de Job. Al contrario, pues está indignado por la actitud de los tres amigos, que lanzaron las acusaciones más horribles a Job. Así que Eliú lucha en dos frentes.

Comienza apelando a la benevolencia de sus oyentes. Es joven, por lo que no intervino en las conversaciones. Pero, aunque es un ‘muchacho imberbe’, la sabiduría no es fruto de la edad avanzada, sino del Espíritu del Señor. Y ahora, como los amigos desisten, él quiere hablar; se siente apremiado. Él va a decir algo totalmente distinto, su corazón está como el vino que no tiene respiradero, y se rompe como odres nuevos (32:19). Por otra parte no hará acepción de personas. Y él es un hombre como ellos, “de barro fui yo también formado” (33:6).

Lo primero en lo que ahonda es la afirmación de Job de que él no tiene defecto, y que Dios es injusto. Cita las palabras que Job habló en 13:24 y 27:

De cierto tú dijiste a oídos míos,
y yo oí la voz de tus palabras que decían:
Yo soy limpio y sin defecto;
soy inocente, y no hay maldad en mí.
He aquí que él buscó reproches contra mí,
y me tiene por su enemigo;
puso mis pies en el cepo,
y vigiló todas mis sendas (33:8-11).

Eliú no está de acuerdo con este lenguaje:

He aquí, en esto no has hablado justamente;
Yo te responderé que mayor es Dios que el hombre.
¿Por qué contiendes contra él?
Porque él no da cuenta de ninguna de sus razones (33:12, 13).

Eliú hace alusión a ciertas observaciones de Job como la de 30:20, donde le reprocha a Dios que no le contesta. ¿Acaso no ha rebajado con sus palabras la grandeza de Dios y cuestionado su superioridad? ¿Acaso Dios nos debe rendir cuentas de lo que hace?

Además, Dios sí habla al hombre; en sueños y visiones nocturnas, y por medio de enfermedades. Así quiere quitarle al hombre su soberbia (33:14 ss.). Y también – y esto es muy importante aquí – quiere despertar en él el anhelo por un mediador, el deseo de reconciliación. Eliú toca uno de los temas que ya escuchábamos de Job, por ejemplo: “No hay entre nosotros árbitro” (9:33; comp. 16:18, 19; 19:25). A causa de su sufrimiento, en Job ha ido creciendo el anhelo por un Redentor, un Mediador, un Intercesor, uno entre mil, un mensajero, que le ayudaría.

Si tuviese cerca de él
algún elocuente mediador muy escogido,
que anuncie al hombre su deber... (33:23).

Con esto Eliú quiere decir que el mediador sirve para enseñar el camino recto, para predicar el arrepentimiento y la conversión. Eliú no pertenece a los sabelotodo,

como los tres amigos de Job, quienes de su sufrimiento concluyen que hay un pecado en concreto. Pero sí deja abierta la posibilidad de que, en general, el sufrimiento nos comunique algo: una perspectiva de la vida que enseñe al hombre vulnerable a vivir de la gracia, del rescate, de la propiciación que tiene que realizarse para cada uno de los hijos de Dios, si quiere participar de la salvación de Dios. Pablo dice en *1 Corintios 4:4*: “Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado”. Job no tenía mala conciencia de nada, se aferró a su justicia. Eliú no le critica por ello. Pero Job tiene que aprender que no había sido justificado por ello. Sólo vivimos, cuando Dios nos libera (literalmente: redime, *33:28*).

Job no contesta al primer discurso de Eliú (*cap. 33*). Por lo que el orador prosigue y cita otras afirmaciones de Job como la de *27:2, 6*.

Porque Job ha dicho: Yo soy justo,
y Dios me ha quitado mi derecho.
¿He de mentir yo contra mi razón?

Dolorosa es mi herida sin haber hecho yo transgresión (*34:5, 6*).

También cita Eliú lo que dice Job sobre el aparente sinsentido de servir a Dios, que encontramos en *9:22* y en *21:7-15*.

Porque ha dicho: De nada servirá al hombre
el conformar su voluntad a Dios (*34:9*).

Y contra esto Eliú se rebela con vehemencia:

Lejos esté de Dios la impiedad,
y del Omnipotente la iniquidad (*34:10*).

Estamos todavía en la sala del tribunal. O mejor dicho – pues ¿quién es el hombre que puede defender a Dios? – estamos en la clase de aprendizaje de la iglesia. Eliú hace observar que Dios es el gran Creador y Sustentador de todo lo que hay. En Él vivimos y nos movemos. Él dirige todo. ¿Cómo podría hacer injusticia?

¿Gobernará el que aborrece juicio?
¿Y condenarás tú al que es tan justo? (*34:17*).

Dios es el gran Rey, quita de los tronos a los soberbios y exalta a los humildes. Él es el Rey de reyes, y ningún tirano se libra. ¿Cómo se atreve Job a hablar tanto en contra de Él? (34:37).

En su tercer discurso profundiza Eliú en la afirmación de Job que ya citó anteriormente, a saber: que servir a Dios no trae ningún beneficio. Desde luego, con nuestros actos no podemos alcanzar a Dios. “Si fueres justo, ¿qué le darás a él?” Pero hay también un plano horizontal: nuestro pecado o nuestra justicia sí afecta a nuestro prójimo (35:7, 8).

Y en lo referente al lamento de Job, que Dios no oye las oraciones, se pregunta si Job habría orado con la paciencia necesaria. ¿Esperaba al Señor? ¿O ha sido su oración solamente un clamor desde la necesidad, algo del tipo de “la urgencia enseña a orar”, que no tiene nada que ver con la verdadera oración? El que ora de verdad dice: “¿Dónde está Dios mi Hacedor, que da cánticos en la noche?” Casi sin querer, este comentario de Eliú nos hace pensar en Pablo y Silas en la cárcel de Filipos. Arrestados durante su labor de plantar iglesias en el continente europeo, cantaron himnos en la noche (*Hch. 16:25*). ¿Y qué hizo Job?

Ciertamente Dios no oirá la vanidad,
ni la mirará el Omnipotente.
¿Cuánto menos cuando dices que no haces caso de él?
La causa está delante de él;
por tanto, aguárdale (35:13, 14).

Job sigue sin contestar. Y quien calla, otorga.

Por eso continúa Eliú y aborda ahora otro tema. Job ha dicho en 21:7 que Dios deja vivir a los impíos, e incluso hace que aumenten en fuerza. Pero Dios no aparta sus ojos de los justos, sino que da su derecho a los afligidos; y no da vida a los impíos (36:6, 7). Y si los justos se ven en problemas, esto ocurre para que sean purificados.

Al pobre libraré de su pobreza,
y en la aflicción despertará su oído (36:15).

Y así fue con Job. Que ahora no se rebele (36:18), ni desee la muerte (véase los capítulos 3, 7, 14).

No anheles la noche,
en que los pueblos desaparecen de su lugar.
Guárdate, no te vuelvas a la iniquidad;
pues ésta escogiste más bien que la aflicción.
He aquí que Dios es excelso en su poder;
¿Qué enseñador semejante a él?
¿Quién le ha prescrito su camino?
¿Y quién le dirá: Has hecho mal? (36:20-23).

A continuación, Eliú empieza a alabar la grandeza del Señor, el dominio de Aquél que gobierna el mundo entero. Él no puede ser injusto. Aquél que designa a las nubes y los vientos su curso y trayecto, ¡seguro que encontrará un camino por donde Job pueda andar!

En el horizonte aparecen los cúmulos típicos de una tormenta. Eliú entremezcla la descripción de este fenómeno con palabras de amonestación (a partir de 36:27). Le dispara un sinfín de preguntas a Job acerca de procesos naturales. Y concluye:

Él es Todopoderoso, al cual no alcanzamos,
grande en poder; y en juicio
y en multitud de justicia no afligirá.
Lo temerán por tanto los hombres;
Él no estima a ninguno que cree en su propio corazón ser sabio (37:23, 24).

Yahvé como juez pronuncia el fallo en medio de una tormenta.

El arrepentimiento de Job y su restauración

Entonces es cuando comienza a hablar el Señor, Él responde desde un torbellino. Pero lo que dice es un desafío dirigido a Job. Eliú ya hizo preguntas a las que Job no sabía qué contestar. El Señor va a hacerle muchas más:

Ahora ciñe como varón tus lomos;
Yo te preguntaré, y tú me contestarás.
¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?

Házmelo saber, si tienes inteligencia.

¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?

¿O quién extendió sobre ella cordel? (38:3-5).

Las preguntas se amontonan. ¿Cuál es la respuesta de Job, el acusador?

He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?

Mi mano pongo sobre mi boca.

Una vez hablé, mas no responderé;

aun dos veces, mas no volveré a hablar (40:4, 5).

Pero otra vez más el Señor se dirige a Job de en medio de la tormenta. Otra vez más le reta. “¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?”

De nuevo se precipitan las preguntas sobre Job. Se trata ahora sobre todo del *behemot* (posiblemente el hipopótamo) y del *leviatán* (cocodrilo). Dios confronta a Job con todo tipo de características de la creación, que muestran su poder y su método de trabajo. En general, solemos atribuir el aspecto de los animales salvajes ‘según su especie’ a las consecuencias de la Caída. A pesar de la declaración en *Génesis* 1:21-25, en realidad no queremos aceptar el hecho de que Dios vio que esta creación era buena. Incluso hay gente que achaca la existencia de los monstruos marinos y animales salvajes a influencias demoníacas anteriores a la Caída. Pero es precisamente a raíz de la Caída, que nos imaginamos un paraíso persa, que tiene que ser un idilio conforme al gusto del superdulce technicolor americano. Pensemos, si no, en todas aquellas encantadoras imágenes del paraíso, en las que se han olvidado del hecho de que el jardín del Edén era un trozo de tierra de cultivo, separado del campo alrededor, y no un zoológico con animales mansos. Las palabras del Señor a Job nos sirven para quitarnos de encima cualquier idea sentimental acerca de la creación y del Creador. El Señor es el Dios que creó aquellas bestias terribles como el hipopótamo y el cocodrilo. Éstos llevan su sello, aunque a nosotros nos cuesta mucho reconocer la marca de sus dedos en esos seres aterradores. Es el Señor quien creó las fuerzas naturales del rayo y de la tempestad, Él determinó la intuición predadora del león, la mentalidad curiosa del avestruz. ¡Insondables y profundos son los pensamientos de Dios! Sus pensamientos son más altos que los nuestros, que prefieren entretenerse sólo con palomas que arrullan. Su

método de trabajo, tanto en la creación como en la dirección de nuestras vidas, es diferente a como por naturaleza nos gusta imaginárnoslo. Gracias a los últimos capítulos de Job, tenemos ante nosotros una lección magnífica en ‘la naturaleza viva’. Igual como no se puede comprender al Señor en su creación, así tampoco se le puede entender fácilmente en su consejo sobre nuestra vida. Así como la incomprensible creación de Dios, con todas aquellas fuerzas encontradas de la naturaleza y manifestaciones imponentes, es “buena en gran manera”, así también el reinado de Dios sobre esta vida, llena de golpes y confusión, llena de enigmas, es “bueno, en gran manera”.

Job inclina su orgullosa cabeza. Se había acercado a su Creador como si fuera un príncipe. Ahora balbucea como una criatura insignificante, repitiendo las propias palabras del Señor. En los versículos que vienen reproducidos a continuación, están en letra cursiva aquellas palabras de Yahvé que Job cita:

Yo conozco que todo lo puedes,
y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
*¿Quién es
el que oscurece el consejo sin entendimiento? (38:2).*
Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;
cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.
*Oye, te ruego, y hablaré;
te preguntaré, y tú me enseñarás (38:3; 40:7).*
De oídas te había oído;
mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
y me arrepiento en polvo y ceniza (42:2-6).

Naturalmente, Job no se retracta de todo lo que ha dicho. El Señor mismo dice en 42:7 a Elifaz que no ha hablado de Dios “lo recto”, como su siervo Job. Pero Job se sí se retracta de su lenguaje desafiante y crítico. Ha profundizado mucho más en su conocimiento de Dios: ahora sabe que al Creador de todas las cosas no se le puede entender, pero que sin embargo obra la salvación de los que son suyos; a pesar de todo.

Entonces se produce el gran cambio en la vida de Job.

Y es completamente diferente a las predicciones de sus amigos.

Ellos reciben una amonestación por parte del Señor, y Job tiene que hacer de mediador e intercesor, ofreciendo inmediatamente un sacrificio. Ante ellos, Job es enaltecido como ‘el siervo del Señor’ (*Is. 52:13-15; Sal. 18:48; Jn. 12:32*).

Y además, Job recibe el doble de lo que poseía antes. Su familia vuelve a relacionarse con él. Entre él y su mujer parece que ya no hay discordia; le nacen más hijos. A propósito: diez hijos murieron, pero este número no se duplica en el número de los que nacen ahora. También los hijos muertos siguen siendo sus hijos.

Así es como el libro de Job termina con un final feliz. La bendición del justo. Pero hay que tener muy presente que este final nos muestra que la bendición no se dispensa por mérito, sino por gracia.

El libro de Job no es la historia de un superhombre, sino la predicación de la justificación de la iglesia en Cristo Jesús.

Job nunca supo nada del trasfondo celestial, o sea, de la conversación entre Dios y Satanás. Job se mostró impaciente, pero aprendió a esperar. Su fe fue probada, tenía que aprender a aferrarse al Invisible: “ahora mis ojos te ven” (42:5). Frente a la enseñanza de sus amigos, que el hombre es un esclavo a sueldo de Dios, se le va abriendo poco a poco el mundo maravilloso de la gracia. Aunque podía asirse a sus obras justas, también él necesitaba un Redentor, una propiciación. La restauración de sus riquezas enfatiza que las siguientes palabras de Pablo también eran aplicables a Job: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (*Ro. 3:24*).

Tanto en *Ezequiel 14:14, 20* y en *Santiago 5:11* se menciona a Job con respeto. Sin embargo, no debemos engrandecer a Job por encima de los demás, a causa de sus dones de oración y paciencia, y así reducir el mensaje de *Job* a un gran ejemplo. Porque Yahvé mostró por medio de Job que Él obra la perseverancia de los santos, que Él está cerca de su Iglesia y que restablece la justicia. Si a Job se le devuelve el doble, por su sufrimiento – sólo por gracia, pues Job se había humillado antes –, esto enseña a la iglesia que algún día el camino de la cruz terminará en la gloria; después de la justificación llega sin duda la glorificación; *via crucis, via lucis*. En cuanto al ‘problema’ del sufrimiento, ¡ay!, nosotros los mortales no vamos a entender nunca todo aquí en la tierra. Pero podemos saber que hay un trasfondo celestial, que Dios pone límites a Satanás. Y también podemos saber que el método de trabajo de Dios sobrepasa nuestro entendimiento, y que es diferente a lo que quisiera nuestro sentimental corazón.

Dios también creó cosas que no son bonitas, o según nuestro gusto. Y no obstante, ¡cuán poderosamente se revela su gloria en el peligroso leviatán! Tampoco la cruz de Cristo es algo bonito, produce repulsión en nuestro ser natural. Y sin embargo, ¡cómo nos ha redimido Cristo en aquella cruz! Sufriendo – y mucho más que Job – como Fiador, como *goel*. ¡Yo sé, que mi Redentor vive! Satanás ya no tiene acceso al cielo para acusarnos. Porque después de la ascensión, el acusador de los hermanos fue arrojado a la tierra. Cristo, como nuestro *paracleto* (auxiliador) celestial, nuestro abogado, defiende nuestros intereses (*Ap. 12:5-11; 1 Jn. 2:2*). Todavía preguntamos a Dios ¿por qué?, pero en Cristo ya tenemos la victoria en principio. Y el ojo ejercitado por las Escrituras encuentra en los fenómenos de la naturaleza en apariencia tan caóticos, un consuelo profundo. Dios es siempre el mismo en su forma de obrar, respecto a Job en el vertedero, respecto a Cristo en el Gólgota, y respecto a la iglesia de los últimos tiempos, que se ha convertido en un espectáculo para el mundo. El libro de Job lleva a la Iglesia a cantar de su justificación, santificación y salvación completa en Cristo, como una hermosa profecía.

SALMOS

División y encabezamientos

Psalmoi es una palabra griega, que significa ‘canto acompañado de instrumentos de cuerda’, o, como dice Vondel: canto de arpa. La palabra hebrea traducida como salmos, significa en realidad ‘alabanzas’. Ahora bien, en el libro de *Salmos* también hay muchas plegarias y lamentaciones, pero al final todas acaban en una alabanza a Aquél que habita en medio de las alabanzas de Israel. Al acudir en su necesidad al Señor, Israel le reconocía como la única ayuda en las angustias.

El actual libro de los *Salmos* está dividido en cinco partes. Así como se habla de los cinco libros de Moisés, se podría hablar de los cinco libros de los Salmos. Es posible que se haya llegado adrede a esta división, motivado por la de la *Torá* (Ley), y se haya querido expresar así la relación que hay entre la ley y los salmos. Podemos encontrar

fácilmente esta división (que se indica en la RV), cuando nos fijamos en la doxología (alabanza) con la que concluye cada libro:

Libro 1: *Sal. 1-41* (en su mayoría salmos de David); doxología: *41:13*.

Libro 2: *Sal. 42-72* (salmos davídicos, pero también del círculo de los levitas); doxología: *72:18, 19*.

Libro 3: *Sal. 73-89* (sobre todo salmos levíticos); doxología: *89:52*.

Libro 4: *Sal. 90-106* (un salmo de Moisés, otro de David y salmos anónimos); doxología: *106:48*.

Libro 5: *Sal. 107-150* (entre otros: salmos de peregrinación [*shir lama'aloth*] y alabanzas [*hallel*] de David, uno es de Salomón y los demás son de autores anónimos); doxología: en realidad todo el Salmo *150*.

Está claro que el libro de los *Salmos* es una colección, tomada de fuentes que se perdieron. En los libros históricos del Antiguo Testamento encontramos aquí y allá también algún 'salmo', como los cánticos de Moisés, el cántico de Débora, de Ana, y de Ezequías. Es posible que otros libros históricos, pero desconocidos, contuvieran algunos salmos que fueron incluidos en la recopilación que tenemos ahora. En todo caso, se conservaron las descripciones de las circunstancias de algunos salmos davídicos. Cuando comparamos el Salmo 18 con *2 Samuel 22*, vemos que se da una misma motivación para este salmo: el Señor le ha librado de mano de todos sus enemigos y de mano de Saúl. En otros salmos se indica que fueron compuestos cuando huyó de delante de Saúl (*Sal. 34, 52, 54, 56, 57, 59*) o de Absalón (*Sal. 3*). Debemos agradecer estas anotaciones: ¡de esta forma los *Salmos* nos dan un comentario espléndido de la historia de Israel! ¡Cómo nos hablan, cuando conocemos su trasfondo y sabemos quién es el autor suplicante y amenazado! Lo mismo se puede decir de los cánticos que por lo visto estaban destinados al culto en el templo y a las grandes fiestas. Es de gran ayuda para la Iglesia de hoy, si se da cuenta de que Israel entonaba el *hallel* o los cánticos graduales durante sus reuniones festivas. Los salmos no son canciones sin carácter, tienen su raíz en la historia del pacto de Israel y el culto relacionado a ello.

Alabad al Señor con cánticos y música

El Salmo 22, conocido como salmo de la Pasión, se cantaba a la tonada de "cierva del alba", y el Salmo 9 (que originalmente era uno con el Salmo 10) a la

melodía “sobre la muerte del hijo”. No hay que escandalizarse por la combinación de un salmo solemne, cantado según una melodía ‘mundana’, pues los salmos formaban parte de la vida en su plenitud; no hay que pensar, por lo tanto, que los sacerdotes cantaban los salmos como una coral, con su lentitud típica, arrastrando las notas, como algunos encuentran apropiado para un cántico espiritual y ceremonioso. En aquel tiempo no habían llegado todavía a relacionar la ‘música eclesiástica’ con algo como el “Largo” de Händel. Podemos estar contentos de que hoy en día nos hayamos librado de cantar los salmos a modo de corales, y que hayamos vuelto a las melodías naturales de Ginebra.

No sabemos cómo cantaban exactamente los israelitas. A veces encontramos en medio del texto la palabra *sela*. Su significado sigue siendo desconocido. ¿Había que repetir aquí las últimas palabras, o significaba un *fortísimo* para los cantores o músicos? Sea lo que sea, es una indicación musical. En los salmos hay algunas otras más; por ejemplo “al músico principal”, “en neginot” (*nagan* = arpa), etc. Un oriental siempre parece cantar cuando habla. Escuchando la forma actual de cantar en una sinagoga judía, que se asemeja un poco al canto gregoriano de la iglesia católica – y también a la manera de recitar en las iglesias ortodoxas y en las mezquitas – nos podemos hacer más o menos una idea de la manera en que Israel cantaba. En el templo una gran orquesta acompañaba al coro.

Se nota en algunos salmos que fueron usados para cantar antifonalmente. En el Salmo 24 por ejemplo, se hacen varias preguntas, cantadas por un solo cantor o un coro, mientras que otro cantor u otro coro responde:

¿Quién subirá al monte de Yahvé?

¿Y quién estará en su lugar santo?

El limpio de manos y puro de corazón;

El que no ha elevado su alma a cosas vanas...

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,

Y alzaos vosotras, puertas eternas,

Y entrará el Rey de gloria.

¿Quién es este Rey de gloria?

Yahvé de los ejércitos,

Él es el Rey de la gloria.

En los Salmos 42 y 43 encontramos frecuentemente un estribillo:

¿Por qué te abates, oh alma mía,
Y por que te turbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque aún he de alabarle,
Salvación mía y Dios mío.

Semejante estribillo parece que era cantado por todos, o bien por un coro más grande. En Salmo 46 hay otro estribillo conocido que se repite (vv. 7, 11, y posiblemente también después del v.3, ya que *selah* aparece tres veces):

Yahvé de los ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Otra repetición conocida es:

¡Alabad a Yahvé, porque él es bueno,
Porque para siempre es su misericordia!

Lo encontramos en los Salmos 136 y 118 (1). ‘Misericordia’ quiere decir en realidad: fidelidad del Pacto. ¿No es motivo para dar gritos de júbilo, una y otra vez? Israel lo hizo en la dedicación del templo (2 Cr.5:13; 7:3, 6), y en los días de Josafat, durante una campaña contra los amonitas y moabitas (2 Cr. 20:21). Jeremías anuncia que después de la destrucción de la ciudad y el templo se volverá a oír de nuevo este cántico (Jer. 33:11), y en Esdras 3:11 leemos de su cumplimiento: fue cantado cuando pusieron el fundamento del nuevo templo. Si el lector alguna vez ha escuchado la adaptación musical que hizo el compositor Gelineau del Salmo 136, en la que el estribillo es acompañado por instrumentos de metal: *Car son amour est éternel!* (¡Porque su amor es eterno!), entonces entenderá mejor cómo es posible interpretar este salmo con voz e instrumento. Nosotros muchas veces carecemos de aquella alegría intensa, o, por lo menos, nos cuesta expresarla. Tenemos miedo, con razón, de los excesos y el descarrío que se dan en algunas grupos ‘entusiastas’. Sin embargo, tenemos que cuidar de que la persistencia en la oración y la alabanza del Señor por su misericordia esté libre de monotonía. El canto antifonal no está prohibido en la iglesia, y la Biblia no dice en ningún lugar que no debemos usar instrumentos musicales como

acompañamiento en el culto, dejándolo sólo al Ejército de Salvación. Por otra parte, en el órgano, que sí usamos, hay un registro para trompeta... ¡Es bueno, que alabemos al Señor!

Con orden (1 Co. 14:40)

La existencia de los estribillos muestra que la forma de cantar los salmos en Israel, por espontánea que pueda haber sido, tenía su orden establecido. Por otro lado, todo el Salterio lleva el sello del orden. El Salterio no abre las puertas a una expresión individualista de una emoción tan personal. No tiene como objetivo la confusión y el caos de algunos carismáticos entusiastas, sino que estiliza la actuación del individuo y de la multitud. El Dios de los Salmos no es Dios de confusión (1 Co. 14:33). Cuando nos paramos a pensar en el caos que caracterizaba las fiestas paganas a lo largo de los siglos, nos vamos dando cuenta del valor que tiene el Salterio como ‘orden de culto’. Y también se puede pensar en el hecho de que el ritual en el paganismo es muchas veces una especie de lenguaje en clave de los sacerdotes; los ‘laicos’ no lo entienden. En Israel, la situación era completamente distinta: aunque había una ‘espiritualidad’ en los sacerdotes, ellos hablaban un lenguaje que los laicos podían entender; incluso muchas canciones de la liturgia oficial habían sido compuestas por ‘laicos’ como David.

Un ejemplo del orden, lo encontramos en los salmos ‘alfabéticos’, como el Salmo 119. Allí vemos cada sección indicada por *Alef, Bet, Guímel*, etc. Esto significa, que todos los versículos de un mismo apartado comienzan con la misma letra del sistema de escritura hebreo de 22 caracteres. ¿Acaso no es Dios el Alfa y la Omega? (primera y última letra del alfabeto griego; *Ap. 1:8*). Y, aunque en la versión Reina-Valera no aparecen esas indicaciones [pero sí en la Biblia Textual], existen otros salmos alfabéticos, como los Salmos 25, 34, 37, 111, 112 y 145. Sólo que, en ellos, cada versículo empieza con la siguiente letra del abecedario hebreo. Además, los Salmos 33 y 103 tienen 22 versículos cada uno. Los salmos del ‘ABC’ nos muestran cómo Israel se dejaba guiar de la A hasta la Z por el orden de Aquél, en quien todo subsiste (*Col. 1:17*); y que no reinaba el desconcierto a la hora de cantar alabanzas y lamentos.

También en la ‘rima’ notamos el orden. En el libro de *Job* ya vimos que los israelitas no solían emplear nuestra manera de ‘rimar’, sino que hacían rimar el contenido de dos o más frases consecutivas. Además, los renglones tienen una forma rítmica. Esta figura estilística se llama ‘paralelismo’, las líneas discurren en paralelo. Un ejemplo hermoso de esto es el Salmo 114. La segunda línea parece repetir la primera

como un eco. Al leer partes poéticas de la Biblia en voz alta, puede que de repente adquieren mucho más sentido, cuando la segunda línea es leída por otra persona (¡inténtelo!):

1. Cuando salió Israel de Egipto,
2. la casa de Jacob del pueblo extranjero,
1. Judá vino a ser su santuario,
2. e Israel su señorío.
1. El mar lo vio, y huyó;
2. el Jordán se volvió atrás.
1. Los montes saltaron como carneros,
2. los collados como corderitos.

El hombre oriental piensa de forma diferente. Está acostumbrado a la repetición, pero nunca es una repetición sin sentido; las ideas se elaboran más, se definen más.

“La cisterna estaba vacía, no había en ella agua”, dice *Génesis 37:24*. Es una observación intrascendente, pero de una manera muy natural se aplica el paralelismo a la composición. “Yo a la verdad soy una mujer viuda y mi marido ha muerto”, le dice a David la astuta mujer de Tecoa, que posteriormente fue la ciudad de Amós (*2 S. 14:5*). Esa es la ‘rima’ paralela. También en el Nuevo Testamento podríamos señalar muchos ejemplos similares, como el canto de los ángeles (*Lc. 2:14*). Muchas de las palabras de Jesús que aparecen en los evangelios podríamos reflejarlas gráficamente en forma de poema, y lo mismo podríamos hacer con porciones de las cartas y de *Apocalipsis*.

“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí,
sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.
Porque he aquí vendrán días
en que dirán:
Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron,
y los pechos que no criaron.
Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros;
y a los collados: Cubridnos” (*Lc. 23:28-30*).

El paralelismo puede (1) repetir una idea, (2) expresar un pensamiento opuesto y (3) también ampliarlo. Cada uno tiene un ejemplo en el Salmo 1:

3. Bienaventurado el varón que no *anduvo* en consejo de malos,
ni *estuvo* en camino de pecadores,
ni en silla de escarnecedores se ha *sentado*;

1. Sino que en la ley de Yahvé está su delicia,
y en su ley medita de día y de noche.

2. Porque Yahvé conoce el camino de los justos;
mas la senda de los malos perecerá.

Hay más formas de repetición a las que prestar atención. En este ordenado libro, encontramos cantos de peregrinación, p. ej. el Salmo 123, que también se llaman ‘cánticos de subida’, o ‘graduales’, porque parece que el poeta, al repetir palabras clave, va juntando un pie con el otro, subiendo las gradas:

A ti alcé mis *ojos*,
a ti que habitas en los cielos.
He aquí, como los ojos de los siervos
miran *a la mano de* sus señores,
y como los *ojos* de la sierva
a la mano de su señora,
así nuestros ojos miran a Yahvé nuestro Dios,
hasta que *tenga misericordia* de nosotros.
Ten misericordia de nosotros, oh Yahvé, *ten misericordia* de nosotros,
porque estamos muy *hastados de menosprecio*.
Hastada está nuestra alma
del escarnio de los que están en holgura,
y *del menosprecio* de los soberbios.

En el Salmo 121 vemos una misma repetición de “socorro”, “el que guarda, el guardador” y “guardar”. La repetición es aquí la causa de un conocimiento feliz. En el Salmo 122 se menciona dos veces seguidas: “Jerusalén”, “tribus”, “sillas, tronos”, y hasta tres veces: “paz”, *shalom*, una alusión a Jeru-*salén*. No solamente Jerusalén, sino ¡también el Salterio está bien unido entre sí!

El buenazo de los Salmos

Nos fijaremos ahora en los diferentes géneros de salmos. Pero antes hay que plantear la pregunta si hoy en día aún se pueden cantar todos los salmos. Leemos en el Salterio testimonios conmovedores acerca de pecados personales (32, 51, 130). ¿Cómo es posible entonces que en el mismo libro leamos expresiones como la siguiente?:

Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche;
me has puesto a prueba, y nada inicuo hallaste (17:3).

Aborrecí la reunión de los malignos,
y con los impíos nunca me senté.

Lavaré en inocencia mis manos,
y así andaré alrededor de tu altar, oh Yahvé,...

Mas yo andaré en mi integridad,
redímeme, y ten misericordia de mí (26:5, 6, 11).

Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti,
y no hemos fallado a tu pacto (44:17; comp. 59:3, 4; 86:2).

¿Está hablando aquí acaso un fariseo, que se golpea el pecho y se enorgullece de sus buenas obras? ¿No tenemos motivo para detestar la actitud del perfeccionista, que espera obtener la inmortalidad a base de su ‘virtud’? Efectivamente: lo ‘carnal’ no es justificado por las obras. Pero en los salmos no se trata de tal confianza en las buenas obras. Tenemos que comprender que es la figura del justo, la que aparece continuamente en los salmos.

Para entender qué es un ‘justo’, lo mejor es pensar en el libro de *Job*. ¿Era Job alguien sin pecados? No, en absoluto. No obstante, él quería aferrarse a su justicia y no renunciar a ella: “no me reprochará mi corazón en todos mis días” (*Job* 27:6). Sabía que el Señor era su Redentor, que podía confiar en Él y que el Señor defendería su caso por él, porque se aferraba a Él. Los justos saben: el Señor nos defiende en el juicio. En los salmos hablan con frecuencia personas que sufren persecución y odio ‘sin causa’ (35:7, 19; 69:4; 119:161). Pero, por supuesto que hay una causa: la envidia, el odio al ‘justo’, etc. Pero estos motivos no tienen justificación. Viéndose en aquella situación, el que ora apela al más alto Juez. No es un perfeccionista en este sentido:

El que en su juventud

ha escogido
el camino de la virtud,
y hace lo bueno,
espera alegremente
los días de su vejez.

(Hiëronymus van Alphen, poeta didáctico del s. XVIII)

Antes, es así: en esta vida para nada sosegada, el siervo del Señor, el verdadero piadoso, sabe que Dios le protege, y que llevará su pleito a buen fin:

Mas yo andaré en mi integridad,
redímeme, y ten misericordia de mí.
Mi pie ha estado en rectitud;
en las congregaciones bendeciré a Yahvé (*Sal. 26:11, 12*).

Los “días de la vejez” pueden ser muy difíciles a veces. El compositor del Salmo 71 sabe bastante de eso. Sus enemigos le acechan (v. 10), pero en sus muchas angustias este anciano (v. 9 y 18) alaba la justicia de Dios que le salva.

Ahora podemos entender también el Salmo 119. El último versículo puede quitar nuestros prejuicios ante este salmo: “Yo anduve errante como oveja extraviada”. Aquí no habla un fariseo que se gloría en su propia justicia, sino un hombre que en la Palabra y el Testimonio de Dios ha encontrado su único asidero.

Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba;
mas ahora guardo tu palabra (v. 67).

Él alaba la Ley de Dios, su Palabra y Testimonio en secciones de ocho versículos que empiezan con la misma letra, usando ocho palabras distintas. No hay que relacionar ‘la Ley’ con ‘mandamiento tras mandamiento, regla tras regla’, sino con la justicia de Dios, con su salvación misericordiosa.

Tus testimonios que has recomendado,
son rectos y muy fieles (v. 138).

Jesucristo citó este salmo en su oración ‘sacerdotal’ de Juan 17: “Tu palabra es verdad” (*Jn. 17:17; Sal. 119:160*). ¡Cómo se aferró Él en su necesidad, sólo a la Palabra de su Padre! También para nosotros hay aquí el único consuelo, según el orden del Salmo 119, que tanto necesitamos en este tiempo de existencialismo, con una nueva moral:

Para siempre, oh Yahvé,
permanece tu palabra en los cielos.
De generación en generación es tu fidelidad;
tú afirmaste la tierra, y subsiste (*vv. 89, 90*).

Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa; líbrame de gente impía (*Sal. 43:1*)

¿Quiénes son ‘los enemigos’ en los salmos? A veces está claro que se trata de enemigos forasteros, que suben contra Jerusalén (*46, 48, 76*), o que son sojuzgados por Israel (*68*). Volveremos sobre ello cuando hablemos de los salmos reales y de aquellos que tratan de Jerusalén. En muchos casos, sin embargo, cuando se habla de ‘enemigos’, se trata de enemigos del interior, de dentro de la Iglesia. Pueden ser enemigos políticos (por ejemplo en contra de David), o aquellos que organizan un falso juicio o una campaña de difamación contra el ‘justo’. En cualquier caso, son hermanos de la iglesia, y a veces incluso amigos íntimos de la iglesia (como en el *Salmo 41*, donde David habla de su amigo en quien confiaba y que comía de su pan – quizás era Ahitofel –, *comp. 2 S. 15:31; Mr. 14:18; Jn. 13:18; Judas*).

Hombre prevenido vale por dos: es necesario saber que los salmos adquieren a menudo un significado equivocado justo en cuanto a este punto, debido a ciertas explicaciones y falsas aplicaciones ‘espirituales’. Esto ocurre cuando la enemistad de la que hablan los salmos es explicada como oposición por parte del ‘mundo’. El enemigo se equipara a ‘el hombre malo en general’.

Pero, miremos el Salmo 10. De veras, allí no encontramos una serie de vaguedades, que se puedan aplicar a cualquier cosa. En este salmo no se trata de ‘el hombre’, sino de David, con quien el Señor ha hecho un pacto. David es atacado a causa de su ministerio por enemigos de dentro de la iglesia. Este Salmo no está lleno de la miseria común de la humanidad, sino de quejas sobre la actuación de los malos e inicuos, de aquellos que se apartan del pacto, frente a los desdichados, los pobres y los humildes del Sermón del Monte, o sea de los justos que quieren estar del lado del Señor.

Al final, David se consuela con la última estrofa del canto de Moisés a la orilla del Mar Rojo (¡un salmo de la iglesia!): “Yahvé es Rey eternamente y para siempre (cf. *Ex. 15:18; Ap. 11:15, 17; 12:10*), por lo que el resumen que encabeza este salmo en la primera versión de la Biblia en holandés (*Statenvertaling*) es muy pertinente. Ya en aquella época el humanismo quería dar una interpretación general y humanista. Pero los hombres de la Reforma no querían saber nada de semejante explicación ‘edificante’:

David, o la iglesia de Dios, o David en nombre de la iglesia de Dios, ora con fervor a causa de la persecución y opresión por parte de los impíos, describiendo muy vívidamente su orgullo, su impiedad y sus crueles y sanguinarias prácticas. Anhela la justa venganza de Dios, y por su fe está seguro de que Dios lo hará.

El Salmo 10 es también una oración de las almas bajo el altar (*Ap. 6:10*; comp. *Sal. 10:8* y el salmo que forma uno con éste, el *9:12*).

Él venga la sangre de sus siervos (*Dt. 32:43; Is. 26:21; Ap. 18:20; 19:2*)

Cuando los salmos se leen con la mentalidad actual, seguro que uno se atasca al llegar a los salmos imprecatorios, en los que se habla de venganza. ¿No es Dios un Dios de amor? El corazón egoísta se pregunta: ¿Qué consuelo encuentra uno en todos aquellos cánticos agresivos? ¿No demuestran que, evidentemente, el Antiguo Testamento está muy por debajo del Nuevo Testamento? Lo que es decisivo para la respuesta a estas preguntas es la fe en la revelación que Dios ha hecho acerca de sí mismo.

La Escritura no representa al Señor como ‘nuestro buen Señor’, sino como el Dios del Pacto. Y si pensamos en lo que dice, por ejemplo, *Deuteronomio* de ello, entenderemos que el firme Pacto de Dios no sólo incluye su promesa, sino también su retribución. El gran Rey juzga con justicia. Por eso David y los otros salmistas apelan continuamente a la fidelidad de Dios vinculada al Pacto. No claman por la intervención de una Mano misteriosa, sino por la actuación de la mano del Padre contra los que invalidan el Pacto. En palabras del Salmo 10:12, 15: “Levántate, oh Yahvé Dios, alza tu mano; no te olvides de los pobres... Quebranta tú el brazo del inicuo”. Ese “levántate” es el lenguaje del tabernáculo; cuando el arca de Dios en el desierto se movía, Moisés dijo: “Levántate, oh Yahvé, y sean dispersados tus enemigos” (*Nm. 10:35*; comp. *Sal. 3:7; 7:6; 17:13; 68:1; 132:8; Hch. 7:56*). Que Jesús se levantó del sepulcro no es sólo

una resurrección para nuestra salvación, sino también para justificarnos y absolvernos como Juez (*Ro. 4:25*). Y la otra cara de esta absolución asombrosa es que los apóstatas serán castigados siete veces (comp. *Lv. 26*).

Hay que tener presente que el estilo del lenguaje del Pacto lleva el sello del ‘gran rey’. A Yahvé se le retrata como el Gran Rey, que juzga a las naciones (*Sal. 7:8; 9:8; 10:16; 56:7; 59:5*). Casi se podría decir que estas son expresiones comunes, que es así como habla un súbdito a un monarca oriental. Pero no hay que pensar que en aquel salmo se trata solo del juicio sobre los paganos, que no conocen el nombre de Dios, pues cuando David se siente miserable a causa de Saúl y Absalón, apela a Dios para que subyugue a los pueblos. En primer lugar pide la venganza del Pacto sobre los enemigos de dentro de la iglesia. El Salmo 69 es un salmo sobre el sufrimiento, que una y otra vez es citado en los evangelios: ¡así se cumplió en la Pasión de Cristo! Pero este salmo también está lleno de grandes maldiciones. Esas imprecaciones no son espontáneas; forman parte del estatuto del Pacto. Por eso se cumplieron en el Mesías. Jesús tuvo que beber vinagre (v. 22), los enemigos le destruyeron porque le consumía el celo por la casa de su Padre (v. 9), le aborrecieron sin causa (v. 4; *Jn. 15:25*); y no sólo eso, sino que él respaldó a David también en sus maldiciones. Por ello Pedro aplica el Salmo 69:25 a Judas (*Hch. 1:20*: “sea hecha desierta su habitación”); y Pablo cita los versículos 22 y 23 con mira a los judíos que no quieren saber nada del Evangelio:

Sea vuelto su convite en trampa y en red,
en tropezadero y en retribución;
sean oscurecidos sus ojos para que no vean,
y agóbiales la espalda para siempre (*Ro. 11:9, 10; comp. Hch. 28:27*).

En *Apocalipsis* leemos de las copas de ira que son derramadas sobre la iglesia apóstata, la Jerusalén infiel, y de esta ira del Cordero nos habla la frase que suelen recitar los judíos en la celebración de la pascua con una de las copas:

Derrama sobre ellos tu ira,
Y el furor de tu enojo los alcance (*Sal. 69:24*).

Yahvé ratifica los estatutos de su Pacto al vengar la sangre de sus siervos. El Salmo 137, una alabanza encubierta a Jerusalén en tiempos del exilio, es siempre causa

del mayor tropiezo. El comienzo goza de bastante popularidad, gracias al poema de Jacob Israël de Haan:

Antes de que me olvide de ti, oh Jerusalén,
Me olvido de mi madre y de mi juventud.
Dondequiera que vaguemos sin descanso o estemos sentados alegres
Nos acordamos de ti, Ciudad, con melancolía y con regocijo.

Pero es la conclusión, la congratulación de aquellos que estrellarán los niños de Babilonia contra la peña, lo que suscita repugnancia. Se suele decir que a pesar de su celo por la casa de Dios, el poeta no llega al nivel de lo que el Nuevo Testamento exige de nosotros. Ciertamente, así habla nuestro corazón. Pero así no juzgamos conforme a las Escrituras. Porque el poeta no hace otra cosa que reiterar la maldición profética, y dar testimonio de la esperanza y el consuelo que hay en su interior. Si empezamos a borrar partes del Salmo 137, igualmente podríamos quitar de la Biblia muchas de las profecías de Isaías acerca de Babilonia. Además, en el Nuevo Testamento hay ecos de este salmo. ¿Acaso no alude Cristo a ello cuando se dirige a las mujeres de Jerusalén, que hacen lamentación por él? (*Lc. 23:28*). Y en *Apocalipsis 18:6* una voz clama sobre Babilonia de la misma manera que el Salmo 137:

Dadle a ella, como ella os ha dado,
y pagadle doble según sus obras;
en el cáliz en que ella preparó bebida,
preparadle a ella el doble.

No es verdad que el Salmo 137 sea inferior al Nuevo Testamento; más bien es así: el Nuevo Testamento continúa las líneas del Antiguo Testamento. “Disputa, oh Señor, con los que contra mí contienden” (*35:1*) es también una oración para la iglesia de nuestros días. “¿No odio, oh Yahvé, a los que te aborrecen?” (*139:21*) acompaña también los días del nuevo Pacto, puesto que Cristo aprecia en la iglesia de Éfeso el hecho de que odia la doctrina de los nicolaítas, que él igualmente aborrece (*Ap. 2:6*). Así que cuando en el Salmo 139:23, 24 el salmista ora: “Examíname, oh Dios..., ve si hay en mí camino de perversión”, no debemos separar este ruego ‘edificante’ de aquel ‘odiar’ del versículo anterior. ¡La iglesia que, conforme al Pacto, no se atreve a

aborrecer aquello que odia su Rey, está en un camino de perversión! “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema (maldito)” (1 Co. 16:22). “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gá. 1:9; comp. 2 Ti. 4:14). La Biblia no ordena el odio personal: ¡No os venguéis vosotros mismos, amados míos! No se trata de nuestra justicia y de nuestros enemigos personales, sino que se trata de la justicia del Señor, el Dios del Pacto y de sus enemigos. Los enemigos del rey tienen que ser también los enemigos de sus vasallos.

Guarda mi alma (Sal. 25:20). Bendice, alma mía, a Yahvé (Sal. 103:1)

La palabra ‘alma’ en hebreo [*nefesh*] significa en realidad más que el alma, es la vida, el hombre mismo, es su persona. Por tanto, cuando los salmos mencionan el alma, no tenemos que aplicarlo sólo a la vida espiritual, sino a la existencia en su totalidad. Cuando se ora por la salvación del alma, es una oración por la redención de toda la existencia, incluido la parte supuestamente física. En el Salmo 66, que es un canto de acción de gracias, el poeta, después de la introducción habitual (vv. 1-7) y el relato de su salvación (vv. 8-15), pasa a la aplicación, a la invitación al público a sumarse a él (v. 16 ss.), y dice:

Venid, oíd todos los que teméis a Dios,
Y contaré lo que ha hecho a mi alma.

Esto no hay que entenderlo como una especie de conversión, una experiencia espiritual. El poeta mismo dice que ya temía antes al Señor (v. 13). ¿Qué es lo que el Señor ha hecho a su alma, a él mismo? El Señor le ha librado de grandes peligros. Y a todo Israel con él. Porque el sufrimiento de su pueblo era el suyo propio: “Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza” (v. 12). Este padecimiento de su pueblo era un ataque a su alma y le empujó a la oración. Y he aquí, el Dios del éxodo le oyó (v. 6). En los salmos no encontramos historias de conversiones individuales; el ‘yo’ es el yo de la iglesia. Es más, es la Cabeza de la iglesia, Cristo Jesús, que se expresa en los salmos. ¿No era Él el Autor real del himnario de Israel? Por lo tanto, los encabezamientos de los salmos en versiones de la Biblia de la época de la Reforma siempre enfatizan que no es meramente un alma piadosa la que nos habla, sino que es la Iglesia que lucha, el Hijo de Dios mismo el que se hace oír. Si tenemos esto presente, entonces no puede haber salmos preferidos. Cada uno de los salmos nos gustará igual.

Podríamos distinguir en el Salterio salmos de súplicas y de agradecimiento. Pero algunos salmos son de los dos géneros a la vez. Piense por ejemplo en el Salmo 22. Este es un salmo de lamentación, una plegaria, que en algunos puntos se ha cumplido literalmente en Jesucristo. Él fue oprobio de los hombres, despreciado por el pueblo, desamparado por Dios. Sufrió sed (*Jn. 19:28*), sus manos y sus pies fueron perforados literalmente, sus ropas repartidas. Este salmo se hace en Gólgota realidad de una manera que David ni podía imaginar. Pero hay una segunda parte. Y también esa se ha cumplido en Cristo. En el relato de la resurrección llama la atención que él habla con mucho énfasis de dar el mensaje de su resurrección a sus hermanos (*Mt. 28:10; Jn. 20:17; comp. He. 2:11*). Con ellos se refirió a sus discípulos, su iglesia, y aludió al comienzo de la segunda sección del Salmo 22, el agradecimiento que sigue a la lamentación. Las primeras palabras del lamento resumen lo más profundo de su sufrimiento: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Las primeras palabras del canto de acción de gracias expresan su triunfo de pascua: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos” (v.22). Sí, en el “consumado es” podemos escuchar una alusión al final del Salmo 22: “él hizo esto” (v.31).

Generalmente, un salmo de lamentos empieza con una invocación del nombre del Señor. Luego sigue la queja y la súplica por la salvación, mientras que también se mencionan los motivos de por qué se cuenta con la ayuda: la fidelidad de Dios, mostrada también en el pasado; el hecho de que el poeta es un siervo del Señor. A menudo, una promesa de agradecimiento después de que Dios haya escuchado, forma parte de la oración. Esto se puede comprobar, si se quiere, con algunos de los salmos, pues se verá que hay mucho orden en el Salterio. Hoy día, cuando un pastor divide su sermón en ‘puntos’, algunos casi se lo toman a mal. Pero los salmos tienen su orden. Se verá, además, que no se puede distinguir fácilmente entre los salmos de súplicas individuales y los de súplicas colectivas. Cuando David se dirige en oración al Señor, ¿cómo puede dissociarse del pueblo? Sus oraciones se han convertido en cánticos de todo Israel. Lo que sí llama la atención en los salmos que fueron destinados a ser una confesión de pecados del pueblo, es que destacan de forma extraordinaria la historia de Israel (*Sal. 44, 74, 77, 80, 81, 106*). El Señor es invocado como el Dios del éxodo. Al adaptar los salmos para cantar, a veces se los ha querido despojar de toda memoria histórica. Pero el resultado de este procedimiento son canciones atemporales y sin carácter propio, que por ningún concepto recuerdan a los salmos como cánticos del

Pacto. No hay que pasar por alto el hecho de que Dios es invocado como el Dios de Jacob. Fijémonos cómo Asaf en Salmo 77 encuentra consuelo en el pasado:

Tú eres el Dios que hace maravillas;
hiciste notorio en los pueblos tu poder.
Con tu brazo redimiste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José (vv. 14, 15).

Y en su salmo didáctico, 78, dice:

Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos,
las cuales hemos oído y entendido;
que nuestros padres nos las contaron.
No las encubriremos a sus hijos (vv. 2-4).

También en los salmos de agradecimiento se percibe cierto orden. Por lo general comienzan con un anuncio: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos” (22:23), “Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra” (66:1). Se llama a otros a unirse a la alabanza. “Cantad a Yahvé cántico nuevo” (96, 98). Luego siguen el relato de la salvación y el agradecimiento y a veces también se les anima a los oyentes a que participen en ese agradecimiento. “Véanlo los rectos y alégrese” (107:42). Aquí también se puede distinguir entre salmos de acción de gracias individuales y colectivas, pero igualmente las líneas de separación son difusas, pues estamos hablando de los salmos de Israel, que, empujado por el sufrimiento en la enfermedad, la amenaza de la muerte, la enemistad experimentada en pleitos injustos y el ataque de sus enemigos, se ha acercado al Señor. “Oh Yahvé, libra ahora mi alma”... “Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Yahvé te ha hecho bien”... “¿Qué pagaré a Yahvé por todos sus beneficios para conmigo?” (116:4, 7, 12).

Bueno es alabarte, oh Yahvé (92:1)

En el Salterio se encuentran además salmos que se pueden caracterizar como cánticos de alabanza o himnos. No fueron compuestos a raíz de una liberación reciente, sino que alaban las obras de Dios en la creación y recreación, en el pasado, el presente y el porvenir. Estos salmos suelen comenzar con un llamamiento a alabar al Señor:

¡Alelu-Ya, alabad al Señor! Y esto va acompañado de la razón por la que Yahvé tiene que ser alabado.

En primer lugar el Señor es ensalzado como el Creador. Con una palabra que los describe de forma muy pobre aquellos salmos han sido llamados: salmos sobre la naturaleza (8, 19, 33, 104, 147, 148). Pero si hay alguna cosa peligrosa, es esa distinción entre naturaleza y gracia. Han procedido a cortar el Salmo 19 en dos: la primera parte trataría de la creación, la naturaleza; la segunda parte trataría de la Ley del Señor. Se crea así la impresión de que la Ley (la gracia), está en otro plano diferente a la naturaleza. Pero Israel no consideraba la naturaleza como algo aislado. La Torá, la Ley, comenzó en *Génesis* 1 con el relato de la Creación de Dios. Cuando Israel contemplaba el cielo, no veía la obra de un dios de la naturaleza, sino la obra de los dedos del Señor, el Dios del Pacto (8:1, 3; 33:6; 147:4). ¿No eran las estrellas para Abraham una garantía de “así será tu descendencia”? ¿No eran el sol, la luna y las estrellas (los cielos) testigos del Pacto entre el Señor y su pueblo, entre el Señor y David? (*Dt.* 31:28; 32:1; *Miq.* 6:1, 2; *Jer.* 33:20 ss.; *Sal.* 89:36, 37). Por lo tanto hay una fuerte unidad en el Salmo 19; el día (sol) y la noche (luna, estrellas), como testigos del Pacto, se expresan con abundancia de palabras. Dicen: la Torá, la ley del Señor es perfecta. Los supuestos salmos sobre la naturaleza son salmos del Pacto. Por ello Pablo puede aplicar tranquilamente la primera parte de Salmo 19 a la predicación del Evangelio a los judíos en la sinagoga (según la promesa de *Mt.* 24:14): “Por toda la tierra ha salido la voz de ellos” – es decir, de los testigos del Evangelio – “y hasta los fines de la tierra sus palabras” (*Ro.* 10:18). Los predicadores del Evangelio eran testigos del Pacto, compañeros del sol, la luna y las estrellas (cf. la palabra ‘testimonio’ [del pacto] en *Mt.* 24:14).

¿Cuáles son los motivos por los que se puede alabar al Señor? Por sus siete truenos (*Sal.* 29, siete veces aparece: “Voz de Yahvé”), porque Él sustenta el mundo y dirige cuanto ocurre, porque salva a Israel y guarda a Jerusalén, porque Él reina (145). ¡Sí, el reinado de Yahvé! ¡De qué forma tan sublime se canta de ello en aquellos himnos que son como una aclamación del rey que se ha sentado en el trono! (Salmos 93, 96, 97, 98, 99). El último versículo del canto de Moisés a orillas del Mar Rojo (*Ex.* 15:18) encuentra aquí una expresión variada. El Salmo 90 es una oración de Moisés, varón (profeta) de Dios. Los salmos siguientes, arriba mencionados, contienen referencias a sus cánticos. Llama la atención que, aparte de recordar la conclusión del primer canto de Moisés (el reinado del Señor), también hay un recuerdo al último canto de Moisés (*Dt.*

32). Pues, tanto en aquellos salmos como en este canto, el Señor es llamado ‘Roca’ (94:22; 95:1). Aquí encontramos el secreto de la liturgia de Israel, la cual estaba firmemente anclada en la Historia de la redención y que declaraba la gloria y el poder del Gran Rey de Israel. En el templo, Israel se sabía el vencedor total. En la música del templo escuchaba la victoria de Dios. Y de este modo había en medio de la necesidad también una perspectiva, una ventana al futuro. Yahvé es Rey. “Porque he aquí tus enemigos, oh Yahvé, porque he aquí, perecerán tus enemigos” (92:10). “Porque vino a juzgar la tierra” (96:13). ¡*Laudate Dominum!*

Porque Dios deseó a Sión

Es lógico que en el Salterio haya muchos salmos sobre Jerusalén. Los cánticos graduales forman el pequeño himnario de los peregrinos de Israel. Aparte de como cántico de peregrinación, también se traduce *shir lama' aloth* como cántico de subida, de ascenso de las gradas. Y se cree que estos cánticos fueron cantados desde las gradas del templo. Sea lo que fuera, el vínculo de esta colección (*Salmos 120-134*) con los peregrinajes anuales es evidente. El primero de estos salmos habla de alguien que vive en Mesec (al lado del Mar Negro); el muy conocido Salmo 121 describe al Señor como el gran Pastor, que vigila su rebaño de noche. El Salmo 122 retrata la entrada alegre en Jerusalén, y después de todo tipo de cánticos que giran alrededor de la bendición que derrama el Dios de Sión sobre la vida en su totalidad, el ciclo se cierra con una canción en la que se puede discernir la bendición sacerdotal de los que vuelven a sus casas. Lo último que podemos ver, en nuestra imaginación, son las manos extendidas del sacerdote. De Sión sale la salvación de Israel (14:7); Yahvé bendice desde Sión (128:5; 133:3; 134:3). Israel espera en Yahvé (130:7; 131:3), no con una esperanza humana y engañosa de la caja de Pandora, sino con una esperanza que no avergüenza.

El himno de Lutero “Castillo fuerte” (1529) está inspirado en otro salmo sobre Jerusalén: El Salmo 46, que se ha relacionado con el ataque del asirio Senaquerib a la ciudad de Dios. Profecías falsas posteriores se han apropiado de la promesa de Emanuel (Dios con nosotros) para derivar de ella una falsa confianza: ¡Jerusalén no será destruida jamás! Jeremías ha aclarado más tarde que el Señor también puede pelear contra su ciudad (*Jer. 21*). No obstante, para la Iglesia fiel, la promesa expresada también en el Salmo 48, sigue en pie: la Ciudad del Gran Rey no será tomada por los enemigos. El ataque de Gog y Magog será rechazado (*Ap. 20:7-10; comp. Ez. 38, 39*). “Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios” (46:4; *Ap. 22:1; Ez. 47:1 ss.*).

Castillo fuerte es nuestro Dios,
defensa y buen escudo;
Con su poder nos librá
en este trance agudo.

Y luego, ¡fijémonos en Salmo 68! Fue el Salmo favorito de los hugonotes, versificado por Beza:

Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos,
y huyan de su presencia los que le aborrecen.
Como es lanzado el humo,
los lanzarás;
Como se derrite la cera delante del fuego,
así perecerán los impíos delante de Dios (*vv.1, 2*).

El hecho de que David empiece con la señal de Moisés (*Nm. 10:35*), aunque convertida en una expresión llena de seguridad, justifica suponer que su composición se refiere a la entrada del arca. Del Sinaí (*v. 8, 17*), el Señor ha ido a su monte Sión, que Él eligió sobre otros montes. El éxodo y la entrada de Israel tenían como objetivo la fundación del santuario de Israel en el monte de Jerusalén: ¡subida del Sinaí a Sión! Al final, este salmo ha sido cumplido en Cristo, que ascendió a la diestra de Dios, y que acaba con toda resistencia y que da dádivas preciosas a su iglesia (*Ef. 4:7 ss.*; comp. *Sal. 47 y 132*). El Nuevo Testamento no tiene un Salterio propio; pues el antiguo libro de *Salmos* ha sido escrito para nosotros. ¿No queremos ser hijos de la promesa, hijos de la Jerusalén celestial, que es libre, que es nuestra madre? (*Gá. 4:26, 28*). ¿Acaso no nos hemos acercado a la Jerusalén celestial, a la ciudad del Dios vivo y al monte de Sión? (*He. 12:22*).

Los salmos y el Mesías

El Salterio comienza con dos salmos que están allí a propósito para servir de introducción. El Salmo 1 trata de ‘los dos caminos’ y el Salmo 2 es un salmo real. A continuación, este primer Libro, lleno de cánticos davídicos, alterna un canto matutino (3) con otro vespertino (4) y de nuevo un cántico matutino (5), etc. En ellos se habla mucho de los conflictos y las luchas de David; en absoluto se dice que disfruta de una

dulce paz. Por eso es tan hermoso que el Salmo 2 los precede. David anda en el camino del Señor (comp. *Sal. 1*). Él es el rey designado por Dios. A la hora de ascender al trono, un monarca oriental podía estar seguro de encontrarse con oposición, sobre todo de parte de sus vasallos. En cuanto al rey legítimo de Israel, sin duda, la resistencia se iba a hacer patente enseguida. Pensemos en Saúl, Absalón, etc. Pero, ¿qué es lo que dice el Salmo 2? “El que mora en los cielos se reirá”. El rey de Israel es el ungido del Señor. Sublevarse contra él es lo mismo que rebelarse contra el Señor. Es Él quien ha puesto aquel rey sobre Sión, su santo monte. Y la profecía dice: “Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy”. *2 Samuel, 7* nos transmite la promesa del Señor a David, por medio de Natán, a la que se refiere aquí el Salmo 2:7. Y aunque se veía un cumplimiento provisional en el reinado de David, el cumplimiento último vino en Jesús, el Ungido, el Hijo de Dios. Estos dos nombres encontramos en el Salmo 2: ¡Mesías (ungido) e Hijo! La iglesia de Pentecostés cantó este salmo en medio de su angustia (*Hch. 4:24 ss.*). *Apocalipsis* presenta a Jesús como el Rey que destruye sus enemigos con vara de hierro, como vasijas de barro (*Ap. 12:5; 19:15; comp. Sal. 2:9*). Sería bueno que cada vez que leemos en el Nuevo Testamento acerca de Jesús como ‘Hijo de Dios’, pensemos en este salmo; y lo mismo siempre que digamos ‘Cristo’, pues significa Ungido (Rey). ¡Muchas veces somos tan indiferentes y superficiales! ¡El Nuevo Testamento nos muestra que es la continuación de este cántico: “Honrad al Hijo, para que no se enoje... ¡Bienaventurados todos los que en él confían!”! El Salterio y todo el Nuevo Testamento adquieren su significado gracias a este cántico. “Creo en Jesús, el Ungido, el unigénito Hijo de Dios...”

También el Salmo 89, que forma la conclusión del tercer Libro de *Salmos*, habla de la promesa a David, de la unción (vv. 20, 38) y de la relación padre-hijo (vv. 26, 27: primogénito). Pero ¡el tono es muy diferente! Pues es en primer lugar una lamentación, ya que parece que no se está cumpliendo aquella gran promesa de *2 Samuel 7*. El trono y la corona de David han sido echados a tierra por enemigos. El salmo no muestra la mentalidad de ‘mantener-la-cabeza-alta’. El compositor es Etán, ezraíta (*1 R. 4:31*), contemporáneo de Salomón. Es posible que bajo el reinado de su sucesor Roboam viviera el saqueo de Jerusalén que llevó a cabo el faraón Sisac (*1 R. 14:25*), que fue un castigo por los pecados de Judá. “¿Hasta cuando, oh Yahvé?, pregunta Etán, lamentándose. Es un clamor por la venida del verdadero Mesías que no rompe el pacto establecido, ni destruye las misericordias firmes juradas a David (*Is. 55:3; Sal. 89:49*). Cristo Jesús, que vino para llevar sobre sí el sufrimiento de la casa de David, es la

respuesta a este salmo: “Él reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (*Lc.1:33*).

De Yahvé el Señor es el librar de la muerte (*Sal. 68:20*)

En Jesucristo los salmos se vuelven transparentes. La realeza de Dios se hace visible; no hay nada de lo que Él no diga: ¡Mío es! Muchas veces se ha dicho que los salmos hablan solamente de salvaciones terrenales, de liberaciones de peligros mortales, pero que no dicen nada del futuro glorioso, o al menos, lo mencionan muy poco y de forma muy vaga.

Los que así opinan acerca de los salmos y también acerca de todo el Antiguo Testamento, parten de la idea que ésta vida es en realidad una vida aparente, que no nos aporta mucho. Dicen que la verdadera vida está por venir, y es de la que apenas se habla. Pero ¿de dónde viene el derecho a considerar esta vida como inferior? No me lo ha dado el Señor. Los salmos son una respuesta a la Palabra de Dios. No es el lenguaje de personas que están en el cielo, sino de hombres cuya existencia está llena de amenazas y golpes. Desde esa situación claman al Señor y en medio de esas circunstancias reciben respuesta. Y saben que el Señor cumplirá su Palabra y se hará cargo de ellos. Que nadie diga ahora: sí, pero en los salmos esto se muestra sólo en una salvación temporal. Así se vuelve a quitar importancia al asunto. Aquella salvación ‘en el tiempo’ era la prueba del cuidado del Señor para con su pueblo. Por eso es que la fe sencilla confía en que todo lo demás se arreglará también. Toda muerte y todos los enemigos serán derrotados por Yahvé, ante los ojos de los que son suyos.

Por cierto, hay salmos que se ocupan expresamente del ‘problema’ de la muerte, o mejor dicho, de la vida. El Salmo 49 medita en un canto sapiencial sobre el poder de la muerte que se lleva a todos por igual. También el rico e insensato cae víctima. Pero luego leemos:

Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol,
porque él me tomará consigo (*v. 15*).

El Salmo 73 se expresa de forma semejante. Asaf, en el santuario, se da cuenta de que la prosperidad de los impíos sólo es aparente. “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria...Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi

corazón y mi porción es Dios para siempre” (vv. 24, 26). No se dice aquí todo lo que el Nuevo Testamento expone, sino mucho más.

Cuando David declara que tiene la seguridad de que en la vida a este lado de la tumba, será guardado para ejercer su ministerio real (cf. *1 S. 25:29*), tanto Pedro en su predicación de Pentecostés (*Hch.2:25-28*) como Pablo en su discurso en la sinagoga de Antioquia (*Hch.13:35-37*), ven en ello una profecía de la victoria de Cristo sobre la muerte que todo lo engulle. “No dejarás mi alma (vida) en el Seol/Hades”. Jesucristo tiene las llaves de la fosa (*Ap. 1:18*). Las puertas del reino de la muerte no prevalecerán tampoco contra su Iglesia. Y Jesucristo hará aquello de lo que hablan los salmos continuamente: Él hará justicia a su Iglesia. Los salmos no se limitan a esta vida, sino que nos hacen cantar acerca de las promesas de Dios para esta vida y para la venidera. Y por eso precisamente nos ayudan a vivir la vida aquí y ahora, gracias a Cristo Jesús, y hablar maravillas de su salvación, ya presente:

Bendice, alma mía, a Yahvé,
y no olvides ninguno de sus beneficios.
Él es quien perdona todas tus iniquidades,
el que sana todas tus dolencias;
el que rescata del hoyo tu vida,
el que te corona de favores y misericordias (*Sal. 103:2-4*).

(1) También encontramos estribillos en los salmos *49:12 y 20; 56:4 y 10-11; 59:9-10 y 17; 62:1-2 y 5-6; 80:3, 7 y 19; 99:3b, 5 y 9; 107:8, 15, 21 y 31*.

PROVERBIOS

No es el ‘arte de vivir’, sino ¡sabiduría de lo alto!

Un proverbio (en hebreo: *meshal*) es un dicho que contiene entendimiento práctico de la vida. Se expresa por medio del mismo una verdad universal. En Indonesia

se dice: “El coco no cae lejos del cocotero”. Nosotros decimos: “De tal palo, tal astilla”. Ezequiel dice: “He aquí, todo el que usa de refranes te aplicará a ti el refrán que dice: Cual la madre, tal la hija” (*Ez. 16:44*).

A través de las excavaciones arqueológicas nos han llegado ejemplos de refranes egipcios y orientales. Muchos se han esforzado en señalar su parecido con los proverbios bíblicos. Un tal Amenemope dijo:

No desplaces los mojones de los campos,
y no cambies los postes de las plantaciones;
No codicies un codo de la tierra,
ni te apoderes de los linderos de la viuda.

En *Proverbios* leemos:

No traspases los linderos antiguos
que pusieron tus padres (*22:28*).
Yahvé asolará la casa de los soberbios;
pero afirmará la heredad de la viuda (*15:25*).

También los proverbios egipcios de Ankh Sheshonq-qy recuerdan al libro de *Proverbios*:

Mejor es vivir en la casa pequeña que te pertenece,
que en la casa grande de otro.
Mejor es una pequeña posesión reunida,
que una gran posesión esparcida.

La similitud formal no tiene por qué extrañarnos. *1 Reyes* 4:30 compara la sabiduría de Salomón con la de todos los sabios de Oriente y de toda la sabiduría de Egipto. “¿Dónde están ahora aquellos tus sabios?” pregunta Isaías al pueblo del Nilo (*Is. 19:12*), por tanto fue famoso por sus sabios. Y Jeremías pregunta a Edom: “¿No hay más sabiduría en Temán? ¿Se ha acabado el consejo en los sabios? ¿Se corrompió su sabiduría?” (*Jer. 49:7*). La sabiduría era un bien internacional (cf. *Jer. 50:35; 51:57*); en las cortes del Antiguo Oriente los maestros cultivaban la sabiduría práctica. Daban a los futuros funcionarios buenos consejos en forma de refranes. Al formarse la corte real en

Israel, apareció allí también la figura del sabio que reúne sabiduría (*hokhma*) y la enseña. Además de *Proverbios*, también *Eclesiastés*, *Job* y, p. ej., el Salmo 49 pertenecen a la literatura sapiencial.

Sin embargo, tenemos que ser conscientes de que aunque dos hagan lo mismo, esto no tiene por qué ser lo mismo. Cuando Ezequiel dice: “Cual la madre, tal la hija”, utiliza una verdad universal para caracterizar con ella un caso muy concreto en la Historia del Pacto: la rebelión del adúltero pueblo del pacto. Cuando *Proverbios* habla de traspasar los límites de la viuda, no se trata de derechos humanos en general, sino que se parte de los estatutos claros de la Ley del Señor (*Dt. 19:14; 27:17; cf. Job 24:2; Os. 5:10*). El Señor y su congregación son la base del libro de *Proverbios*; aquí habla la sabiduría del Redentor de Israel. Hallamos aquí sabiduría de lo alto (*Stg. 3:17*), que no se puede equiparar a una sabiduría humana y universal. El trasfondo de los refranes egipcios se constituye por las historias de los dioses, por la fábula; mientras que el Verbo, la Palabra de Dios forma el trasfondo de los proverbios bíblicos. Sí, en *Proverbios* se nos acerca la Sabiduría en Persona. El que habla en *Proverbios* es al fin y al cabo Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría (*1 Co. 1:30*). Él nos enseña, pobres necios que somos, a vivir esta vida ‘normal’ y tan variada, y nos hace sabios para la salvación. Si le dejamos hablar, sin escucharle, seguiremos siendo necios. “Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos” (*Lc. 7:35*).

El principio de la sabiduría es el temor de Yahvé – para el justo –

Podemos dividir *Proverbios* de la siguiente manera:

Cap. 1 – 9	Introducción;
10:1 – 22:16	Proverbios de Salomón (sobre todo 10 – 15 están llenos del contraste entre el justo y el impío);
22:17 – 24:34	Palabras de los sabios;
25:1 – 29:27	Palabras de Agur, hijo de Jaqué;
30:1-9	Palabras de Lemuel, rey de Massa, con las que le enseñó su madre;
30:10-31	Elogio de la mujer virtuosa, un canto alfabético.

En la Introducción, el maestro se dirige a su alumno y lo llama ‘hijo’. ¿No llamó Jesús a sus discípulos igualmente ‘hijitos’? En Oriente el maestro siempre es el ‘padre’ y el alumno, sentado a sus pies, es el ‘hijo’. También Pablo llamó a Timoteo su hijo (*I*

Co. 4:17; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1; comp. Tit. 1:4). No entramos en conflicto aquí con la negativa de Cristo de usar el nombre de ‘padre’ como título honorífico (*Mt. 23:9*), pues Pablo se refiere a su paternidad basada en su labor evangelística. A los Corintios dice: “No tendréis muchos padres, pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (*1 Co. 4:15*). Así también hay una relación entre el maestro y el alumno en *Proverbios*, determinada por la Palabra de Dios, la sabiduría de Dios, que se justifica por sus ‘hijos’. “Hijo mío, guarda mis razones...escríbelos en la tabla de tu corazón” (*7:1, 3; cf. Jer. 31:33*). ¡El trasfondo de *Proverbios* es formado por el lenguaje del Pacto de Dios!

Al continuar la lectura de la Introducción, se notará que el libro de los proverbios de Israel no habla de sabiduría ‘universal’, sino que se le extiende la mano al justo (p. ej. *3:33; 4:18; 11:10, 18, 19*), el hijo del Pacto, que quiere vivir en el temor de Yahvé. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. ‘Temor’ no se refiere a ‘miedo’, sino a respeto, a la obediencia de un niño; y no es el respeto a un Ser supremo indefinido que premia la ‘virtud’, sino a Yahvé, el Dios del Pacto con Israel, que quiere grabar el libro de su Pacto en la tabla de nuestros corazones. Además, ‘sabiduría’ no se refiere a un conocimiento puramente intelectual, sino a un conocimiento empírico de la vida (1).

Es recomendable fijarse en la cantidad de veces que aparece la palabra ‘camino’, ‘senda’ o ‘vereda’ en la Introducción. ¡Subráyelas, y lo verá! El camino de los malos (*4:14*) y las veredas de la mujer ajena (*7:25, 27*) tienen que ser evitados, puesto que llevan a la muerte. La inteligencia nos libra del mal camino, de aquellos que dejan los caminos derechos, para andar por sendas tenebrosas (*2:12, 13*). Los caminos de la sabiduría son deleitosos, ella es árbol de vida a los que de ella echan mano (*3:17, 18*). En el Nuevo Testamento, se llama a veces a la doctrina cristiana igualmente ‘el camino’ (*Hch. 9:2; 18:25, 26; 22:4; 24:14*). Sí, Cristo Jesús se llama a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida (*Jn. 14:6*).

Por eso es también Jesucristo el que habla en el libro de *Proverbios*, como el Verbo, la Sabiduría eterna de Dios. Él era en el principio con Dios. Cuando leemos *Juan 1*, lo tenemos que relacionar con lo que dice *Proverbios 8:23* acerca de la Sabiduría: “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra”. Jesucristo guía a los suyos por el camino de la vida, también a lo largo de *Proverbios*. La sabiduría prepara su banquete (*9:1 ss.*) y muestra a continuación los alimentos que ofrece. Por lo tanto, hay que elegir con el corazón:

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida (4:23).

Este texto se cita a menudo, y hay que ser cuidadoso con su explicación. No quiere decir que la vida, la existencia en su sentido bueno o malo, se determine por el corazón. ‘Vida’ no hay que entenderla aquí en su significado neutral de existencia, sino en su sentido pleno de vida salvada. El corazón que se deja regular por la sabiduría, es como una fuente, el origen de vida celestial. “Contigo está el manantial de la vida” (*Sal.* 36:9)...”el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (*Jn.* 4:14).

Proverbios, la vida cotidiana y las Diez Palabras del Pacto

La revelación del Señor no se produce en el vacío; no es tan ‘celestial’ que no tenga ninguna relación con la vida normal en la tierra. La Biblia no nos convierte en personas con la cabeza en las nubes, que encierran las Palabras de Dios en su corazón y no saben aplicarlas a las complicaciones propias de la vida de cada día. La Escritura rechaza la idea de que ‘el justo’ pudiera tener una vida ‘profana’ en la que pueda hacer lo que quisiera, mientras guarde un pequeño rincón para ‘la religión’. No, el Señor embarga la existencia entera, la vida del comercio y la industria, de la familia y el matrimonio, del gobierno y de los súbditos. En *Proverbios* se pasa revista a la vida con sus líos entre la gente. Según un orden muy variado se abordan todo tipo de temas prácticos, entrelazadas con ilustraciones muy acertadas, tomadas de la vida de la naturaleza o de las relaciones humanas.

Si los *Salmos* a veces se asocian con la música de Händel o Bach, leyendo *Proverbios* nos vienen a la mente los cuadros de Pieter Brueghel (s. XVI) y Jan Steen (s. XVII), que retrataron la vida diaria. Para nosotros, gentes del siglo XX, *Proverbios* es una cantidad enorme de afirmaciones en la que se cambia de tema constantemente. Por ello es bueno no olvidarse de la Introducción. El maestro quiere servir de guía para sus alumnos, que se ven amenazados por peligros de riquezas, fiestas ostentosas, cortesanas y las tentaciones de la vida de la corte que se está desarrollando en Israel. Los quiere educar en ‘el temor del Señor’, ponerlos en el camino de los justos, ¿De qué manera lo puede hacer, sino es atándoles a las Palabras del Pacto, los Diez Mandamientos, la Palabra de Dios?

Teniendo esto presente, empezamos a captar el significado de *Proverbios*. No se nos da una sabiduría general de la vida, sino que se confronta la vida cotidiana con la Palabra de Dios; las Diez Palabras se aplican al área de la realidad ordinaria de los hombres. Entendiendo esto, uno puede empezar a disfrutar de veras de *Proverbios*.

Fijémonos en aquellas descripciones sutiles y acertadas que encontramos en *Proverbios* 25:24; 24:30 ss. y en 23:29 ss. ¿Es posible hacer un cuadro más expresivo? La mujer rencillosa en una casa lujosa; el hombre perezoso durmiendo mientras la pobreza se apodera de él; el adicto al vino. Hay que digerir tranquilamente todas aquellas imágenes; muchos de los proverbios son un cuadro en sí; a menudo hay algo de humor y más de un acierto; y todo tiene muchísimo sentido:

Como el agua fría al alma sedienta,
así son las buenas nuevas de lejanas tierras.
Como fuente turbia y manantial corrompido,
es el justo que cae delante del impío.
Comer mucha miel no es bueno,
ni el buscar la propia gloria es gloria.
Como ciudad derribada y sin muro
es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda.
Como no conviene la nieve en verano, ni la lluvia en la siega,
así no conviene al necio la honra.
Como el gorrión en su vagar, y una golondrina en su vuelo,
así la maldición nunca vendrá sin causa.
El látigo para el caballo, el cabestro para el asno,
y la vara para la espalda del necio (25:25-26:3).

¡Más conciso imposible!

Se puede mostrar ahora, con un solo ejemplo, cómo *Proverbios* da una ilustración magnífica del propósito de los Diez Mandamientos. Haría bien el lector en leer alguna vez todo el libro de *Proverbios* desde este punto de vista, e indicar con números a cuál de los mandamientos se refiere un proverbio determinado.

El quinto mandamiento

Corrige a tu hijo, y te dará descanso,
y dará alegría a tu alma (29:17).

La vara y la corrección dan sabiduría;
mas el muchacho consentido avergonzará a su madre (29:15).
Al que maldice a su padre o a su madre,
se le apagará su lámpara en oscuridad tenebrosa (20:20).
Teme a Yahvé, hijo mío, y al rey (comp. 1 P. 2:17);
no te entremetas con los veleidosos;
porque su quebrantamiento vendrá de repente;
y el quebrantamiento de ambos, ¿quién lo comprende? (24:21-23).

Puesto que los proverbios se emplearon sobre todo en la educación de funcionarios del reino y del palacio, leemos también amonestaciones como la siguiente (25:6, 7):

No te alabes delante del rey,
ni estés en el lugar de los grandes (comp. Mt. 20:20 ss.; Lc. 22:24 ss.);
porque mejor es que se te diga: Sube acá,
y no que seas humillado delante del príncipe
a quien han mirado tus ojos (cf. Lc. 14:7 ss.).

El sexto mandamiento

Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan,
y si tuviere sed, dale de beber agua;
porque ascuas amontonarás sobre su cabeza,
y Yahvé te lo pagará (25:21).

Este versículo necesita de una breve aclaración. Lo primero que podemos observar es que no sólo el Nuevo Testamento manda mostrar misericordia; ahí se transmite únicamente una antigua ley. Compárese esto además con lo dispuesto en *Éxodo* 23 y no se olvide de cómo Eliseo dio de comer a los sirios cegados (2 R. 6:22, 23). Cristo enseña en el Sermón del Monte que hay que amar a los enemigos (Mt. 5:44) y Pablo cita en *Romanos* 12:20 el texto de *Proverbios* arriba mencionado. Por cierto, la expresión: “amontonar ascuas de fuego sobre la cabeza de alguien” se ha convertido, lo mismo que muchos otros textos de *Proverbios*, en un refrán en lengua neerlandesa (2). Por otra parte, esta expresión es difícil de explicar. Quizás hace alusión a una práctica de tortura; el enemigo que recibe un buen trato, tendrá remordimientos.

Si fueres flojo en el día de trabajo,
tu fuerza será reducida.
Libra a los que son llevados a la muerte;
salva a los que están en peligro de muerte.
Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos,
¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones?
El que mira por tu alma, él lo conocerá,
y dará al hombre según sus obras (24:10-12).

El séptimo mandamiento

Proverbios elogia a la mujer virtuosa (31:10-31): una mujer que teme al Señor, ésa será alabada; la gracia es engañosa, vana es la belleza. Aunque esto no quiere decir que *Proverbios* no valora la relación entre los sexos, al contrario:

Sea bendito tu manantial,
y alégrate con la mujer de tu juventud,
Como cierva amada y graciosa gacela.
Sus caricias te satisfagan en todo tiempo,
y en su amor recreáte siempre (5:18, 19).

Esto es un lenguaje clarísimo, que subraya también la obligación de amar por parte de la mujer. La Biblia no desecha lo natural, ¿Acaso no lo ha creado el Señor? En este siglo, en el que se vive sin restricción ninguna, es bueno no perder de vista el aprecio a la vida que encontramos en la Biblia. De la vida se puede disfrutar, ¡atención: gozar!, con la mujer que uno ama (*Ec.* 9:9). No obstante, junto a la estima a la vida hay también un orden en la vida. Y *Proverbios* lo señala también (véase p. ej. *cap.* 5; 6:20-7:27). El sexo y servir al Señor tienen que ir juntos. Por lo tanto, una futura esposa hay que buscarla y elegirla; no cualquier mujer, aunque pertenezca al pueblo del pacto, es aceptable. Cierto, puede ser guapa, encantadora y simpática:

La mujer agraciada tendrá honra,
y los fuertes tendrán riquezas (11:16).

Pero el encanto tiene que estar basado en nobleza de espíritu. Pues:

Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo
es la mujer hermosa y apartada de razón (11:22).

Por tanto:

El que halla esposa halla el bien,
y alcanza la benevolencia de Yahvé (18:22).
La casa y las riquezas son herencia de los padres;
mas de Yahvé la mujer prudente (19:14).

El noveno mandamiento

Se nos habla aquí del pecado de la lengua, con sus disputas y riñas. ¡Qué tesoro de palabras sabias hay acumulado en *Proverbios*! Todavía se excitan fácilmente los ánimos, el hombre sigue sin saber cuándo tiene que callarse o cuándo hablar. ¡Y cuántos los desastres que por ello vienen sobre él y su entorno! Está claro que contenerse tiene un efecto muy positivo. Todavía sigue habiendo gente que cree que siempre tiene que luchar hasta el final, ‘defender sus derechos’, pues Dios es un Dios de justicia... Sin embargo, si uno lee *Proverbios*, ve otra perspectiva. Ya que en él se recomiendan paciencia y tolerancia:

El que ahorra sus palabras tiene sabiduría;
de espíritu prudente es el hombre entendido.
Aún el necio, cuando calla, es contado por sabio;
el que cierra sus labios es entendido (17:27, 28).
Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte;
y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad (16:32).

Hay que tener mucho miedo de las disputas, puesto que:

El que cubre la falta busca amistad;
mas el que la divulga, aparta al amigo (17:9).
El odio despierta rencillas;
pero el amor cubrirá todas las faltas (10:12; cf. 1 Co. 13:5).
El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas;

deja, pues, la contienda, antes que se enrede (17:14).
El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno
es como el que toma al perro por las orejas (26:17).
Sin leña se apaga el fuego,
y donde no hay chismoso, cesa la contienda.
El carbón para brasas, y la leña para el fuego;
y el hombre rencilloso para encender contienda (26:20, 21).

Si todo esto se tuviera presente, no habría tantas peleas, tampoco en la Iglesia – sobre todo no ahí –. En *1 Corintios* 13, Pablo canta un cántico parecido:

El amor es sufrido,
es benigno,...
no se irrita,
no guarda rencor,...
todo lo sufre... (cf. *Pr. 11:13*).

Por supuesto, habrá momentos en que hay que hablar claro.

El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia
que el que lisonjea con la lengua (28:23).
Mejor es reprensión manifiesta
que amor oculto.
Fieles son las heridas del que ama;
pero importunos los besos del que aborrece (27:5, 6).

Sí, la sinceridad es algo necesario en las relaciones mutuas (véase 26:22 *ss.*). Nada de calumnias, pero tampoco nada de lisonjas. Una y otra vez se critica la figura del falso testigo (12:17, 19, 22; 14:5, 25; 19:5, 9). Los jueces no deben dejarse sobornar (21:14; 18:16). Tenemos que ser fiables, eso es: proteger la vida y el honor de otros. Ser fidedignos puede implicar que nos callemos en beneficio del prójimo, pues “el chismoso descubre el secreto” (11:13). La fiabilidad requiere que cuando uno habla, reine la sinceridad.

El que en integridad camina será salvo;

mas el de perversos caminos caerá en alguno (28:18).

Proverbios numéricos

Seguramente el lector ya se ha dado cuenta de que *Proverbios* tiene la misma forma literaria que *Salmos*; cada vez dos frases, y la segunda repite, desarrolla o contrasta con la idea expresada en la primera frase.

Una forma estilística especial encontramos en los proverbios numéricos, que aparecen en los capítulos 16 y 30. En ellos se mencionan ciertas cosas notables, encabezadas por un número, a veces seguido directamente por el número consecutivo. Esto nos hace estar muy atentos.

Seis cosas aborrece Yahvé,
y aun siete abomina su alma:
los ojos altivos, la lengua mentirosa,
las manos derramadoras de sangre inocente,
el corazón que maquina pensamientos inicuos,
los pies presurosos para correr al mal,
el testigo falso que habla mentiras,
y el que siembra discordia entre hermanos (16:16-19).

¡Qué riqueza del contenido de la revelación la que nos ofrece la Escritura! ¡Qué crítica tan mordaz de la sociedad, a menudo corrompida! Pero también, cuánta riqueza de formas hallamos en la Biblia; nunca nos cansaremos de contemplarla. Por lo tanto, aquí viene otro ejemplo de un proverbio numérico:

Cuatro cosas son de las más pequeñas de la tierra,
y las mismas son más sabias que los sabios:
las hormigas, pueblo no fuerte,
y en verano preparan su comida;
los conejos, pueblo nada esforzado,
y ponen su casa en la piedra;
las langostas, que no tienen rey,
y salen todas por cuadrillas;
la araña (3) que atrapas con la mano,
y está en palacios de rey (30:24-28).

Pero ¿qué es lo que nos aporta, como cristianos reformados, si no queremos disfrutar solamente de la belleza del proverbio numérico? Un poco de realismo nos ayudará al exponerlo. ¿No reza así el dicho popular: más vale maña que fuerza? Pues bien, aquí no se trata de astucia, sino de sabiduría, un entendimiento basado en la Escritura y saber usar los medios que el Señor provee. Eso es lo que hacen estos animales; y las palabras de Agur (4) nos animan a hacer lo mismo. La iglesia de Pentecostés, que es débil, puede ser poderosa; aunque no puede preciarse de una organización impresionante, sin embargo, se extiende por toda la tierra. No somos llamados a tener la cabeza en las nubes, sino a estar en medio de la vida y aprovechar las oportunidades que Dios nos da. Eso es lo que significa ser sabio. Y el libro maravilloso de *Proverbios* nos quiere educar en esa sabiduría práctica. Así que, perseveremos en la lectura de este libro de las Escrituras, el cual nos hace sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Pues estas palabras de la Escritura, inspiradas por Dios, son útiles para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia,

a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Ti. 3:15, 16).

Preparado para toda buena obra

Hacia eso es donde nos quiere llevar *Proverbios*, para que vivamos como sabios y no como necios. Y ya vimos que *Proverbios* lo hace de una manera muy propia.

Mientras que los profetas siempre hablan partiendo de una situación determinada, vemos que en *Proverbios* el maestro profundiza en aquello que tiene una validez general. El profeta se refiere al suceso concreto, mientras que el sabio formula las reglas duraderas para la vida del hombre; se transmite experiencia como fruto de una larga observación. Así se enseña justicia al pueblo del pacto y particularmente a los más jóvenes.

Aunque no se habla apenas del culto religioso (5), hay que tener en cuenta que el pueblo al que *Proverbios* iba dirigido era el pueblo de Israel, el pueblo de las peregrinaciones al templo y de los sacrificios en el santuario. Precisamente en Jerusalén, en el templo, se enseñaba a la iglesia en toda la verdad. No se puede separar la Ley, la Torá, la doctrina, del libro de *Proverbios*. El conocimiento de la miseria, impartido por *Proverbios* al iluminar los Diez Mandamientos, llevaba a su vez a buscar la propiciación

en el santuario. Y por mucho que el maestro de sabiduría se diferencia del profeta en su forma de actuar y método de enseñanza, no enseña un ‘camino’ diferente al del profeta: ¡el camino de la vida! Lo mismo que las palabras proféticas, los proverbios llaman a ser justos, y fieles al pacto. Junto al profeta y el sacerdote, el maestro tiene un lugar en medio del pueblo del pacto; él educa sobre todo a los jóvenes “en toda buena obra”. El hombre, rehén de sus propios actos, se ve enfrentado con el juicio de Dios y también con su propia responsabilidad. Al joven no le hacen creer en un mundo idílico, sino que le muestran la vida real, a fin de que luego pueda encontrar su camino en el caótico mundo. La Sabiduría clama en voz alta en la calle: “Hijo mío, si recibieras mis palabras,... entonces entenderás justicia y juicio” (1:20; 2:1, 9).

Aquí no se trata de sermones, ni tampoco de la moral.

La Sabiduría enseña a conocer la vida, enseña a distinguir el camino de salvación. La Sabiduría ha sido dada por el Redentor de Israel para liberar la vida. “Ahora, pues, hijos, oídme, y bienaventurados los que guardan mis caminos” (8:32). ¿No es la Iglesia de Pentecostés en su totalidad, como la aristocracia de la corte, llamada a montar guardia en las puertas del palacio de la Suprema Sabiduría?

(1) En 1559 se abrió el Seminario (*Collège*) en Ginebra, gracias a la iniciativa de Calvino. Los rosetones de las bóvedas de crucería, sustentadas por las columnas de la entrada, llevan fragmentos de los siguientes versículos: *Pr. 9:1* (en francés); *Pr. 5:1* (en hebreo); *Pr. 1:7* (en hebreo); *1 Co. 1:30* (en griego); *Stg. 3:17* (en alemán). El hecho de que, en una época en la que se imponían tan altas exigencias al conocimiento intelectual, precisamente éstas palabras adornaban la entrada de este centro de enseñanza, el cual ha influido tanto en la Reforma en Europa, muestra que Calvino sabía distinguir entre ‘sabiduría’ y ‘sabiduría’. El humanismo hace reinar la razón, la inteligencia, sobre la Escritura; la Reforma pone la sabiduría de la Escritura por encima del razonamiento intelectual.

(2) Algunos ejemplos de refranes castellanos que expresan lo que dice *Proverbios*: Cada cual siente sus duelos y pocos los ajenos (14:10). La avaricia rompe el saco (15:27). Antes poco y honrado que mucho y robado (16:8). A canas honradas, no hay puertas cerradas (16:31). El hombre propone, Dios dispone (16:33). Al hombre limosnero, Dios es dispensero (19:17). Los que por bien tornan mal, su pago tendrán (17:13). Lo que pienses comprar, no lo has de alabar (20:14). Lo que entra con la faja, sale con la mortaja/Lo que aprenden babas no lo olvidan barbas (22:6). A buen hambre, no hay pan duro (27:7). Humo y gotera y mujer parlera, echan al hombre de su casa fuera (27:15).

(3) Otras traducciones rinden: lagartija.

(4) Acerca de Agur no se sabe nada más. ¿Era un edomita?

(5) Las referencias ‘sacerdotales’ no están ausentes del todo en *Proverbios*; encontramos una recomendación a ofrecer las primicias (3:9 y 10); una prevención en contra de sacrificios automáticos (sin arrepentimiento y conversión) (15:8; 21:3, 27); lo mismo en contra de sacrificios malintencionados 21:27b; y una advertencia de no hacer votos sin reflexionar (20:25).

ECLESIASTÉS

Yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén

Anteriormente, se solía identificar la figura de Eclesiastés (o el Predicador) con Salomón. Sin embargo, Eclesiastés habla de “todos (plural) los que reinaron antes de él en Jerusalén”. Si él fuera Salomón, el hijo de David, sólo podría hacer referencia a un único predecesor de su casa, pues seguro que los reyes jebusitas no cuentan aquí. El nombre de Salomón no aparece por ningún lado en todo su escrito y la descripción de las situaciones hace pensar en un tiempo mucho más tardío. *Eclesiastés* 5:8 habla de “opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia en la provincia”, o sea, en la región; “sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos”. Esto hace pensar en una época en que Jerusalén y alrededores era una región, una provincia de una potencia extranjera, p. ej. de Persia. Entonces, Eclesiastés (el Predicador), como hijo de la casa davídica, fue gobernador en Jerusalén en nombre de aquel imperio. También Zorobabel, que era descendiente de David, ocupó una posición semejante. Por lo tanto, no hay ninguna necesidad de atribuirle a Eclesiastés el ‘papel’ de un Salomón fatigado, que hubiera ‘interpretado’ en su libro, sino que podemos aceptar sus palabras sin más.

Su tiempo era una época de depresión nacional. La ocupación por una fuerza extranjera (persa o griega/siria) provocaba dudas acerca del llamado mesiánico en los intelectuales y la generación joven. ¿Qué pensar del gobierno universal de Dios, cuando no se estaban cumpliendo sus promesas referentes al ‘siglo futuro’ (*Ec.* 3:11) y la venida del Mesías se estaba demorando? ¿Cómo reaccionar al ver las tiránicas injusticias? ¿Cómo comportarse en el día a día frente al ocupador? ¿Tenían que

someterse, o podían rebelarse? ¿Podían participar en movimientos revolucionarios, había que vengar toda injusticia? Y además, cuando la ausencia del amanecer mesiánico suscitaba la duda existencial y cuando la experiencia mostraba el éxito de los vividores y el nuevo orden, les apremiaba esta pregunta: ¿Todavía tenía sentido servir a Dios? ¿Cómo había que vivir? ¿Hacer caso a la doctrina de: comamos y bebamos, porque mañana moriremos? ¿Consumirse en pasividad en vista de la miseria nacional, social y moral? ¿O había un camino mejor?

Eclesiastés se ha convertido a veces en el resultado de un diálogo, un fórum, la publicación de un grupo de trabajo. Aparte del hecho de que no hay ninguna razón para dudar de un único autor, también hay que tener en cuenta que en la Biblia no encontramos comillas para indicar una cita, pero que muchas veces se citan ideas que el autor impugna, y que pueden ser suyas o de otros. No encontramos aquí el informe de una tertulia religiosa, sino la Palabra de Dios de boca de un gobernador retirado, un maestro de sabiduría y escriba, que reflexiona sobre los problemas de su tiempo, las quejas sobre el ciclo eterno, lo antiguo y lo torcido. Probablemente 300 años antes del nacimiento de Aquél que subió al trono de David, hay aquí un descendiente de David, del linaje de Natán, que nos habla a través de un testamento regio, ayudándonos también a nosotros por medio del Espíritu de Cristo a avanzar en medio de un mundo enloquecido.

¿Tiene sentido la vida?

Nuestro propio siglo también medita en el propósito de la existencia; concretamente desde el siglo XX, en el que ya reinaba el miedo del futuro y dos guerras mundiales, se demostró la derrota de toda buena voluntad. Es curioso que tanto pensadores como poetas lleguen a un mismo resultado en su reflexión. Constatan que: nuestra vida está limitada inexorablemente por la muerte; que toda existencia es una realidad trágica que desemboca en un fracaso, un naufragio. El hombre no tiene nada mejor que hacer que aceptar esta noche-sin-amanecer como un héroe. Ha sido arrojado a esta vida hasta la muerte y se asoma heroicamente al abismo.

Esa percepción de la vida se expresa a veces con resignación, aunque saber que la vida es infructuosa también puede llevar a encabritarse; la angustia existencial se expresa con agobio. Algo se percibe de una caída del hombre. Pero no se llega más allá. La literatura moderna nos habla de un pez, pescado hace unos días por un viejo, y que finalmente es devorado por los tiburones (Hemingway). Esto no es un relato sin más, es

una queja sobre la vida. O se nos cuenta de una perla, encontrada por un indio y que trae una gran desgracia (Steinbeck). Detrás de eso hay una ideología, o si se quiere, una ‘profecía’. El hombre puede pensar que ha encontrado una perla de gran valor, pero el fin de todo es aflicción y dolor. El indio, que promete a su hijo recién nacido un gran futuro gracias a la perla, tiene que huir de unos bandidos que quieren robársela. Y al final su hijo muere por un disparo al azar de uno de sus perseguidores. Al fin y al cabo, al hombre no le queda más que su caída...

Y cuando las cosas son así, hay muchos que ya no se contentan con la resignación. Vivir esta vida maldita heroicamente significa sumergirse en una libertad desquiciada, apurar la existencia, desahogarse en sus impulsos y pasiones.

Y consideremos ahora *Eclesiastés*. ¿No tiene este libro muchísimo en común con la filosofía de la vida de nuestros días? ¿Acaso no comparte *Eclesiastés* la visión de Heidegger (1), que todo es un ‘existir hasta la muerte’ (*Dasein zum Toden*)? ¿No reconoce, igual que Jaspers (2), que nuestro estar-en-el-mundo tiene que acabar ineludiblemente en un naufragio? ¿Acaso no comienza *Eclesiastés* con quejarse de lo infructuoso de toda existencia, de la vanidad? ¿El hombre en general acaso no es caracterizado por Abel, el primer hombre que murió? Abel significa en hebreo: soplo, hálito, vanidad. *Habel habalim*, “vanidad de vanidades”, dice *Eclesiastés*, “todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?” ¿No nos acercamos aquí peligrosamente al hastío de la vida que expresó Sartre? (3).

Vuelta a... Génesis 1-4

Lo admito: la primera impresión que da el libro de *Eclesiastés*, es que no parece encajar bien en la Biblia. ¿No se enseña en él una sabiduría que podemos escuchar también de parte del ‘mundo’? ¿Es el Predicador quien predica en realidad? ¿Suena la Palabra de Dios a través de él, o es solamente la experiencia la que nos habla? ¿Acaso no echamos en falta la piedad, la confianza en el Señor, que por ejemplo sí encontramos continuamente en los salmos? ¿Podríamos calificar su libro realmente de edificante, constructivo, puesto que somete la vida a una crítica tan mordaz y se expresa con tonos tan oscuros?

En cuanto vayamos conociendo mejor este extraño libro, escucharemos una predicación clara, a saber: la exposición de lo que el *Catecismo de Heidelberg* llama miseria. El Predicador no describe simplemente lo que la experiencia le ha mostrado de

la vanidad, corrupción y futilidad. No, él contempla la realidad a la luz de la revelación de Dios. Eclesiastés conoce *Génesis 1-4*, sabe de la Creación de Dios y de la caída voluntaria del hombre:

He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones (7:29).

Todo lo hizo hermoso en su tiempo (3:11).

¿No es un eco del júbilo del paraíso: “Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”?

Pero el hombre lo ha estropeado todo y está bajo la maldición del paraíso. Polvo es, y al polvo volverá. Con el sudor de su rostro comerá el pan. La adversidad, el afanarse ponen su sello sobre su existencia maldita. Y todo esto encuentra un eco en las palabras de Eclesiastés:

Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; y nada tiene de su trabajo para llevar en su mano.

Este también es un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano?

Además de esto, todos los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho afán y dolor y miseria (5:15-17).

Eclesiastés no se queda parado en la parte sobre la miseria.

Él sabe que hay un juicio final (11:9; 12:14; 8:8; cf. Ro. 2:16; 1 Co. 4:5; 2 Co. 5:10) y por lo tanto también sabe que hay promesas para los justos. El hombre no puede penetrar en todo; le falta la sabiduría. Pero, sin embargo, puede aceptar la vida, acordándose de su Creador. A pesar de toda la miseria que hay bajo el sol: “ciertamente la luz es suave y es agradable a los ojos ver el sol” (11:7). “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (9:10). El Predicador anima a servir a Dios. ¡Servirle no es vanidad!

Ahora, a la luz del Nuevo Testamento, su mensaje suena más claro aún. Pues en Cristo ha llegado algo nuevo a la tierra. El ciclo angustioso ha sido roto, los suspiros pueden ser suspiros en esperanza. Ya que el trabajo, el esfuerzo y el afán de la Iglesia no es en vano, en Cristo el Señor (1 Co. 15:58). Y el gemir de toda la creación, sometida a la vanidad, indica dolores de parto, no de agonía. La creación aguarda con

un anhelo ardiente la manifestación de los hijos de Dios. Y, aunque la experiencia dice todavía: ¡vanidad de vanidades!, la fe da testimonio de la esperanza que no avergüenza (Ro. 8:19 ss.).

Entre la Creación y el Juicio, mantenemos la era mesiánica a la vista gracias a la fe y no a la experiencia.

Después de que en 1:2 se ha enunciado el tema, que se repite una vez más al final del libro (12:8), sigue una elaboración más detallada de mismo. Fiándose de la experiencia, el hombre tiene que sacar la conclusión de que la vida es un ciclo cansino. No hay nada nuevo bajo el sol. Todos los ríos van al mar, y el mar no se llena. ¿Cómo se puede alcanzar lo nuevo, la felicidad? ¿Por el camino de la sabiduría? (1:12-18). ¿Por el camino de los disfrutes más refinados? (2:1-11). No, pues todo ello resultó ser vanidad y aflicción de espíritu. Sabios y necios, todos sufren el mismo destino. Uno podría llegar a sumirse en la desesperación. (2:20).

Pero no, Eclesiastés no llega a tanto porque señala que es Dios quien ha dispuesto todo de aquella manera. “No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo” (2:24; 3:12). Todo esto es de la mano de Dios (2:24-26; 3:11 ss.).

Dios da la vida como un don; Él establece para cada cosa su hora y su tiempo. Dios restaura lo que pasó; Él crea aquel ciclo angustioso de emerger, brillar y desaparecer. Y ¿por qué? Pues, para que el hombre tema delante de Él (3:14). El hombre tiene que darse cuenta de su insignificancia y miseria, de su dependencia del Dios soberano. El anhelo por la era venidera, mesiánica, ha sido puesto en el corazón del hombre (3:11). El hombre siente la necesidad de descubrirlo todo, pero no puede hacerlo; sólo le queda reconocer la soberanía de Dios y su propio llamado a temer al Señor.

El Predicador sigue escudriñando más allá: ¿se divisa algún rayo de luz mesiánico, un nuevo orden mundial? Pues no, precisamente allí donde se impartía justicia en la casa de David, reina la injusticia. Es verdad que Dios juzgará, pero aún no se ve el juicio final. De esa manera Dios prueba a los hombres; su destino en la vida es el mismo, mueren como los animales y vuelven al polvo. Que después de morir el espíritu del hombre sube arriba a Dios, quien lo dio, eso es imperceptible. Así que el hombre no puede sacar ningún consuelo de su experiencia; ha de vivir el presente en una dependencia total y con gratitud (3:16-22).

Injusticia, avaricia (4:1-12), el favor poco seguro del pueblo (4:13-16): ¡cuán vana es la vida! Y ¡miremos la supuesta vida espiritual! Echemos un vistazo en el templo. Cómo se cansan ellos mismos y cansan al Señor con sacrificios necios. Cómo intentan enganchar a Dios a su carro con promesas, que a menudo resultan ser palabras vacías. Dios no se complace en absoluto en palabrería vana; la obediencia es mejor que los sacrificios. El hombre no puede construir su vida con una abundancia de palabras (4:17-5:7).

Y luego: las riquezas. El que no ve la vida como un don de Dios, es más pobre que una rata (5:18, 19). ¿Qué puede hacer el rico necio? ¿No dice el Salmo 49 que el hombre no puede pagar rescate por su vida? ¿Quién puede contender con Aquel que es más poderoso que él? Sin querer me viene aquí (6:10) a la mente la historia de Job. ¿Qué puede hacer un hombre con riquezas y poder frente al Dios soberano?

Temed a Dios. Honrad al rey (1 P. 2:17).

Es difícil encontrar una línea coherente en lo que sigue; parecen ser proverbios sueltos. Pero si tengamos presente que Eclesiastés hablaba desde la perspectiva de la situación política, social y cultural de sus días, veremos la relación entre ellos. Aprovechados y colaboracionistas se fijan en beneficios temporales. No obstante, también la vida presuntuosa del aprovechado conoce sus límites en la muerte – el juicio viene después –. Mejor es ser pacientes (7:8, 9) y no quejarse demasiado de los malos tiempos, comparándolos con los buenos tiempos de antaño (7:10). La conocida expresión: “No seas demasiado justo”, encuentra aquí su contexto: el juicio es de Dios, y el hombre no debe pensar que él, en su fervor por hacer justicia, puede corregir todos los caminos. Sin embargo, tampoco debe dejarse guiar por el oportunismo: “No hagas mucho mal”. Cuando el amor de muchos se enfría por haberse multiplicado la maldad, el hombre tiene que aferrarse a las normas establecidas (7:17). Al tirano, al gobernante, al rey se debe obediencia. Eclesiastés nos hace recordar una y otra vez las palabras de Cristo, por ejemplo cuando habla de las riquezas y al recomendar ser sufrido de espíritu, y también aquí: dad al César, lo que es del César. Esto va acompañado de un argumento, fijando la atención en la palabra del juramento de Dios (8:2). La verdadera sabiduría no es revolucionaria. También el monarca de aquel tiempo, que no era israelita, gobernaba por la gracia de Dios.

Al hombre oriental le gusta la repetición. Con ella causa un cierto efecto de clímax. Lo mismo pasa aquí. Se tratan diferentes temas. Se señala lo inescrutable del

gobierno de Dios. Como el juicio se hace esperar, muchos aprovechan la oportunidad para vivir como quieren. El Predicador lo sabe mejor: al que teme a Dios, a este le irá bien. En cambio, con los impíos ocurrirá lo contrario (8:12, 13). No obstante, nada de esto se ve; en apariencia se produce una igualdad; un mismo suceso ocurre al justo y al impío (9:1 ss.). Y se desprecia a la sabiduría. Lo ilustra la historia del hombre pobre y sabio, que salvó a una ciudad sitiada, y después nadie se acordaba de él. Un poco de insensatez tiene más influencia que la sabiduría. Así es en el mundo (9:13-10:3). Echemos si no un vistazo entre bastidores; fijémonos en la política y el aparato gubernamental, al cual no le importa la gente, y donde constantemente prima la arrogancia. Pero las paredes oyen; y también un gobierno malo tiene que ser respetado (10:4-20).

Todo ha sido hecho nuevo: ¡acuérdate de vivir!

Entonces, ¿cuál es el propósito que tiene el hombre? ¿Dejarse abrumar por la injusticia? ¿Intentar descubrir cuál es la ‘obra de Dios’? En absoluto. Hay que dejar de preocuparse por lo que pueda pasar; basta a cada día su propio mal (Mt. 6:34). Que no reine la desidia; pero tampoco se debe querer desenmarañar todo. Hay que aceptar la vida, trabajar resueltamente. ¡No hay que desesperarse! El que sólo observa al viento, no sembrará; y el que mira continuamente a las nubes, no segará. ¡Disfrutemos de los dones de Dios en el matrimonio, la cultura y el trabajo! (9:7 ss.; 11:1 ss.). Eclesiastés predica la aceptación de la vida en un mundo lleno de dolor. Y se fija en los dos polos de la existencia humana: su origen y futuro. El hombre tiene que acordarse de su Creador, que lo ha hecho. Y además, tiene que saber que el Creador es el Juez. ¡No nos dejemos confundir por nuevos libros filosóficos! “El fin de todo discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (12:13, 14). ¡Que la juventud, la esperanza de la Iglesia, se atenga a esta regla!; y así las palabras acerca de la vanidad de la vida significarán ganancia, ya que trabajarán mientras sea de día. Hay una sola oportunidad; esto se aplica a la dádiva de Dios, el don de la vida, que por lo tanto es una tarea para nosotros.

Eclesiastés acaba con una bella alegoría, en la que el cuerpo es comparado con una casa que está en proceso de deterioro. Y pensamos aquí en lo que dice Pablo: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Co.

5:1). En Cristo, nuestra vida, nuestra existencia y nuestro cuerpo no son vanos. En Él, la repetición de “vanidad de vanidades” no es la conclusión; he aquí, ¡todo es hecho nuevo! Por lo tanto, *Eclesiastés*, como un testamento regio, llama a aceptar la vida. Se ha convertido en un testamento del Gran Rey Jesucristo, Hijo de David. El miedo existencial y el desprecio a la existencia se han vencido; las normas no se consumen por las dudas acerca del sentido de la vida; no hay lugar para la resignación, ni tampoco para una vida desenfadada; la juventud sin freno se ve condicionada por los mandamientos beneficiosos de Dios.

Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.

Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad.

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento;

antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia;

cuando temblarán los guardas de la casa,

y se encorvarán los hombres fuertes,

y cesarán las muelas porque han disminuido,

y se oscurecerán los que miran por las ventanas;

y las puertas de afuera se cerrarán,

por lo bajo del ruido de la muela;

cuando se levantará a la voz del ave,

y todas las hijas del canto serán abatidas;

cuando también temerán de lo que es alto,

y habrá terrores en el camino;

 y florecerá el almendro,

 y la langosta será una carga,

 y se perderá el apetito;

porque el hombre va a su morada eterna,

y los endechadores andarán alrededor por las calles;

 antes que la cadena de plata se quiebre,

 y se rompa el cuenco de oro,

 y el cántaro se quiebre junto a la fuente,

y la rueda sea rota sobre el pozo;
y el polvo vuelva a la tierra, como era,
y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.

Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vanidad.

El mensaje de *Eclesiastés* responde a las preguntas de nuestro tiempo que expresan un cansancio de la vida. A la juventud se la exhorta a construir en el tiempo de la primavera, a la luz del día venidero de Aquel que es Creador, Juez, y también Redentor. Jacobus Revius (4) escribió una vez este poema:

Los hijos de Dios tienen que caminar por el mundo siempre
De tal manera que no se apeguen a lo que hay aquí abajo:
 Como una bola que rueda por una pista llana
 Y la roza levemente, en un punto solo.

Lo tituló: “Caminata celestial”. No obstante, en este poema no transmitió la predicación de *Eclesiastés*, pues, aunque la Palabra de Dios sí exige que nos dejemos gobernar desde el cielo (*Fil. 3:20*), no es verdad que podamos probar sólo un poquito de lo que Dios nos da. El Predicador da el consejo, repetido hasta siete veces como un estribillo, de alegrarse, de disfrutar de la vida con la mujer amada, de seguir el deseo del corazón (*2:24-26; 3:12-15; 3:22; 5:18-20; 8:15; 9:7-10; 11:7-9*). No dice que hay que darse buena vida, ya que tenemos que acordarnos del Creador-Juez. Pero tampoco predica la resignación desilusionada y una vida apartada del mundo, que apenas roza la más pequeña superficie, un puntito, de lo que es la vida, pues podemos vivir de las promesas de Dios. Este es el mensaje tenemos que transmitir a un mundo lleno de rebelión y duda. En Cristo ha venido algo nuevo bajo el sol.

(1) Martin Heidegger, filósofo alemán (1889-1976)

(2) Karl Theodor Jaspers, filósofo alemán (1883-1969)

(3) Jean-Paul Sartre, filósofo y escritor francés (1905-1980)

(4) Revius, poeta protestante (1586-1658), estudió teología en Leiden, Holanda. Colaboró en la revisión de la famosa traducción de la Biblia *Statenvertaling*.

CANTAR DE LOS CANTARES

No hay que separar lo ‘natural’, ni tampoco el sexo, de la gracia

El título de este libro o rollo en hebreo es: *shir hashirim*, el Cantar de los Cantares; esto quiere decir: el Cantar más sublime, el más hermoso.

Este cántico trata de lo más bello que Dios ha dado en su creación: la unión de dos personas en el amor conyugal. “Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado” (1 Ti. 4:4, 5). También en esto el pecado ha dejado su huella destructiva; precisamente la vida sexual amenaza con convertirse en foco de apostasía. Pero no por eso podemos cortar con eso. No debemos desertar, como quisieron hacer los discípulos un día (Mt. 19:10). Sólo debemos quitar el pecado, que nos acecha una y otra vez. Precisamente dentro del círculo del Pacto, el Señor, en su amor misericordioso y su gracia, nos da la vida amorosa, el florecimiento de esta parte pura de la creación.

Los griegos intentaron imponer su filosofía al mundo occidental. El cuerpo mismo sería la causa de la miseria. El alma era un lindo pajarito en una jaula fea. Este pensamiento ha infiltrado continuamente el mundo cristiano. Pensemos en la vida monacal y ascética, prácticas que se dieron en la Iglesia cristiana casi desde los comienzos. ¿No decidió un hombre como san Agustín, al convertirse en Milán, vivir en abstinencia tal como el ermitaño san Antonio?

Teorías dualistas, que penetraron en la vida de la Iglesia, han dado raíz a la idea de que las relaciones sexuales en realidad son algo inferior, o incluso pecaminoso en sí. Si nos acercamos desde ese pensamiento al *Cantar de los Cantares*, no tendremos ni idea de cómo interpretarlo, a menos que lo tratemos como una alegoría, una metáfora continúa, que explica la relación entre Cristo y la Iglesia.

En cuanto a esto último: la Escritura misma se nos adelanta al comparar el matrimonio con la unión entre Cristo y su Iglesia, comprada por tan alto precio. Él es el novio, ella es la esposa (Ap.19:7; 22:17). “Los dos serán una sola carne. Grande es este

misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (*Ef. 5:32*). Cuando el *Cantar de los Cantares* habla del matrimonio, está claro que podemos verlo como una imagen de la relación entre el Rey de la Iglesia y su esposa. Así como hay un amor puro y entrañable, un deseo intenso entre los dos protagonistas de este libro, así también hay una atracción mutua entre Cristo y su Iglesia. Sin embargo, no nos está permitido sacar la conclusión de que hay que ‘espiritualizar’ todos los elementos de *Cantar de los Cantares*. Y de ninguna manera nos está permitido hacer como si este libro no hablara para nada del amor humano y natural, sino que sólo ofreciera imágenes de significado espiritual. Cuando la versión antigua de la Biblia en holandés del s. XVI, llamada *Deux-Aes*, dice que encontramos aquí la alegoría de la unión con Dios, está absolutamente equivocada. “Se habla en ella mucho de caricias, de abrazos, de besos y de belleza; con ello, Salomón ha querido representar, y poner ante los ojos, el carácter, la naturaleza, la delicia y la fuerza del amor, y la unidad que el alma piadosa tiene con su Dios. De esa manera, Dios, en su bondad, ha querido comunicarse con nosotros; eso es, añadirlo amablemente, para poder hablar con nosotros: puesto que entre los hombres no hay cosa más dulce, poderosa, fuerte, ni maravillosa que el amor”. Estamos de acuerdo con esta última frase, pero en absoluto con lo que viene antes. Aquella cosa dulce, maravillosa y poderosa: el amor, no es meramente una imagen en el *Cantar de los Cantares*. No, es un don, una realidad, que es descrito como un fruto de la gracia de Dios. ¡El amor – “sus llamas son brasas de fuego, fuerte llama (de Yahvé)” (8:6)! La naturaleza, el amar en el *Cantar de los Cantares* no nos quiere prestar colores y sonidos para una alegoría que trate de ‘la gracia’ bajo el lema: todo lo corruptible es sólo una parábola (Goethe, *Fausto II*, final). No, ese libro de la Biblia describe lo ‘natural’ redimido por la gracia, la vida amorosa salvada por Cristo.

Cuando el Señor redime la vida, no se aplica: “El amor es ciego”, sino: “Cada reina se complace en su rey”.

¿Se debe el hecho de que el lenguaje directo del *Cantar* nos resulta extraño a la nada recomendable separación entre ‘naturaleza’ y ‘gracia’? Para aquellos que son puros, todo es puro aquí. Los novios hablan en este cántico de bodas con gran sinceridad sobre el deseo mutuo, que sienten, el uno por el otro, sobre la belleza de la otra persona. Y lo hacen utilizando imágenes atrevidas. La novia es llamada huerto y viña. Y bueno, ¿acaso sus frutos no tienen que ser recogidos por el dueño legítimo? (*4:12-5:1*).

La delicia de Oriente se concentra en la figura seductora de la esposa. Y esta no se retira asustada. Ella era un huerto cerrado para otros, una fuente sellada para todos los hombres jóvenes. Pero a uno, su amado, se abre, cede ante las palabras cariñosas y las caricias (7:9); en una palabra, se da a sí misma, ella sabe lo que es entregarse. No es la esposa inaccesible y fría. No le cuesta reconocer que le ama apasionadamente; que “está enferma de amor” (5:8); “soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento” (7:10); lo admite abiertamente.

¡Cuán cercano es este libro! ¡Qué retrato más humano nos rinde de la joven muchacha! Ella aparece ante nosotros como una persona viva. ¿Cómo suele ocurrir con los enamorados? ¿No sueña el uno con el otro? El *Cantar de los Cantares* menciona dos sueños. El primero (3:1-4) cuenta que la esposa busca a su amado en su cama, y desde luego, no lo encuentra. Entonces, ella sale afuera, lo encuentra finalmente en la ciudad y lo lleva a casa de su madre. Así es como uno sueña cuando está enamorado ¿no? El otro sueño ofrece una imagen un poco distinta (5:2-7). Mientras ella duerme, él llama a la puerta. Pero ella no tiene ganas de levantarse y abrir la puerta. Luego se arrepiente, pero para entonces él ya ha desaparecido. Una búsqueda por la ciudad sólo tiene como resultado que los guardias la golpean y le quitan su chal. No hace falta poseer conocimientos profundos de psicología para mostrar que la novia confiesa en su sueño su propio capricho, acompañado por reproches a sí misma. Esto es lo que pasa cuando unos se quieren ¿verdad?

Y sí, lo que quieren es vivirlo todo juntos, sentirlo todo al mismo tiempo. La llegada de la primavera es algo que ya no pueden experimentar solos de ninguna manera.

Porque he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierno dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven (2:11-13).

Así refleja la novia las palabras de su novio; y ella misma anhela con el mismo ímpetu ver el vigor de la naturaleza, y vivirlo juntos, fundidos en un abrazo:

Ven, oh amado mío, salgamos al campo,
Moremos en las aldeas.
Levantémonos de mañana a las viñas;
Veamos si brotan las vides, si están en cierne,
Si han florecido los granados;
Allí te daré mis amores... (7:11, 12).

¡Es realmente alguien que vive inmersa en la naturaleza! Y parece todavía una niña cuando habla de sus hermanos mayores, que la hicieron trabajar mucho, pero también la protegieron (1:6; 8:8, 9). Y además, tiene un vínculo muy fuerte con la madre. A menudo leemos: ‘mi madre’. Quiere conducir a su amado a casa de su madre (3:4; 8:1, 2). Por cierto, allí debajo del manzano de su madre parece que tuvo lugar el primer encuentro entre los amantes (8:5). Aquí no hay un amor que con disimulo suprime a la familia; no, el amor quiere asimilar la calidez que hay en el hogar paterno. Si fueras un hermano mío, te podría besar de vez en cuando sin que nadie frunciera el entrecejo (8:1).

Más que Salomón en este lugar

¡Cuánta franqueza hay en esta niña, cuán sincera y natural es su relación con su amado! ¿Quién es ella? Una chica del campo, morena por efecto del sol (1:6), habituada al trabajo en el campo. Pero ¿él? Se le retrata como pastor (1:7; 2:16). Y sin embargo, hay muchas expresiones que hacen pensar que este personaje rústico en realidad es el rey Salomón en persona (1:4; 3:7-11; 6:8, 9; 8:11, 12). Hay quien ve a Salomón en el pastor; otros opinan que Salomón incorpora a la *sulamita* en su harén, pero que ella sigue fiel a su primer amor, el pastor. Según nuestra opinión no es necesario ver a Salomón actuar aquí como una persona real. Desde luego, se menciona a Salomón. Pero a modo de contraste. Este pobre pastor se siente mucho más feliz con su esposa campesina que Salomón fue nunca con todas sus riquezas y mujeres. Más que Salomón hay aquí. Muy por encima de la vida del harén, con su distorsión de lo que Dios creó, con su fingimiento y sumisión servil, está la vida amorosa del hombre joven y la muchacha, que se buscan y encuentran por voluntad propia. Ni aun Salomón con toda

su gloria se vistió como estos dos hijos de rey, que llegan a ser uno en cuerpo y alma, según el orden de la Creación. Se muestra de forma preciosa en el pasaje sobre la viña:

Salomón tuvo una viña en Baal-hamón,
La cual entregó a guardas,
Cada uno de los cuales debía traer
Mil monedas de plata por su fruto.
Mi viña, que es mía, está delante de mí;
Las mil serán tuyas, oh Salomón,
Y doscientas para los que guardan su fruto (8:11, 12).

Efectivamente, más que Salomón en este lugar. Esta vida amorosa se alza muy por encima de lo que mostraban en general las cortes reales en Oriente en cuanto a prácticas matrimoniales, como un mal ejemplo para el pueblo. Aquí, el hombre no es un tirano, ni la mujer una esclava. En esta pastoral vemos que se entregan mutua y voluntariamente; ¿no es para asombrarse por la franqueza y el compañerismo de la novia para con su amado – algo nada habitual en Oriente –? Él la toma, sí; pero también parece que ella le toma a él. Rut podría haber hablado de la misma manera. Y así se revela algo real, regio, en su relación amorosa; el amor aquí no es una esclavitud, que destruye.

Por lo tanto, de este librito emana una predicación valiosa. También hay aquí una conexión hermosa con *Eclesiastés*. Ahí escuchamos el llamado a aceptar la vida. El mundo, al fin y al cabo, no es un nido de víboras para el creyente (*Noeud des vipères*, François Mauriac); y la vida redimida no está bajo el signo cotidiano de: ¡Buenos días, miseria! (*Bonjour tristesse*, Françoise Sagan); porque Cristo ha derrotado a la gran víbora y con ello ha vencido también para nosotros a la tristeza. Y así ha elevado la vivencia amorosa entre hombre y mujer por encima de adornos y apariencias, servilismo y explotación. Este libro tantas veces malinterpretado puede irradiar una alegría mesiánica. La relación del amor es de gran seriedad, pues este misterio se asoma a la relación entre Cristo y su esposa, la Iglesia.

Unidad de la composición sobre el tema:

“Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo”

Al leerlo, se notará que el *Cantar* está compuesto de varias canciones. No obstante, no es necesario suponer que se trate por ello de una antología. Encontramos tres veces un estribillo, un verso que se repite: en 2:7; 3:5 y 8:4, precedidos por expresiones de amor de la novia. Así que este estribillo divide al *Cantar de los Cantares* en cuatro partes:

Primera parte: 1:1-2:7

Segunda parte: 2:8-3:5

Tercera parte: 3:6-8:4 (cf. 5:8)

Cuarta parte: 8:5-14

Varias expresiones, que se repiten continuamente, aumentan la impresión de que se trata aquí de una unidad, una unidad de lírica amorosa y alternante. Un cántico se alterna con otro. No solamente los novios sostienen diálogos; también encontramos una conversación entre la muchacha del campo, la novia, y las muchachas de la ciudad, las hijas de Jerusalén (5:8-6:3). No hace falta hacer de aquellas doncellas de Sion (3:11) mujeres del harén; en su aislamiento ya es difícil que encuentren a su amado (5:8). Con ellas se refiere a la población femenina en general, que por otra parte no parece despreciar al novio (1:3). Mas el poeta se apresura a hacernos saber que ‘otras’ no le atraen; “como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas”. Por lo que las hijas de Jerusalén no actúan como competidoras en los cánticos. Ellas son el público, por así decirlo, interesadas y llenas de curiosidad femenina, y aportan una gran vivacidad al poema.

Hablando de alternancia – parece que también naturaleza y cultura están recogidas en las imágenes. Palomas, gacelas, manadas de cabras, olor del Líbano, una era de especias aromáticas, vides que brotan: naturaleza. Pero también: carros de Faraón, cortinas de Salomón, y su carroza, la torre de David, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino. ¿Verdad que hay aquí algo de la nueva Jerusalén, donde huerto y ciudad no forman un contraste?

La ciudad moderna desfigura lo natural, inclusive el matrimonio; la cultura está envuelta en una lucha constante con la naturaleza, el huerto, la viña. Pero en el *Cantar* la cultura presta sus imágenes para describir la naturaleza y lo natural; ciudad y huerto

no están en pie de guerra, sino que forman una síntesis, como en la nueva Jerusalén de *Apocalipsis* 21 y 22, donde discurre por en medio de la ciudad el río de la vida, con árboles de la vida en sus riberas. Es como si el paraíso hubiera vuelto.

Y ¿no es esta la predicación de *Cantar de los Cantares*, que la vida es redimida por la gracia de Dios, de tal manera que también hoy en día se saborea el comienzo del gozo eterno en la vida de los sexos? La realeza del hombre en el jardín del Edén también se mostraba con respecto al matrimonio: “Fructificad y multiplicaos”. Como varón y mujer, el hombre era imagen de Dios. El *Cantar de los Cantares* nos muestra que esto puede volver a ser una realidad también en este mundo caído. Puede haber un deseo mutuo santificado, del uno por el otro: llamas de fuego de Yahvé. Todo aquello que perturba esta vida y la vuelve irreal es desechado conscientemente (véase el estribillo de 2:7). Por encima de la vida del harén se alza la relación con aquella, la única, ‘paloma mía, la perfecta mía’. Ella es como un muro para otros y sus pechos son como torres de una fortaleza. Pero a su amado se lo da todo: entrega, *shalom*, plenitud de vida. Y Dios ve todo lo que ha hecho, y he aquí que es bueno en gran manera:

Mi amado es mío, y yo suya;
Él apacienta entre lirios.
Hasta que apunte el día,
Y huyan las sombras,
Vuélvete, amado mío;
Sé semejante al corzo,
O como el cervatillo
Sobre los montes de Beter (2:16, 17).

Y al final del libro vuelve este llamado – también aquí hay una deliberada repetición como figura retórica intencionada –:

Apresúrate, amado mío,
Y sé semejante al corzo, o al cervatillo,
Sobre las montañas de los aromas (8:14).

ISAÍAS

Algunos temas del prólogo

Con el libro del rey de los profetas comienzan los ‘profetas mayores’. No hay mucho que contar de la vida de Isaías; aquí y allá encontramos un dato acerca de la época en la que se desarrolla su profecía; sabemos los nombres de dos de sus hijos, puesto que estaban relacionados al contenido de su profecía. De su vida personal conocemos muy poco: todo el énfasis recae en sus palabras, su mensaje. Y lo que él transmite no es un reflejo de sus propias experiencias, al contrario:

Oíd, cielos, y escucha tú tierra;
Porque habla Yahvé... (1:2).

Así empieza nuestro profeta; y así continua. ¡Así dice el Señor! Pese a que el mensaje que trae va diametralmente en contra de lo que él quisiera, Isaías actúa con valor, ya que el Señor le ha designado como su representante.

Por eso se puede encontrar en *Isaías* un nexo con ‘Moisés’, con la Ley, y lo mismo se ve en los demás profetas. Hay gente que piensa que la ‘ley’ es una cosa demasiado rígida, que la vida es encorsetada por ella. Y dicen: “mira en cambio los profetas; ellos son las mentes sensibles, los heraldos del pensamiento libre, individualistas que rompen con la coacción y la tradición”. Sin embargo, no es así en absoluto. Al hablar de la Ley ya señalábamos que los profetas no hacen otra cosa que llamar a volver a la primera revelación de Yahvé. Y que hacen mucho hincapié en la amenaza del Pacto, que también se escuchaba en la Ley.

Fijémonos en el comienzo de las profecías de Isaías. Todos los exégetas están de acuerdo que se trata aquí de profecías que han sido colocadas adrede al principio, como un prólogo, una introducción. Se toca todo tipo de temas, que más adelante vuelven a plantearse.

Ante todo llama la atención la mención de Sodoma y Gomorra (1:9, 10). Esto ya es una referencia a lo relatado en *Génesis*. Lo que siempre resalta en los profetas, y por lo general en toda la Biblia, es que cuando se refiere a algo, es invariablemente a la

Biblia misma. La Escritura es su propia exégeta. Podríamos expresarlo también así: el ‘marco de referencia’ de los libros de la Biblia es en primer lugar la Biblia misma. Salmos, profecías, evangelios o cartas no se adornan en primer lugar con toda clase de citas extrabíblicas; no, el profeta se sube a los hombros del legislador, y evangelistas y autores de las cartas neotestamentarias se aferran a ‘la Ley y los profetas’.

La referencia a Sodoma aparece con frecuencia en las profecías (*Dt. 32:32; Is. 3:9; Ez. 16:46*; incluso en *Ap. 11:8*). Con ella se describe el estado de profunda decadencia de la Iglesia; y asimismo lo inevitable del juicio que se avecina. *Deuteronomio 29:23* ya anunció que abandonar el Pacto del Señor traería un juicio como el de Sodoma. Israel está infectado de la cabeza a los pies (*Is. 1:5, 6*).

Se trata aquí de una condición típica de la Alianza, vinculada estrechamente al cántico en *Deuteronomio 32*, el testimonio contra Israel. Compare el lector el principio de los dos pasajes en los que se llama como testigos a los cielos y la tierra (*Dt. 31:28; 32:1; Is. 1:2*). Además se puede señalar una misma manera de hablar acerca de la corrupción de los hijos de Yahvé (*Dt. 32:5; Is. 1:5*). Fíjese también en el hecho de que *Isaías 1:24* cita casi literalmente *Deuteronomio 32:41*.

Isaías 1:24

Deuteronomio 32:41

Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos,
me vengaré de mis adversarios.

Yo tomaré venganza de mis enemigos,
y daré la retribución a los que me
aborrecen.

Parece que el profeta en 1:11 y siguientes versículos dice que el Señor no se complace en los sacrificios en cuanto tales. Ha habido quienes han tildado a Isaías y otros profetas, que levantaban la voz en contra del culto de los sacrificios, de impugnadores de la Ley de Moisés. Pero hay que hacer una distinción clara aquí. Cuando Isaías introduce al Señor que dice: “¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?”, no pretende condenar el culto en Jerusalén. No, al contrario, Isaías muestra un gran respeto por ello. El nombre de Sion siempre lo menciona con reverencia. En el capítulo 2 predice que los gentiles subirán al templo, al monte de la

casa de Yahvé. Puesto que ¡de Sion saldrá la ley, la *Torá*! No, Isaías no quería enfrentarse a ‘Moisés’. Lo que critica es el uso impropio de ‘Moisés’: “vuestros sacrificios”. Pisotean los atrios, celebran fiesta tras fiesta, pero traen ofrendas hipócritas, incienso abominable (1:13). Extienden manos llenas de sangre (v. 15). He aquí, eso es una abominación ante los ojos del Señor. Y eso tiene que cambiar, si hace falta, a través de un juicio purificador. Y en medio de las amenazas encontramos esta profecía tan preciosa de salvación: “si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (v. 18). Si marcamos con lápiz de color todas las promesas de salvación en Isaías, una y otra vez se pueden ver brillar en medio de la oscuridad de los juicios. En el v. 26 y siguientes, encontramos otra de esas promesas conmovedoras: Jerusalén será llamada Ciudad de justicia, Ciudad fiel. La ciudad de Melquisedec (rey de justicia), que en los días de Isaías era la viva imagen de ominosa injusticia, llevará de nuevo el nombre de la justicia salvadora de Dios. ¿No son todas ellas promesas que se hicieron realidad en Cristo? El hecho de que encontramos justo al principio de este libro promesas tan impactantes de salvación no está exento de significado, obviamente. Más allá de ruinas humeantes, Isaías ve el reino venidero de paz. Todo engaño sacerdotal ha desaparecido, Jerusalén ya no se consume en luchas internas. La fuerza reclutadora de la iglesia llega a su apogeo: muchas naciones suben al monte del templo; las espadas se convertirán en rejas de arado; “Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Yahvé” (2:5).

Es curioso, encontramos la profecía de la exaltación del monte del templo literalmente en *Miqueas* 4:1 y 2. Isaías y Miqueas eran contemporáneos. Y por lo visto, el uno estaba al tanto de las profecías del otro; lo cual es comprensible en una comunidad tan pequeña como era la judía. Lo que no se entiende en absoluto es que los eruditos digan cosas tan inconcebibles en este contexto, como que estos profetas no podían citarse el uno al otro puesto que sus escritos todavía no tenían la autoridad de Escritura Sagrada. ¿Acaso Isaías y Miqueas no se habrían reconocido mutuamente como verdaderos profetas? ¿No conocerían sus publicaciones el uno del otro – recogidas por discípulos y distribuidas como octavillas? Quizás pertenecieron al mismo círculo de profetas; ¿no es verdad que se juntan los que son afines”? Y cuando se dice que ‘el rey de los profetas’ seguramente no copiaría nada de lo que hubiera dicho el profeta ‘menor’ Miqueas, puesto que esto dañaría su propia grandeza, se le adjudica una gran dosis de orgullo profesional a Isaías. Supongamos que la profecía de Miqueas es la original, ¿por qué no habría tomado Isaías esta palabra llena de luz sobre la ‘Nueva

Jerusalén' porque como cántico sobre la 'Ciudad Santa' era archiconocida y quedaría muy bien al comienzo de su colección de profecías de desastres y de salvación? No se trataba de lo destacable que fuera el ministerio del estimado Isaías, pues lo único que importaba era la grandeza de la Palabra de Dios.

No es nuestro plan entrar en todas las cuestiones académicas, pero sacamos esta discusión sobre la relación entre Isaías y Miqueas para mostrar que es imprescindible leer la Escritura con objetividad y realismo, y respetar lo que dice.

Antes de proseguir la lectura de *Isaías*, fijémonos en algunos temas más que se mencionan en el prólogo. En primer lugar, al Señor se le llama "el Santo de Israel" (1:4). Este es un nombre que Isaías repite a menudo. Cuando recibió su llamamiento, experimentó la santidad de Dios de una manera muy intensa. De ahí que se indigne por la iniquidad de Israel, y por ello está seguro de un juicio inminente: la santidad de Dios no tolera el quebrantamiento del Pacto.

Y luego, se habla de un remanente, un resto. Esto también es una idea que vuelve una y otra vez en *Isaías* (1:8, 9), y que igualmente es expresada en su llamamiento (6:13). Isaías le ha puesto a su hijo el nombre de Sear-Yasub, que quiere decir: un remanente volverá (a Dios) (7:3). Su ministerio profético parece no ofrecer perspectiva alguna; pero no es así, queda un remanente elegido por Dios. La Palabra de Dios no se deshace ni se cae como los pétalos de una flor marchita; siempre estarán ahí los 7.000 fieles; a la iglesia no se la puede eliminar. "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia", dice Pablo (Ro. 11:5). Y él había encontrado consuelo en las palabras de Isaías tocante al 'resto', al ver cómo los judíos tropezaron con el Evangelio (Ro. 9:27, 29 cita Is. 10:22 y 1:9; comp. también Dt. 30:1-10; 32:43 con Ro. 15:10).

El Día (del Reino) del Señor se aproxima con el 'ay' de la venganza del Pacto

Ya se puede ver que Isaías tiene su propia manera de expresarse, sus propios vocablos. Los profetas no eran portavoces que transmitían su mensaje como autómatas. Ellos revelan claramente su individualidad. El Señor no se sirve de los profetas como si fueran utensilios inanimados. En *Isaías* vemos que se amontonan las imágenes. Este poeta entre los profetas no se cansa de aprovechar al máximo sus talentos de muchas maneras. Elegimos como ejemplo 2:10-18, donde se trata del 'día del Señor', otro de aquellos temas que aparecen con frecuencia en *Isaías*, y también en los otros profetas. Así como ninguna de las profecías encuentran descanso en la cercana Historia, así

ocurre con las palabras sobre el día del Señor: su cumplimiento último será en el gran día del Juicio, cuando Cristo venga. Pues bien, veamos las imágenes que se suceden atropelladamente. Primero el consejo de meterse en los barrancos, ya que se acerca el resplandor majestuoso del Señor. Comenzarán a gritar: “¡Montes, caed sobre nosotros!” (comp. *Lc.23:30; Ap. 6:16*). Luego se habla de la altivez de los ojos, soberbia de los hombres, cedros del Líbano, encinas de Basán, montes y collados, torres altas y muros fuertes, naves de Tarsis (nosotros diríamos castillos del mar), valiosas obras de arte. Todo esto es imagen del orgullo del hombre, que confía en ídolos; el Señor humillará aquella soberbia, lo que se enaltece, será humillado. Y hasta dos veces retumba el estribillo de Isaías:

Yahvé solo será exaltado en aquel día (*vv. 11, 17*).

Se nos dibuja en tonos oscuros la decadencia de los intelectuales de Judá. Los líderes son engañadores, que indican caminos torcidos (*3:12*). Por eso el Señor traerá el juicio sobre su pueblo. En *3:16* y ss. Isaías nos ofrece imágenes de revista de moda, que luego rompe a pedazos. Tal como el liderazgo fracasará de forma deplorable, así acabará la vida mundana de las señoras en duelo y miseria. Pero, no obstante, después de esta advertencia sigue de nuevo una profecía de salvación. No para suavizar los efectos del juicio, sino para ofrecer una base para la fe. El juicio viene, indudablemente, mas no es el final. Queda un remanente (*4:3*). Y por medio del juicio el Señor lava las manchas de sangre de Jerusalén (*4:4*). El día amanece con resplandor; el tiempo de antaño, de salvación como en el desierto, vuelve otra vez: el Señor protege a Sion con una nube y una columna de fuego, de día y de noche; se alza un nuevo Jerusalén ante nuestros ojos, una imagen que más tarde la revelación a Juan llenará de colorido: Sion, la ciudad de la iglesia redimida.

El capítulo 5 comienza con el cántico de la viña que no produce buenos frutos. Otra vez encontramos aquí un tema que se oye a lo largo de la profecía, hasta culminar en la Palabra de Cristo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que no lleva fruto, lo quitará” (*Jn. 15:1, 2*). Isaías quiere advertir a su pueblo por medio de esta especie de canción popular. La viña del Señor es la casa de Israel. Él esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor (*5:7*; en otra versión de la Biblia llamada Traducción en Lenguaje Actual, se ha intentado reflejar el juego de palabras del texto original: obediencia/desobediencia y justicia/injusticia).

Luego siguen los seis “ayes” (5:8-23). El juicio se acerca en forma de una invasión enemiga. Como alguien que con un silbido llama a su perro, así el Señor silbará a un ejército bien organizado y preparado para que suba contra Israel (5:26 ss.) en aquél día.

Llamamiento: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí (Is. 6:8)

En el capítulo 6 encontramos el relato del llamamiento de Isaías para ser el enviado con plenos poderes del Consejo Supremo (“nosotros”) de Dios. En el año de la subida al trono del impío Acaz, que sacrificó sus hijos al ídolo cananeo Moloc (rey) y que cambiaría el culto a Yahvé por religiones orientales, Isaías vio al Señor entronizado como Rey en el templo. Parecía como si el techo del templo terrenal estuviera abierto hacia arriba. Serafines formaban guardia y daban voces, diciendo hasta tres veces: Santo. Temblores de tierra y humo acompañaron esta manifestación. A continuación, Isaías clamó: ¡Ay de mí! Con este séptimo “ay” se refería ahora a sí mismo. Sentía que su propia inmundicia contrastaba con la santidad de Yahvé. Pero una brasa del altar de incienso purificó sus labios; ahora Isaías estaba preparado y listo para su misión. Iba a ser una tarea difícil; tenía que endurecer los corazones. En cuanto a Jesucristo y a Pablo, ellos, más adelante, tuvieron la misma misión: “Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (6:10; comp. Mt. 13:10 ss.; Hch. 28:25 ss.). Y el tiempo del que disponía Isaías acabaría con la llegada del juicio. Hasta aquel momento tenía que continuar predicando. Pero no todo estaba perdido; quedaría un remanente, un tronco; el Señor guarda a su Iglesia.

Esto último se muestra en lo que sigue.

He aquí, yo y los hijos que me dio Yahvé (He. 2:13; Is. 8:17, 18)

En los días de Acaz surgió el poder de Asiria. Varias naciones intentaron ponerse a salvo frente a ellos formando coaliciones. Aram (Siria) e Israel-Norte con sus reyes Rezín y Peka querían obligar a Judá con su rey Acaz a formar parte de esta alianza, y sitiaron Jerusalén. Pero el Señor envió a Isaías para anunciar la liberación. Incluso se le permitió a Acaz elegir una señal. Y cuando él, indiferente respecto al Señor, no quiso, Isaías profetizó el nacimiento de un hijo con el nombre de Emanuel (que significa ‘Dios con nosotros’) de una doncella. Y aunque en aquellos días se

cumplió esta señal, finalmente ha llegado a su lenitud en aquel Emanuel, que es Jesús (*Mt. 1:21*).

Hablando de nombres de los hijos, el hijo que acompañó a Isaías se llamaba Sear-Yasub, eso es: un remanente volverá. Y cuando más tarde tuvo otro hijo, lo tenía que llamar Maher-salal-hasbaz, lo cual significa: el despojo se apresura, la presa se precipita. El profeta tenía que escribir además este nombre en una tabla grande, como una publicidad al aire libre. Pues antes de que este niño llegara a hacerse mayor, Asiria se llevaría los despojos tanto de Damasco (Aram) como de Samaria (*8:1-4*).

Sin embargo, si pensamos en el llamamiento de Isaías, recordamos que estaba establecido de antemano que la mayoría no iba a escuchar. Por lo que Isaías tenía que traer su mensaje al círculo de los discípulos. “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Esperaré, pues, a Yahvé, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob (*8:16, 17*). El pueblo politizado y sus dirigentes (*8:12 ss.*), que en su miedo acudieron a los hechiceros (*8:19*), tropezarían sobre el Señor (*8:14*). Sólo a un resto iba a anunciar Isaías las promesas de salvación. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (*8:20*). Pero aún así, la Luz permanece; puesto que... ¡un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado! Y el principado sobre su hombro... (*9:5*). El Mesías se acerca. La paz se sentará en el trono de David.

El Remanente de Israel y la Vara del tronco de Isaí

Isaías 9:7-10:4 da profecías contra Efraín, el reino del norte, enemistado con Judá. Nótese que el estribillo que ya se entonó en *5:25*, se repite aquí cuatro veces (*9:12, 17, 21; 10:4*):

Ni con todo esto ha cesado su furor,
sino que todavía su mano está extendida.

Efraín no se convierte bajo la mano del Señor que le golpea, por lo que cae víctima de la soldadesca asiria. Pero el imperialismo de Asiria es, al fin y al cabo, sólo un palo en la mano del Señor (*10:5*). Por eso, la orgullosa Asiria, cuando haya realizado su tarea, se convertirá ella misma también en reo del juicio. El Señor dejará que el pequeño reino de Judá pase apuros. En *10:28* y siguientes, se nos da parte de la situación en el frente; teniendo el mapa delante, vemos cómo Jerusalén corre cada vez

más peligro: Ajat, Migrón, Micmas, Geba, Ramá... alzarán sus manos en la dirección del monte de la hija de Sion, al collado de Jerusalén...

Entonces, el Señor interviene. Los enemigos retroceden; árboles de gran altura son, cedros del Líbano, pero el hacha está puesta a sus raíces, y con estruendo caerán (10:33, 34).

Y ahora, sigamos leyendo: saldrá una vara, un vástago retoñará del viejo tronco de Isaí, la casa de David. Sobre aquel retoño reposará toda la plenitud del Espíritu del Señor; él es el Mesías, el Ungido con el Espíritu. Y él trae *shalom*, paz. Con colores tomados prestados de esta vida, se dibuja el futuro mesiánico: el lobo ya no significará ningún peligro para el cordero, y la pantera se acostará junto al cabrito, el niño de pecho jugará al lado del nido de la víbora. Por supuesto que este cuadro no dice nada sobre la cuestión de si en el paraíso el león comía paja como un buey, o si habrá animales 'en el cielo'. Lo único que sabemos es que la creación, que gime, será libertada; y estas imágenes predicán la paz venidera: "No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte" (11:1-10). Luego siguen más imágenes tomadas de la época de Isaías. Los exiliados, los de Judá y de Efraín, volverán de países lejanos. Y estos pueblos hermanos que tantas veces se acosaban, ya no afligirán el uno al otro, sino que marcharán juntos. El nuevo 'éxodo' incita a una vida de gratitud. ¡Escuche!, ya suena el himno: "Cantaré a ti, oh Yahvé; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado" (12:1). Esta porción profética concluye con un salmo. Más tarde, Israel solía recitar este salmo en la fiesta de los tabernáculos: "Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación" (v. 3). Durante aquella fiesta un sacerdote sacaba agua, cada día, del estanque de Siloé con una vasija de oro, para echarla luego en unos recipientes de plata al lado oeste del altar. Durante este derramamiento de agua el pueblo recitaba el mencionado versículo. Pero una vez, en el último día de la fiesta de los tabernáculos, exclamó Cristo: "¡Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, (el que cree en mí)!" (Jn. 7:37). Cristo, la raíz de David (Ap. 5:5; 22:16), el León de Judá y Cordero de Dios, él cumple todas las promesas; hay paz por medio de él.

Profecías del Gran Rey Yahvé sobre los pueblos

Anteriormente se ha expresado ya de forma muy clara que Yahvé gobierna sobre las naciones, y en la parte que sigue ahora (*caps. 13-23*), se trata deliberadamente sobre los pueblos. Encontramos profecías sobre los estados colindantes, como Moab, Filistea, Damasco; y sobre las grandes potencias como Babilonia, Asiria y Egipto. Y entre ellas

hay también una profecía sobre Jerusalén, que dice: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (22:13; 1 Co. 15:32).

Estas profecías ¿se han proclamado algún día en ciudades extranjeras, como tuvo que hacer Jonás en Nínive? Pues no, no tenemos que imaginárnoslo así. Pero sí han sido pronunciadas, y eso es lo que cuenta. El Señor ha proclamado su soberanía a través de Isaías. ¿Acaso Isaías no lo vio sentarse como Rey en el templo de Sion?

Las profecías sobre las naciones se abren con la profecía sobre aquel pueblo que en las Escrituras es el modelo del poder mundial concentrado: Babilonia. Había en Judá quienes, ante la amenaza del estado predador y militar de Asiria, miraban esperanzados a Babilonia; ¿no podría venir la salvación de ese lado? Sabemos que Ezequías recibió con especial distinción a la delegación de Babilonia, que vino a felicitarle con su recuperación (Is. 39). Pero el profeta ha de comunicarle su vehemente mensaje: que no cuente Judá con una coalición con Babilonia. Porque el Día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad. Los medos quitarán a Babilonia, aquella hermosura de reinos, toda su belleza (13:9, 17, 19). Y este juicio sobre Babilonia contribuirá a la restauración de ‘Israel’, que volverá a habitar su propia tierra, relevado de la dura servidumbre. Sí, cantará con triunfo, burlándose del rey de Babilonia (14:3 ss.).

Isaías nos transmite la letra de aquella canción; es en realidad un cántico fúnebre. El rey de Babilonia desciende al reino de los muertos. Pero allí sus antiguos compañeros le saludan con malicia. También ellos le dedican una canción de burla: “¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte” (14:12, 13). Aquel “monte del testimonio” parece tener su origen en la mitología oriental, que hablaba de un monte en el norte, donde los dioses celebraban sus reuniones y echando suertes determinaban los acontecimientos del próximo año. Pensemos en este contexto en el Olimpo, la ‘montaña de los dioses’ de los griegos. El profeta presenta aquí los espectros del reino de los muertos, que hablan su propio lenguaje pagano (cf. Ez. 28:14, que también tiene como trasfondo el pensamiento oriental e idolátrico). Le reprochan al rey de Babilonia que se ha divinizado. Por otra parte, la exégesis antigua ha visto en la descripción de la caída de la estrella de la mañana (en latín: *Lucifer*) un ‘tipo’ de la caída de Satanás.

Isaías 14:24 y siguientes, nos ofrece una profecía sobre Asiria; y 14:28 va dirigido a los filisteos. Según parece, Filistea había enviado una delegación a Jerusalén con la petición de formar parte de un bloque anti asiria. Posiblemente acababa de morir el violento rey asirio Tiglat-pileser. Isaías profetiza entonces que de la raíz de la culebra saldrá el áspid, con otras palabras: no se ve el fin al sufrimiento. Del norte (¿de donde vienen siempre las desgracias!) vendrá humo y no quedará ni uno solo en sus asambleas. Será mejor que Judá no participe en confederaciones. Y ¿qué se responderá a los enviados? “Que Yahvé fundó a Sion, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo”. Esto se cumplió más tarde exactamente tal cual. Toda la tierra fue asolada por Asiria; también la rebelde Filistea. Pero el Señor protegió a Jerusalén en los días de Ezequías.

Los capítulos 15 y 16 contienen una profecía sobre Moab. En ella encontramos un versículo que en Holanda, durante la última guerra mundial, a menudo fue copiado por los que se escondían, para servir de adorno en las paredes: “Esconde a los desterrados, no entregues a los que andan errantes” (16:3). Su intención era buena, naturalmente. Pero se sacó el versículo un poco de su contexto. Aquí se trata de Moab, que es presa del juicio. A Judá se le anima a ofrecer cobijo a las víctimas de la guerra. Sería más justo decir que esto es un texto para la misión, una predicación de Pentecostés; ¡la ‘Iglesia’ ofrece asilo al ‘mundo’ asolado: “Enviad cordero (Moab tenía mucho ganado de ovejas) al señor de la tierra, desde Sela del desierto al monte de la hija de Sion” (16:1)!

Luego se suceden las profecías sobre una nación tras otra. Damasco y Efraín (¿no habían acosado juntos a Judá, como aliados?); Etiopía; Egipto (¿no pensaron muchos en Judá poder conseguir ayuda de Egipto frente a Asiria?); una vez más Babilonia; Edom; Arabia; la Jerusalén politizada; y finalmente las ciudades marítimas Tiro y Sidón. Esas profecías no se parecen, cada una lleva los colores de la nación de la que se habla. Así como de Moab se mencionan sus corderos y vides, así también escuchamos en las profecías sobre Egipto acerca del Nilo, pescadores, labradores de lino y sabios de la corte. Y de Tiro y Sidón escuchamos de naves y de una gran actividad comercial.

“Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?” “La mañana viene”, es la respuesta profética a esta pregunta apremiante; “La mañana viene, y después la noche” (21:11, 12). Ciertamente, es una visión oscura del futuro la que nos describe Isaías. Pero aquí y allá hay destellos de luz. Vimos cómo Sion ofreció refugio a Moab.

Respecto a Asiria y Egipto, se oye en 19:18-25 una música deliciosa. Egipto, aquel viejo enemigo, servirá al Señor, y Asiria también; la promesa hecha a Abram se cumple: Israel será bendición para las naciones.

El que tiene la llave de David... (Ap. 3:7)

Antes de dirigir nuestra atención a lo que sigue, hay que comentar una cosa más del capítulo 22, que trata sobre Jerusalén. No solo vemos allí que se le anuncia el juicio a la orgullosa Jerusalén, sino que también hay una predicación dirigida a Sebna, el mayordomo del palacio, al cual se le predice su degradación. Él será sustituido por Eliaquim. Y éste llevará en adelante su uniforme y manejará la llave de la casa de David; “abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá”. ¿Podría ser que Sebna, como confidente del rey, ejerciera una influencia negativa, con objeto de establecer alianzas con otros países? En todo caso, desempeñó su importante cargo de una manera equivocada. ¡No se puede hacer un uso caprichoso del poder de abrir y cerrar! Y ahora, ya que hablamos del manejo de la llave y su poder, podemos relacionarlo directamente con la palabra de Cristo a Pedro: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos” (Mt. 16:19). Cristo, el que tiene la llave de David, abre, y nadie cerrará, cierra, y nadie abrirá (Ap. 3:7), él manda a su iglesia a ejercer el cargo de mayordomo suyo por medio del ministerio. Esta es su imponente política en un mundo que se encoge. (1)

El Apocalipsis de Isaías

A diferencia de las anteriores visiones sobre las naciones, en los caps. 24-27 parece que las referencias geográficas se borran. La Biblia Reina Valera titula el capítulo 24 así: “El juicio de Yahvé sobre la tierra”. Aunque esta profecía también se refiere al Juicio final, habría que cambiar en nuestra traducción la palabra ‘tierra’ por ‘país’. Y así tenemos de nuevo la imagen bien enfocada; no se está hablando de ese mundo tan malo, sino que en el centro de la visión y de los cánticos está la iglesia, que ha quebrantado el Pacto; se está refiriendo al país de Israel, los “moradores” (24:5, 6, 17) son los israelitas; “este monte” (25:6, 7, 10) es el monte de Sion (24:23); y en la tierra de Judá, la “ciudad fuerte” (26:1) es obviamente Jerusalén. Primero se describe cómo el Señor castiga a los habitantes de la tierra por medio de un ataque enemigo. Con “pacto sempiterno” no se alude al pacto con Noé, sino al pacto con Abraham y su simiente.

Da la impresión de que el país regresa al caos y al vacío de la prehistoria. Ni la riqueza, ni la posición social apartan el juicio; los moradores han quebrantado el eterno pacto con Dios. “Terror, foso y red” (en el idioma original comienzan estos tres vocablos con la misma letra, como un terrible juego de palabras). Aparentemente se repite el diluvio, se producen catástrofes cósmicas. Pero luego hay un cambio: Los reyes, y “el ejército de los cielos en lo alto” (posiblemente los ángeles caídos) serán encarcelados y luego juzgados (cf. *Ap. 20:3*). Y Sion se alza incommovible por encima del universo que se estremece. Allí reside Yahvé con sus ancianos (cf. los ‘ancianos’ de *Ap. 4*). ¡Atención! Se oye otro salmo. Para el menesteroso, Yahvé es un refugio (*25:1-5*). Sí, a los gentiles, los *goyím*, llegará la salvación, se les preparará un banquete, una cena. El muro de separación será derrumbado, el velo, que cubría sus rostros, desaparecerá en “este monte”, el monte del templo. Podrán ver la gloria del Señor, la muerte será destruida y toda lágrima será enjugada (cf. *Ap. 7:17; 21:4*). Y otra vez se oye la coral: “Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuros” (*26:1*). “Tus muertos vivirán, sus cadáveres resucitarán” (v. 19). “También en el camino de tus juicios, oh Yahvé, te hemos esperado” (v. 8). El pueblo de Dios espera metido en sus casas a que pase el juicio (v. 20); el ‘remanente’ se salva. El Señor vengará la sangre de sus siervos, la tierra no la encubrirá ya más. (2)

Y fijémonos, la serpiente veloz, la serpiente tortuosa, el dragón que está en el mar, estos Tres Grandes (*27:1*; cf. Asiria, Babilonia y Egipto; y el dragón y sus dos cómplices en *Ap. 12 y 13*) serán abatidos. Pero Israel será restaurado como viña (¡cf. *Is. 5!*); y dará frutos (cf. *Jn. 15*). Toda la idolatría anterior caerá en el olvido (*27:9*). Y la gran trompeta llamará de vuelta a los esparcidos, desde Egipto hasta el Éufrates. En medio de un mundo de reinos en ruinas, los hijos de Israel suben al palacio de su Rey, el monte santo en Jerusalén. Jacob echará raíces, Israel florecerá y echará renuevos. El ‘remanente’ puede seguir cantando salmos: habrá un nuevo Jerusalén, donde hay justicia. Tus muertos vivirán. La Iglesia cree en la primera resurrección (*Ap. 20:4*).

Yahvé, Rey sobre las naciones, residiendo en Sion

Este tema se trata también en la sección que empieza con el capítulo 28. Después de una antigua profecía sobre Samaria (v. 1-6), aparece Jerusalén en escena. Será sometida al juicio igual que Samaria, pues el gobierno de la ciudad santa es impresentable; tanto sacerdotes como profetas andan tambaleándose por la bebida, y en su opinión Isaías es un impertinente. Isaías cita en los vv. 9 y 10 los comentarios que

hace la gente sobre él, según vemos a continuación entre comillas: “¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? ¿A los destetados? ¿A los arrancados de los pechos? Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá”. ¿Acaso pensaba ese Maestro-Soñador, que iban a someterse a su férrea disciplina? ¡Ni hablar! En hebreo se emplea aquí un vocabulario que imita más o menos la farfulla de un borracho: *savlasav, savlasav, cavlacav, cavlacav*. En Sion están de juerga, sin preocuparse, pues tienen preparadas sus ‘puertas de escape’ políticas. Tienen a Egipto, que ofrece apoyo frente al gran glotón de Asiria. Pero por otro lado también adulan a este último, ese reino imperialista, aquel turbión de azote. “En caso de que se acerque Asiria, no será para tanto”, así tranquilizan los profetas y sacerdotes a los demás y a sí mismos. Pero Isaías predica que va a salir mal; el convenio con el Seol será borrado y no será ratificado por Dios. El pueblo será trillado. Sólo el que cree, tendrá paz; puesto que el Señor pone “en Sion una piedra probada, angular y preciosa, de cimiento estable” (v.16). Otra vez ¡Sion! (comp. 2:2 ss.; 6:1 ss.; 8:14; 14:32) Puede que Acáz tenga sus planes, y también los políticos en Jerusalén bajo el reinado de Ezequías, pero el Señor ejecuta sus planes desde el templo. Y aunque el templo terrenal tenga que derrumbarse, Él realiza su ‘proyecto Jerusalén’: “He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra;... el que creyere, no será avergonzado”. Así lo traducen la Septuaginta y el Nuevo Testamento (Ro. 9:33; 10:11; 1 P. 2:6). Se puede decir además, que este versículo recibe una explicación muy clara en el Nuevo Testamento. Cristo puso la piedra angular en Jerusalén. Él mismo es la piedra preciosa, la *petra*, el fundamento de la iglesia que es edificada sobre Él; pero también es un tropiezo para aquel que no cree (cf. Mt. 16:18; Lc. 2:34; Mt. 21:42; Hch. 4:11; Ef. 2:20; 1 P. 2:6 ss.; Ap.21:14; 1 Co. 3:10, 11). Y cuando leamos el evangelio de *Lucas y Hechos de los Apóstoles*, hay que tener presente que en ellos se relata cómo Cristo, comenzando desde Jerusalén, se manifiesta como piedra del ángulo, para caída y para levantamiento. ¡No hay duda, el ‘proyecto Jerusalén’ se cumple!

Yahvé reina desde el templo en Sion. Pero cuando los líderes son espiritualmente ciegos, entonces Él hace subir a las naciones para pelear contra *Ariel*, el hogar del altar, la ciudad del templo, la ciudad de David (Is. 29). Que confíen en el Santo de Israel, pues Él espera para tener piedad de su pueblo (30:18). Que no se apoyen en Egipto, en caballos y jinetes (30:1-5, 15-17; 31:1-9). Aquel Egipto del que fueron librados en la noche de pascua y en el paso del Mar Rojo, ¿ahora tendría que

ayudar a Israel? He aquí, el Señor hará tropezar y caer al ayudador (Egipto) y al ayudado (Jerusalén). ¡Que vivan por sus promesas! He aquí, Él crea una nueva liberación como la de la noche de pascua (30:27 ss.). Asiria será derrotado. Se abren perspectivas mesiánicas: “He aquí que para justicia reinará un rey” (32:1). Había mucha ceguera (29:9 ss.), pero ahora los ciegos verán (32:3; 35:5). Jerusalén se levanta por encima de la necesidad y la miseria: “Mira a Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota” (33:20). Jerusalén florecerá, también después de los juicios; pero Edom será consumado por el fuego definitivamente (cap. 34). El ‘Día D’ de Dios vendrá; el yermo de Israel florecerá como la rosa (35:2); los esparcidos de Judá volverán. Es Cristo quien ha cumplido este cántico final, cuando él vino. Abrió los oídos de los sordos y los ojos de los ciegos (35:5; comp. Mt. 11:5) para demostrar que él traía la salvación plena para los redimidos del Señor.

Yahvé de los ejércitos está con nosotros (Sal. 46:7, 11). ¡Emanuel!

Y luego, después de estas profecías, viene la prueba: el ataque de Senaquerib y la salvación milagrosa. De paso vemos en 36:3 que Sebna ha sido degradado a escriba y que Eliaquim es mayordomo de palacio (comp. 22:15 ss.). Sebna había promovido por lo visto una política que buscaba su fuerza en apoyarse como nación en las coaliciones, y no en la confianza en el Señor. Su degradación indica un cambio de rumbo por parte de Ezequías.

En uno de sus monumentos de guerra Senaquerib mismo escribió lo siguiente sobre su invasión de Judá:

Y de Ezequías, el judío, que no se había sometido a mi yugo, asedié 46 ciudades fortificadas, junto a innumerables aldeas en sus alrededores, con los golpes de los arietes y atacando con aparatos de asedio, por la lucha de la infantería, por minas, por brechas y [...] y capturé. 200150 personas, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, caballos, mulas, asnos, camellos, vacas y pequeño ganado sin número me llevé y los conté como botín. A él lo encerré como un pájaro enjaulado dentro de su residencia Jerusalén. Levanté fortificaciones contra él e hice volver a cualquiera que saliese por la puerta de su ciudad. Las ciudades que había saqueado, las separé de su tierra y las regalé a Mitini, rey de Asdod, a Padi, rey de Ecrón, y a Sillibel, rey de Gaza, y así disminuí su territorio. Al tributo anterior, el impuesto anual, añadí más tributos como donaciones para mi dominio y se los impuse. (3)

Senaquerib continúa hablando así, para ir sumando en su lenguaje autocomplaciente cuántos preciosos tesoros de marfil, de oro, etc. le hizo llegar Ezequías a Nínive. Pero Senaquerib no menciona ninguna conquista de Jerusalén, lo cual es muy significativo. El territorio de Ezequías fue repartido, y él mismo encerrado. Pero, por lo visto, los arietes de Asiria no pudieron romper las murallas de Jerusalén. La explicación la encontramos en la Escritura.

Fue la Palabra del Señor por medio de Isaías lo que animó a Ezequías a no escuchar las palabras jactanciosas del mariscal asirio (37:6, 7). Llama la atención, que Ezequías se acerca al templo donde Yahvé, el Dios de Israel, moraba entre los querubines (37:1, 14-20). Aquí es donde el rey dice ‘amén’ al tema que Isaías estaba repitiendo continuamente: ¡desde su templo Yahvé se revelará como Rey sobre su pueblo y sobre el mundo! En la respuesta a la oración de Ezequías, a través de Isaías, escuchamos más expresiones conocidas por las otras profecías: “¿A quién vituperaste, y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz, y levantado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel” (37:23). “Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos; pondré, pues, mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste” (v.29). Los imperialistas asirios estaban acostumbrados a veces a tratar a los reyes derrotados como si fueran cerdos o caballos, pero ahora el Señor le hace experimentar lo mismo al rey de Asiria; ¿No es Él el Santo de Israel? Y también vuelve el tema del ‘resto’, como en los días de Acáz: “Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Yahvé de los ejércitos hará esto” (v. 32). ¿No se percibe la unidad espléndida de la profecía de Isaías? ¿Y no se ve que al final la jactancia de Senaquerib (‘hice volver a cualquiera que saliera de la puerta de su ciudad’) queda en nada? El ángel del Señor aniquiló al ejército de Asiria (vv. 36, 37) y Senaquerib fue asesinado en el templo de un ídolo (v. 38).

El capítulo 38 relata la historia de la enfermedad de Ezequías y su restablecimiento por mediación de Isaías. También sigue un cántico, que compuso Ezequías a raíz de su recuperación. Parece ser que este hijo de David destinó este salmo al culto en el templo; Marnix de Sint Aldegonde (véase nota 6 de *Deuteronomio*) lo adaptó para cantarse en las iglesias, y es una pena que, aunque siempre se nota un deseo de cantar himnos, haya pocas voces que abogan por cantar aquellos salmos que hay fuera del Salterio. ¡Y eso que son realmente edificantes! Invito al lector a leer con

atención esta ‘Alabanza del Rey Ezequías’, pues describe tanto lo frágil que es la vida, como también la salvación, esa salvación que en primer lugar consiste en perdón: “mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados”. ¡Ahora puede volver a la vida! ¡Y al servicio del Señor en su vida nueva! “¡El que vive, el que vive, éste te dará alabanza!” En el hebreo se escuchan las voces de júbilo: *chai, chai, hoe jodeka* (v. 19).

Hay un contraste muy grande entre este himno de salvación y el relato del capítulo 39. Ezequías está disfrutando de las congratulaciones de la delegación de Babilonia; aquel estado emergente de Babilonia es un buen aliado frente a Asiria, y es mejor que ellos sepan también que Jerusalén es un socio nada desdeñable. Pero en ese momento interviene Isaías. En el pasado había dicho: el peligro por parte de Rezín de Siria y Peka, de Israel del norte, no es tan grande comparado con el que supone Asiria. Ahora señala un nuevo enemigo, que sucede a Asiria. Aquella Babilonia que hoy envía embajadores para felicitar, mañana enviará ejércitos para saquear Jerusalén. E Israel, que en días posteriores se sumió en el calvario de su deportación, lo podía saber: Isaías ya había anunciado la inminente catástrofe. Y, sin embargo,... el mismo Isaías también había hablado de un remanente y de la piedra en Sión. Isaías, su nombre significa: ¡Yahvé es salvación!

El Dios del Génesis es el Dios del nuevo Éxodo

En el ámbito académico, a *Isaías* 40-66 se le llama también *Deutero Isaías*, ya que muchos opinan que estos capítulos fueron escritos por otra persona más de 150 años después de *Isaías*. Incluso hay quien reivindica la parte de *Isaías* 56-66 para un *Trito-Isaías*. No queremos entrar en profundidad en estas cuestiones; lo que nos importa es el contenido de esta profecía. Hay que admitir, no obstante, que esta sección parte del hecho (!) de la destrucción de Jerusalén y del exilio en Babilonia, que ya ha durado años. Es como si el profeta mantuviera discusiones con los deportados desanimados. Una y otra vez cita sus quejas y reproches para con Yahvé, y a continuación predice la salvación futura, basándose en las promesas a los patriarcas. Si se trata aquí de otro profeta que Isaías, entonces éste estaba imbuido totalmente del ‘espíritu’ de su gran predecesor. Encontramos continuamente expresiones similares, por ejemplo la referencia al Señor como ‘el Santo de Israel’.

Es notable que se reitere dos veces una misma frase, – y esto desmentiría la afirmación de un *Trito-Isaías* –:

No hay paz para los malos, dijo Yahvé (48:22)

No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos (57:21).

Al final del libro se describe una imagen del gusano que nunca muere, y del fuego que no se apagará; esto concuerda muchísimo en cuanto a contenido con los dos versículos mencionados. Si con motivo de aquello se nos permite hacer una división en tres partes, podemos distinguir estas secciones:

Capítulo 40 – 48

Capítulo 49 – 57

Capítulo 58 – 66

En cada una de las tres partes se escuchan los mismos tonos de consolación, mientras que la situación miserable de Jerusalén forma su trasfondo.

Pero, ¡leamos esta porción tan preciosa! Se nos abre aquí un libro de consuelo; la iglesia de hoy encuentra en él excelentes palabras de aliento. Pues, ¿cuál es su experiencia durante su peregrinaje en la tierra? ¿No le sube el agua muchas veces al cuello? ¿Qué hay de las promesas de Dios? ¿Y a qué aferrarse a un mundo tan loco? El desánimo es algo que tampoco nosotros desconocemos. Tal como los judíos en el exilio estaban separados de la salvación por sus muchos pecados, así nosotros tenemos que confesar que nuestras culpas nos separan del Señor. Sin la gracia, tampoco nosotros llegaremos a la nueva Jerusalén.

Precisamente de esta gracia asombrosa trata la segunda parte del libro de *Isaías*. “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Yahvé por todos sus pecados” (40:1, 2). Esto va dirigido a Jerusalén, es decir: a los deportados de la ciudad de David, cuya culpa ha sido pagada por completo. ¿Gracias a sus propios esfuerzos? ¿Quién es el *goel*, el que redime, el que paga las culpas de Israel? Lo que sigue nos lo revelará: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (43:25). Sí, luego se dibujará la figura del Siervo sufriente de Yahvé, que fue herido por nuestras

rebeliones, y que se ofreció a sí mismo como ofrenda expiatoria (52:13-53:12), el Ungido con el Espíritu (42:1; 61:1; cf. Mt. 3:17; 17:5; Lc. 4:18).

En realidad aquí leemos sobre el ‘llamamiento’ del profeta. Tiene que consolar, sí; pero también tiene que preparar el camino para Yahvé, que viene para salvar a su pueblo; un tema que luego se repite cuando Juan el Bautista hace de precursor del Cristo. Ningún derrotismo debe quebrar el poder profético. La hierba se seca y la flor se cae; pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre (40:8; comp. 1 P. 1:23 ss.). Por eso, la Jerusalén deportada puede convertirse en mensajera de buenas nuevas. Yahvé será el Buen Pastor de su pueblo (40:11; comp. 49:10; Ap. 7:17).

Por lo visto, durante el exilio Judá había quedado impresionado por el poder de los dioses de Babilonia. Pues, ¿no había sufrido Yahvé en realidad una derrota, cuando su pueblo fue deportado? El profeta, muy pastoral, atiende a estas preguntas una y otra vez. Él señala dos hechos:

1. *Yahvé es el Creador*. Para él, los pueblos son como una gota de agua que cae del cubo, y una mota de polvo en la balanza. Él extiende los cielos como una cortina, y los despliega como una tienda para morar. Parece como si estuviéramos leyendo los últimos capítulos de *Job*. Alzad los ojos, y mirad quién creó estas cosas.

El profeta argumenta: Él, que establece el camino y el recorrido de nubes, cielo y vientos, encontrará con seguridad el camino por donde pueda andar su pueblo. Su Dios es el gobernador del mundo, el Dios del Génesis.

2. *Yahvé es también el Dios fiel del Pacto de antaño*. “Tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham, mi amigo [...] No temas, porque yo estoy contigo” (41:8, 10). El Señor es el Dios del Éxodo, de la gran travesía desde Egipto y de la provisión milagrosa en el desierto. ¿Acaso su brazo se ha acortado? El Santo de Israel abrirá ríos en las alturas (41:18). Por otra parte, para los peregrinos judíos que vuelven a Jerusalén, los ríos se secarán como en tiempo antiguos (44:27; 51:10). Con prisas salieron de Egipto, pero de la Babilonia extranjera partirán con tranquilidad: “Porque no saldréis apresurados, ni iréis huyendo; porque Yahvé irá delante de vosotros, y os congregará el Dios de Israel” (52:12).

Recordemos bien estas dos ideas principales mientras leemos estas imponentes profecías. El Creador es el Salvador, el Redentor de su pueblo. Y él obra a través de otros. Se sirve de Ciro para conquistar Babilonia con su ejército de medos y persas, y

así dar a los judíos la oportunidad de volver a su antigua patria y reconstruir el templo (41:25 ss.; 44:28-45:7). Los dioses de los gentiles son vanidad (41:29). Continuamente habla el profeta de una causa judicial entre Yahvé y los dioses de las naciones (41:21). “Presenten sus testigos, y justifíquense; oigan, y digan: Verdad es” (43:9). Pero los representantes de los dioses no pueden aportar grandes hechos de sus imágenes mudas. Por lo tanto, el Señor busca otros testigos. Y la palabra que Cristo pronunció en su ascensión, dirigiéndose a sus discípulos: “Vosotros seréis mis testigos” (Hch. 1:8), vemos que ya ha sido pronunciada por el antiguo profeta (Is. 43:10; 44:8). Israel verá quién es su Dios. Una y otra vez se oye su propia revelación en primera persona singular:

Así dice Yahvé Rey de Israel, y su Redentor, Yahvé de los ejércitos:
Yo soy el primero, y yo soy el postrero,
y fuera de mí no hay Dios (44:6).

Aquí lo vemos: la conocida palabra de *Apocalipsis* acerca de “el primero y el último, el Alfa y la Omega” que se refiere a Dios el Padre, o al Hijo, esa palabra no es ‘nueva’. Los que la oyeron, ya la conocían del libro de *Isaías*; sólo que en *Apocalipsis* recibe una explicación y aplicación. Llama la atención la cantidad de veces que se cita a *Isaías* en el Nuevo Testamento. Los hallazgos que se hicieron a partir de 1947 en las cuevas del Mar Muerto, muestran claramente que *Isaías* (junto a *Deuteronomio* y *Salmos*) era uno de los libros favoritos de la Escritura. Esto no es tan sorprendente, pues, ¿no habló el Señor con palabras de consuelo a su pueblo acerca de la salvación inminente, la redención? “No temáis, ni os amedrentéis” (¿no resuena esto por todo el Nuevo Testamento, desde el anuncio del nacimiento de Juan?). “Vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno” (44:8; Fuerte, o Roca: pensemos en este nombre de Dios en el cántico de Moisés, *Dt.* 32).

Gracia soberana

Es muy probable que en el exilio se apelara erróneamente al pacto con los patriarcas. ¿No estaban ahí los méritos de sus padres? ¿Sacrificios y todo eso? Pero la idea de apoyarse en ‘las obras’, se la rebate Yahvé a Judá (Is. 43:22-44:5). Jacob pecó contra Yahvé; y los enseñadores de Israel también. El cautiverio estaba justificado: fue por sus transgresiones que el Señor puso por anatema a Jacob y por oprobio a Israel. Es

solamente su gracia soberana la que salva y la que da otra vez nueva vida. Por las antiguas promesas a su “siervo” Israel, el Señor se sirve de Ciro, su “ungido”. Los dioses de Babilonia son humillados, en las procesiones tienen que ser llevados; pero Yahvé es Aquel que lleva a Israel (46:1-4). Toda la Historia mundial gira en torno a Israel, siervo del Señor. No porque este pueblo sea tan noble; sino por la libre gracia de Yahvé que se expresó en las promesas del pacto con los patriarcas.

Por eso se da mucha importancia al hecho de que Ciro decide poner a Israel en libertad, sin recibir dinero o regalos a cambio (45:13). El Señor era el soberano Alfarero (45:9-13; cf. Ro. 9:20, 21). Así se reveló en la Creación (Gn. 2:7), y así actuó como el Hacedor, el Formador de Israel, al salvarle por medio de su “pastor” Ciro.

Israel no podía contribuir con nada a su propia salvación. El Señor usó un pagano como su ‘diácono’, su servidor (Ro. 13:4). Cualquiera que se glorie de Israel, el siervo del Señor, en sus esfuerzos propios, quedaba excluido.

El Siervo del Señor

Hay que fijarse en que, después de la introducción del capítulo 40, se habla de forma temática sobre Ciro, que actuará a favor de Israel, el siervo del Señor, liberándolo. Sin embargo, el tema de 42:1-7 trata de otro Siervo del Señor.

Al principio, no se desarrolla más este último tema. En 42:8-48:22 todo gira en torno a Israel y su liberación por medio del ungido Ciro, que conquistará Babilonia (44:21-47:15).

Luego vuelve a aparecer ese otro Siervo del Señor, que es llamado ya en 42:6 la luz de las naciones. También en 50:4-11 y 52:13-53:12 se habla de él. Se puede decir que *Isaías* 49-57 está dominado por él.

¿Quién es ese Siervo del Señor?

Respecto a ello se han hecho diferentes sugerencias: Moisés, Uzías, Jeremías, Joaquín, o el profeta mismo.

No obstante, el Nuevo Testamento demuestra claramente que este Siervo es una referencia a Cristo Jesús en su humillación y exaltación. Es él, quien, como sustituto, carga con la culpa de su pueblo. Es él, quien fue llevado como cordero al matadero (53:7; cf. Jer. 11:19). En él se concentra todo el sufrimiento de los profetas y los justos.

El Siervo del Señor es también aquel que a través del sufrimiento será exaltado (52:13). En esta exaltación lleva consigo aquellos por quienes sufrió. Por eso encontramos tantas promesas de salvación en las secciones que siguen a las profecías

sobre el Siervo del Señor. Y no sólo para Israel, sino también para las naciones. En *Isaías* 58-66 se desarrolla más el tema de la salvación, en el que concretamente Jerusalén está en el centro. Las naciones acuden a la ciudad de la luz, Jerusalén (*cap. 60*).

Es lógico que los ecos de estas profecías, que se han leído muchísimo, se encuentren por todo el Nuevo Testamento: Cristo como el Cordero de Dios (*Jn. 1:29, 36; Ap. 5:6*); la enseñanza de Felipe al etíope sobre *Isaías* 53 (*Hch. 8:30-35*). Uno mismo puede encontrar otras relaciones, sin olvidarse de incluir *Lucas* 22:37; y *Romanos* 4:25; 10:16 y 15:21.

Lo que llama la atención, es que el Nuevo Testamento asocia lo que se dice sobre el Siervo del Señor con la predicación de la iglesia. El Siervo del Señor es luz para las naciones, pero para ello se sirve de sus predicadores.

El Siervo del Señor vino para abrir los ojos de los ciegos. Por eso, Pablo, ante su llamado, se volvió ciego y luego le fueron abiertos los ojos. Al mismo tiempo fue llamado para ser instrumento en la mano de Cristo para abrir él mismo a su vez los ojos de otros.

El Señor Jesús dijo a Pablo: “Te he librado de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz” (*Hch. 26:17, 18*). Y en la Antioquía de Asia Menor (o sea: ¡en las costas!), a raíz de la actitud hostil por parte de la sinagoga, Pablo y Bernabé justifican su predicación a los gentiles recurriendo a una profecía sobre el Siervo del Señor:

He aquí, nos volvemos a los gentiles.

Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo:

Te he puesto para luz de los gentiles,

A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra (*Hch. 13:46, 47*).

En esta cita encontramos *Isaías* 42:6, pero sobre todo *Isaías* 49:6, el segundo cántico sobre el Siervo del Señor: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”. Por lo tanto, no hay que aplicar las profecías sobre “el siervo” nunca solamente a “el Cristo”. Él y su pueblo son uno. Por eso, Pablo puede citar del tercer cántico del Siervo del Señor (*50:4-11*) lo siguiente en su canto triunfal: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es

el que justifica. ¿Quién es el que condenará? (*Ro. 8:33, 34*; cf. *Is. 50:8, 9*). Y por último, cuando se dice en el cuarto cántico sobre “el siervo” que “ni hubo engaño en su boca”, se refiere naturalmente a Cristo; pero Pedro dice que tenemos que seguir sus pisadas, tenemos que conformarnos a Él; y por eso, de los 144.000 que siguen al Cordero por dondequiera que va, se dice que “en sus bocas no fue hallada mentira” (*53:9*; *1 P. 2:21*; *Ap. 14:5*).

En el Evangelio se revela ¡la justicia de Dios! (*Ro. 1:16, 17*)

He llamado la atención a propósito sobre algunas ideas centrales, para que realmente seamos edificados al leer estas poderosas profecías. Observará el lector que, igual que en una sinfonía los mismos motivos vuelven una y otra vez, el tema principal va aumentando en fuerza. La salvación se aproxima; el profeta lucha contra todo derrotismo y pesimismo. Aunque Sión diga: “Me dejó Yahvé, y el Señor se olvidó de mí”; “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (*49:14-16*). Aparentemente circulan todo tipo de afirmaciones acerca del Señor, en las que el pueblo expresa su desánimo. Pero el profeta denuncia su falta de fe. Se dice por ejemplo, que Yahvé repudió a su mujer, Judá, con una carta de repudio, y que por fuerzas mayores fue obligado a vender a sus hijos a extraños. Por lo tanto, Yahvé era injusto y también impotente. Sin embargo, el profeta pone fin a estas palabras, exponiendo en un lenguaje poderoso que no tienen ningún fundamento. “He aquí que por vuestras maldades sois vendidos, y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre” (*50:1*). Que nadie piense que la mano del Señor es demasiado corta: “Con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto” (*50:2*). El que hizo de Abraham una nación grande, ¿no podrá consolar ahora a Sion? (*51:2, 3*). El que realizó el Éxodo, ¿no los podrá llevar de vuelta de su exilio? (*51:10, 11*). Y después del cuarto cántico sobre el siervo sufriente que será exaltado (*52:13-53:12*), sigue la descripción de la madre de la nación, que, igual que Sara, recibirá numerosos hijos (*cap. 54*). Sobre un fundamento de piedras preciosas se levantará la nueva Jerusalén (cf. *Ap. 21*). Vendrá un nuevo David, que es testigo a los pueblos, y los gobernará (*55:3 ss.*). Vemos que ni los extranjeros, ni los eunucos serán excluidos de las “misericordias firmes a David”. Si guardan los preceptos del culto del Señor, recibirán en el templo un nombre perpetuo... “mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (*56:1-7*; cf. *Mr. 11:17*). Se abre aquí una

perspectiva verdaderamente universal, que halla su cumplimiento en la iglesia neotestamentaria.

No obstante, la Palabra tiene un corte afilado. También está aquí la antítesis. No hay una expiación para todo el mundo. Aunque a los judíos en el cautiverio se les promete la salvación, se les exige en cambio una vida según la voluntad del Señor. Y aparentemente, aquella deja mucho que desear. *Isaías 57-59* muestra un cuadro de una situación degenerada: injusticia, idolatría, incumplimiento del día de reposo. El conocimiento de la miseria es expresado de nuevo: “nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros” (59:12). Se va la luz, ¿dónde hay redención? Sin embargo: amanece en oriente, la luz resplandece, porque Yahvé toma la iniciativa para salvar. Para aquellos de Jacob que se convierten, Él viene como Libertador (59:15b-62:12). Y en este texto se emplea una expresión característica. El Señor se vistió de justicia, como de coraza, con yelmo de salvación en su cabeza. La expresión “yelmo de salvación”, nos da a entender que el término “justicia” tiene un significado salvífico. En su día, Lutero luchó para entender esta expresión. Dios es justo, Él castiga el pecado; cuando Él se viste con la coraza de justicia, ¿quién vivirá? Pero entonces, se le abrieron los ojos. *Romanos 1:17* dice que en el Evangelio se revela la justicia de Dios: se trata aquí de la justicia que salva, que es precisamente para pecadores, si llegan a creer. A pesar de la oscuridad de los pecados, la luz de la gracia de Dios puede penetrar gracias a esa justicia. Sion se convierte en el punto donde se concentran todas las naciones, comienza el año del jubileo, todo cambia para bien, la hija de Sion ya no se llama Desamparada, ni su tierra Desolada. Sus habitantes se llamarán los Redimidos de Yahvé, y su propio nombre nuevo es Ciudad Deseada, no desamparada. Si leemos *Apocalipsis 21*, volveremos a encontrar muchos de los rasgos de estos capítulos. Estas imágenes poéticas cantan también sobre nuestro futuro,

No hay expiación universal, ni ninguna Paternidad de Dios para todo hombre

Junto a la salvación viene el castigo sobre los pueblos enemigos. En el exilio de Judá, Edom había jugado una parte sucia. Y ahora, 63:1-6 describe cómo el Señor viene de Edom como el que ha pisado las uvas, la sangre de los pueblos ha salpicado su ropa. Él solo ha pisado el lagar. La exégesis ha aplicado a menudo este texto al sufrimiento de Cristo, pero no hay ningún fundamento para ello. Se trata efectivamente de la venganza del Señor. En *Apocalipsis* volvemos a encontrar la imagen del que pisa el lagar. La ropa

del Jinete montado en el caballo blanco estaba teñida en sangre y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso (*Ap. 19:13, 15*; cf. *14:19*). No hay que asustarse por esta imagen, pues subraya la gran solemnidad que acompaña a las promesas. El Buen Pastor de su pueblo pisa las uvas de la ira. El cielo es la salvación de la violencia infernal.

Parece que otra vez aparecen nubarrones que quitan la vista de la salvación. Una plegaria acerca de Sion se eleva al cielo. “¿Dónde está [...] el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria; el que dividió las aguas delante de ellos? [...] Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Yahvé, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre. [...] ¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras,...!” (*63:7-64:12*). A esta súplica el Señor responde positivamente.

Su respuesta no deja la culpa a un lado. El Señor extiende sus brazos todo el día a un pueblo rebelde, que le provoca abierta y continuamente con su idolatría (*Is. 65:1 ss.*; cf. *Ro. 10:20, 21*). Se habla de poner mesas de ofrendas para los dioses de la Fortuna y del Destino (*65:11*); la “abominación” forma parte de su culto (*66:17*); se burlan del Día del Señor (*66:5 ss.*). El Señor traerá su juicio sobre estos hermanos rebeldes. El libro concluye con el gusano que nunca morirá y el fuego que no se apagará nunca (*66:24*; comp. *Mr. 9:48*). En las sinagogas lo consideraban un final tan ominoso, que tras su lectura repetían, después del versículo 24, el versículo anterior, ya que en ese había una promesa. Pero nosotros no vamos a retocar esta solemne conclusión, pues también forma parte del consuelo. Los impíos no tendrán paz. Porque los apóstatas desafían al ‘remanente’, que quiere ser fiel a Yahvé, los “siervos del Señor”.

El Dios que vive, construye el futuro de su pueblo

Fíjese el lector que a los siervos de Dios el profeta les puede dar una respuesta alentadora. En sus oídos suena la buena nueva de un cielo nuevo y una tierra nueva. Se nos dibuja la gloria de la nueva Jerusalén con colores tomados de este mundo. La población de Sion es muy numerosa. Todos los rasgos de las promesas de anteriores profecías se repiten; la salvación se amplía a todo el mundo, de entre todas las naciones y lenguas. Una procesión multicolor de naciones extranjeras se dirige al templo restaurado. Y luego leemos, tan hermosamente expresado, que los pueblos extranjeros que suben a Jerusalén “traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones por ofrenda a Yahvé” (*66:20*). Allí tendrá lugar una reunión sacerdotal de la Iglesia. En

este contexto llama la atención que Pablo, en *Romanos* 15:16, ve su labor misionera bajo ese mismo aspecto. Él es “ministro del Mesías Jesús a los gentiles, ministrando (¡palabra sacerdotal!) el evangelio de Dios, para que los gentiles (traídos) le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”.

Si se nos permite aplicar el “de entre las naciones” en *Isaías* 66:21 a los gentiles, entonces también a ellos se les promete el sacerdocio. El sacerdocio común ya le había sido prometido a todo Israel (61:6), y el contraste existente entre ‘clero’ y ‘laicos’ había sido caracterizado como algo que iba a desaparecer. Ahora, sin embargo, se extiende el sacerdocio a todos los creyentes. Y en el monte santo se celebra una fiesta permanente; de luna nueva a luna nueva, y de día de reposo a día de reposo, vendrá todo lo que vive a Sion a adorar delante del Señor (66:23). La Revelación a Juan elaborará este tema; allí se describe ese gran futuro con rasgos tomados de la pascua (el Cordero) y de la fiesta de los tabernáculos (las hojas de palmera). La gran multitud de todas naciones sirve a Dios día y noche en su templo. Encontrándose en medio de la realidad del presente deformado, con sus dudas sobre las promesas del Señor, su profanación del día del reposo, sus intrigas y su participación en cultos paganos, el final del libro de *Isaías* contempla un nuevo porvenir, el que trae Cristo Jesús, el Siervo de Yahvé. Él nos revela al Padre, El borrará las transgresiones, El llama a las costas lejanas al Evangelio, Él crea un eterno día de reposo y da a su Iglesia un avance de ello, Él convierte su comunidad en sacerdotes y en una luz para las naciones; pero: Él crea también las tinieblas de afuera, Él juzga toda apostasía. Las cosas viejas pasarán, luego todo será hecho nuevo, y un nuevo culto sustituirá nuestro balbuceo endeble de hoy. ¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido de Yahvé, y de mí Dios pasó mi juicio? ¿No sabéis, no habéis oído? Esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. (65:17; 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1).

1) *Isaías* 22:24, 25 anuncia también a Cristo como el perfecto siervo, puesto que se predice que Eliaquim caerá igualmente, ya que meterá a toda su familia en el gobierno, como hicieron los regentes neerlandeses en el s. XVIII: de él, como clavo clavado en lugar firme, colgarán las tazas y jarros, todo el peso de su familia, y así su posición se volverá insostenible, la clavija caerá de la pared.

2) *Isaías 26:21* (por cierto: ¡el capítulo 26 se solía cantar en la sinagoga y en la Iglesia primitiva!) guarda relación con el otro himno conocido de *Deuteronomio 32:43*. (Hay muchos más puntos de parecido entre los dos. Y solo por ello ya es improbable que *Isaías 24-27* tratara sobre el mundo en general, y no, como *Deuteronomio 32*, sobre el juicio que Dios traería sobre su pueblo rebelde).

El saber que Dios venga la sangre de sus siervos es un gran consuelo. No sólo cuando abrimos el libro de los mártires, sino también cuando pensamos en todas las opresiones y persecuciones recientes. Una sed de venganza personal no puede desempeñar ningún papel aquí. Pero la *Confesión Belga*, art. 37, dice de los creyentes que sufren injusticias: “su causa, que al presente es condenada por muchos jueces y autoridades como herética e impía, será conocida como la causa del Hijo de Dios mismo”.

3) A. Noordzij: *Gods Woord en der eeuwen Getuigenis*, (la Palabra de Dios y el Testimonio de los siglos) Kampen 1931; D. D. Luckenbill: *The Annals of Sennacherib*, 1924 (cit. del *Nuevo Diccionario Bíblico*).

4) “Las costas lejanas” se refiere a las regiones del Mar Mediterráneo, p. ej. la costa oeste de Asia Menor: la costa del Mar Jónico en Grecia. Sin embargo, la falsa ‘profecía’ moderna lo ha interpretado de manera diferente. Las diez tribus perdidas habrían migrado a Europa Occidental y habrían formado la población de p. ej. Inglaterra y Holanda. ¿No es Holanda el Israel de Occidente? Baruc habría arribado a Irlanda acompañado de princesas davídicas, y una de ellas se habría casado con el entonces rey de Irlanda (comp. *Jer. 41:10; 43:6*), por lo que todas las casas reales europeas estarían emparentadas con David, y sería como si ‘David’ gobernara por medio de ellas. Al movimiento que defiende estas ideas sobre “las costas”, se le suele denominar: movimiento del Israel británico.

Pero en Asia Menor tuvo lugar un cumplimiento directo de la profecía de Isaías cuando surgieron, por ejemplo, sinagogas que atraían a gentiles (los llamados adoradores de Dios). Más tarde, tuvo lugar otro cumplimiento cuando en las costas lejanas se formaron iglesias de Cristo (recordemos las siete iglesias de Asia Menor en *Apocalipsis*). No es por el hecho de que haya sangre de las diez tribus en el pueblo holandés se cumple esta profecía en Holanda, sino porque hay quienes se someten al Pacto de Dios. Por lo tanto, se cumple igualmente en el interior de Suráfrica o de Indonesia. La fe es decisiva, no la sangre o el color de la piel.